IGNACIO DOMEYKO

Y su época, 1802 - 1888

Héroe e ilustre Polaco
Sabio eminente
Hijo adoptivo de Chile

"El camino recorrido por Ignacio Domeyko
"Desde Lithuania a Chile es muy largo,
"Solamente podrá medirse por leguas y años.

'L'hebdomaidaire Ilustré"
CRACOVIA - 1884.

POR

Berta Lastarria Cavero

Viña del Mar, Enero de 1936

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO.—VALP.—1937

IGNACIO DOMEYKO

Y su época, 1802 - 1888

Héroe e ilustre Polaco
Sabio eminente
Hijo adoptivo de Chile

"El camino recorrido por Ignacio Domeyko
"Desde Lithuania a Chile es muy largo,
"Solamente podrá medirse por leguas y años.

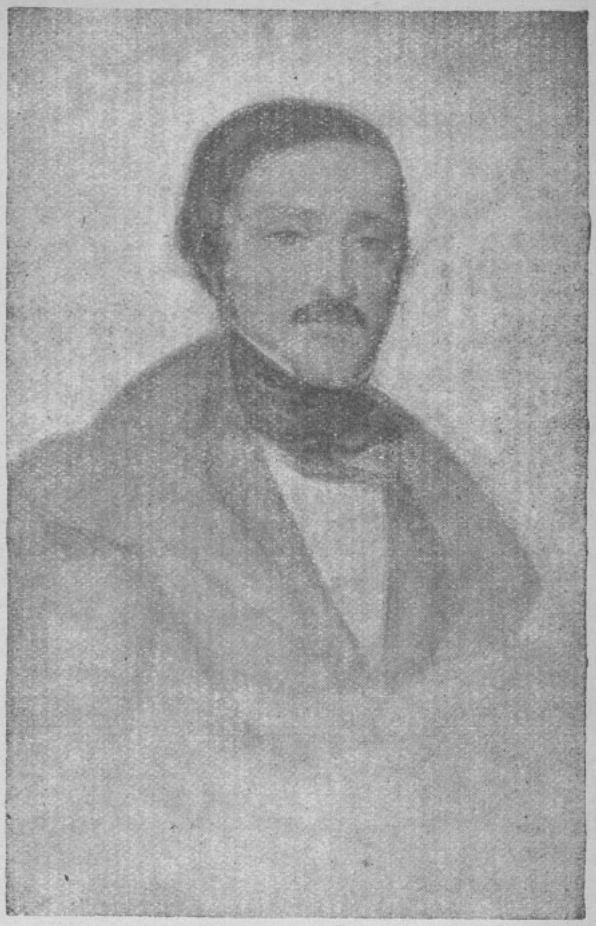
"L'hebdomaidaire Ilustré"
CRACOVIA - 1884.

POR
Berta Lastarria Cavero

Viña del Mar, Enero de 1936

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO.—VALP.—1937



IGNACIO DOMEYKO
(retrato hecho en Viena el año 1832).

IGNACIO DOMEYKO

Y su época, 1802 - 1888

CAPITULO I

La dirección de los destinos de los pueblos, estaba en el pasado siglo XIX casi en su mayoría exclusivamente en manos de los príncipes soberanos y sus consejeros.

En los comienzos de 1800, los soberanos, temiendo que su poder absoluto se les escapara de las manos, aplicaron todos los medios de que pudieron valerse para defender sus privilegios de disponer de la suerte, vida y propiedad de las naciones o pueblecillos sometidos a su poder.

De ahí, que la conciencia política que iba desarrollándose paso a paso en los pueblos del Occidente y Mediodía de Europa, como en Alemania, Italia y los países eslavos, adquiriese aspecto revolucionario

Desde luego se distinguieron dos tendencias principales: una moderada que deseaba el adelanto del país aplicando las nuevas tendencias liberales, adaptándolas poco a poco, sin cambios bruscos ni radicales, y otra que comprende hasta el socialismo y comunismo, y que tendía a generalizar sus ideas extremadas hasta borrar las fronteras de los pueblos

La Revolución Francesa, Napoleón y su carrera triunfal, conmovieron a la Europa entera, y sirvieron para que se abrieran camino nuevas ideas y rumbos distintos en la política de los pueblos, sobre todo en los que vivían oprimidos por extranjeros, o por el yugo del despotismo o la tiranía

El siglo XIX nos muestra el comienzo de una época, pero deberían marchar algunos decenios antes que la sociedad se generalizase con el nuevo estado que la invadía y se iba imponiendo con impulso avasallador a los pueblos. Porque la humanidad progresa lenta pero constantemente; nacen ideas nuevas, y solamente se imponen después de crueles luchas.

Cuando se trata de principios trascendentales para la humanidad, desde el comienzo de la lucha declarada entre lo que debe pasar y lo que debe venir, surge otro período de la historia

Principió la lucha entre ambos sistemas en Inglaterra, donde el pueblo logró establecer instituciones liberales que se fueron perfeccionando lentamente.

También el pueblo de Francia comprendió que tenía derechos; y no puede negarse que muchas de las preciadas libertades de los pueblos arrancan de la Revolución Francesa. Una chispa de aquella hoguera dió la libertad a los países del continente americano.

Los Congresos Internacionales, que hoy vemos celebrarse con cualquier pretexto, nacieron en esta época,

y son uno de sus signos característicos. Eran celebrados con pompa sin igual, en medio de una atmósfera de suntuosidad y grandeza, de fiestas y lujo.

Antes de las reuniones del Congreso de Viena, se manifestaron por todas partes los deseos de los diferentes gobernantes de que Europa volviera al estado en que se hallaba antes de la Revolución Francesa.

Estaban los pueblos demasiado atrasados, ignorantes y embrutecidos para poderse unir y acordar un plan. Sin embargo los soberanos de Rusia, Prusia y Austria se pusieron de acuerdo para no permitir a Francia que se quedara con ninguno de los territorios conquistados por Napoleón.

En cambio Rusia reclamaba para sí toda la Polonia, y Prusia quería quedarse con la Sajonia.

Inglaterra, Francia y Austria, y las pequeñas naciones del mediodía de Alemania se opusieron, pero ya Rusia se había apoderado del corazón de la Polonia, era dueña del gran ducado de Varsovia. Quedóse Rusia con gran parte de la Polonia, pero prometió concesiones, como otorgarle una constitución liberal a la parte polaca que trabajaba la tierra, conservar la antigua legislación y administración de la Lithuania y otros países; se conservó en las escuelas y tribunales el uso de la lengua polaca, y la instrucción pública fué confiada al príncipe Adan Czartoryski, polaco.

Después de Waterloo, reuniéronse en diferentes Congresos los países interesados en la repartición de la Europa desorganizada con las guerras de Napoleón, y el resultado de dichos Congresos fué fatal para las naciones oprimidas, como Italia, Alemania y Polonia.

Pero sin embargo era la época, y por todas partes brotaban ideas nuevas que ensanchaban el porvenir, ideas de libertad, generosas para la humanidad, pero estas

ideas tropezaban en todas partes con la valla que les oponían los tenaces enemigos de todo cambio. Se crearon entonces sociedades secretas que trabajaban por la patria, o por llevar a cabo sus ideales, o por fines casi pueriles, pero cada cual tenía a orgullo pertenecer a una sociedad secreta, aunque ésta no tuviere objeto determinado político o religioso. En Italia, en Polonia y en Alemania estas sociedades secretas alcanzaron un inmenso auge.

Un chispazo de las ideas de la época dió fuego a la abolición de la esclavitud, que tuvo tanto que luchar, como que dió motivo para una de las más cruentas guerras civiles y al asesinato de un grande hombre, como fué Lincoln, Presidente de los Estados Unidos de América.

En esta Europa en ebullición, donde combatían ideas liberales contra el absolutismo, donde en política, en el arte y la literatura se marcaban nuevas tendencias y nuevos rumbos, el absolutismo dominaba con mano de hierro, y las sociedades secretas trabajaban por libertarse de él, Bajo las cenizas con que el despotismo quería ahogarlas, las ideas liberales se conservaban ardientes, como sucedía en Alemania, Italia y Polonia.

Este era el fondo del cuadro, trazado a grandes rasgos, en donde la Polonia estaba incrustada en el siglo XIX.

CAPITULO II.

La Polonia existía como reino desde el siglo IX, alcanzó gran poder y esplendor el siglo XVII, cuando era Rey Sobieski, el vencedor de los turcos, su cultura y su organización política era muy superior a la de sus vecinos, además era un vasto país que poseía ricas tierras de cultivo y minas, lo que despertaba la codicia de Rusia, Pru-

sia y Austria, que se aprovecharon de la primera ocasión que se les presentó para echar garra a la presa que tantos años codiciaban.

La Polonia tenía una constitución defectuosa, en cuanto solamente tenían derechos de ciudadanos los nobles, cada noble podía aspirar a ser Rey si conseguía los votos que se necesitaban para la elección soberana. De los nobles era el suelo y la inmensa población rural que cada dueño vendía, explotaba y maltrataba a su capricho. Aprovechándose de una de las guerras civiles, que facilitaba de continuo la constitución, el año 1772 se unieron la Rusia, la Prusia y el Austria para realizar sus sueños de expansión y conquista, repartiéndose la Polonia; pero en aquella ocasión quedó una parte de la Polonia independiente.

En el año 1793, la Polonia fué nuevamente desmembrada por los vencedores del héroe polaco que encabezó una heroica lucha por la Independencia, Kosciusko.

En los tratados de Tilsit, el año 1807 se acordó la independencia a una parte de la Polonia, proclamada ducado de Varsovia bajo la soberanía del Rey de Sax Federico Augusto.

En la tercera repartición, después del Congreso de Viena, tocó a Rusia la mejor parte de la presa, comprometiéndose el Zar Alejandro a concederle a la Polonia ciertas libertades, respetar sus instituciones, reconocer a los altos funcionarios polacos, respetar el idioma y sus escuelas y nombró al príncipe polaco Adan Czartrizski ministro de instrucción.

Pero no es tan fácil dominar y adjudicarse a una gran nación, sin que ésta proteste y trate por todos los medios a su alcance de recobrar su independencia; y menos se le puede borrar de entre los pueblos libres si esta nación

tiene hijos como los que tuvo Polonia, que jamás perdieron la esperanza de reconquistar la independencia de su patria.

Era la Lithuania, al norte de Polonia y situada a orillas del Báltico, una de sus más valiosas provincias, que se había unido a la Polonia el año 1501. Fué cuna de héroes, allí nació Kosciusko, Meimkiwicz su camarada, que con sus versos reanimaba las fuerzas de los patriotas en el combate; del poeta Misckewicz, del inmortal Chopin, del sabio Domeyko y de centenares de héroes y eminentes polacos.

Wilna, ciudad principal de la Lithuania, fué la residencia de los duques de Lithuania, quienes más tarde fueron los Reyes de Polonia. La ciudad se extendía sobre suaves y floridas colinas, y arriba de la ciudad miedioeval se alzaban las torres de centenares de iglesias, cuyas campanas arrancaban ecos sonoros a las calles estrechas, donde inmensos arcos de piedra unían las casas entre sí.

En esta ciudad estaba la afamada Universidad de Wilna, que tenía renombre en toda la Europa, y donde los polacos acudían de todas partes del país a completar su instrucción, porque aunque la nobleza y la pequeña nobleza polaca estaba empobrecida, nunca faltó dinero para que las familias mandaran a sus hijos a la Universidad, en donde deberían concluir su formación intelectual y moral.

Era un gran sacrificio sin embargo. La conquista de la Polonia fué para la mayoría de los rusos un rico botín que repartirse; constantemente, con el más fútil pretexto se confiscaban tierras y territorios; y ningún personaje ruso se avergonzaba de enriquecerse con los despojos de las familias polacas desterradas o asesinadas, las autoridades daban el ejemplo, el Emperador Nicolás durante su reinado se apropió más de trescientos millones de propiedades polacas.

Muros macizos rodeaban la ciudad universitaria, y colocada sobre una de las puertas que se abría en estos muros, por la que pasaba el camino público, se admiraba una imagen milagrosa, a los pies de la cual siempre se veían ofrendas de flores y cirios encendidos, nadie entraba o salía por aquella puerta sin rendir homenaje a la virgen.

En la época que se abría la Universidad, por esta puerta cruzaban centenares de estudiantes, a pie o a caballo, en carruaje los menos, y todos aquellos jóvenes al pasar saludaban la imagen milagrosa ¿acaso no llevaba cada polaco dentro de su corazón la fe en un milagro que lo libraría de sus opresores?

CAPITULO III.

Un día, por el año 1817, cruzó esa puerta de la virgen, un carruaje lleno de polvo, tirado por caballos grandes y bien cuidados, pero que llegaban sedientos y sudorosos con la larga jornada recorrida a través de los campos que rodeaban a Wilna, en donde tenían sus dominios los señores Domeyko, a los que hasta hoy día pertenecen; familia de la más antigua nobleza polaca, a quienes también pertenecían territorios en Cracovia y los dominios de Scier en Lithuania Zibur y Mir.

El nuevo universitario que llegaba dentro del carruaje era Ignacio Domeyko, joven de 15 años; en lo alto del carruaje estaba atado su equipaje.

Domeyko era un hermoso muchacho, de facciones regulares, de esbelta figura; revelaba en sus ojos azules y soñadores que llevaba dentro del alma un constante anhelo. Pertenecía a esa juventud polaca que antes de abandonar sus hogares aprendieron con sus padres a conocer junto con las primeras letras las leyendas de su

país y sus héroes; y al mismo tiempo que la fe y la piedad cristiana saturaron sus almas con el amor que encierra en sí todos los amores, el amor a la patria; esa juventud llevaba dentro un ideal, un sueño que deseaban realizar. Para Domeyko, como para sus camaradas de escuela, habían pasado los cortos años que bastan para transformar al niño en joven universitario, pero llevaba muy frescas las enseñanzas recibidas cuando por primera vez se separó de su hogar.

En las escuelas los niños habían organizado batallones, y con armas de palo se habían ensayado en los ejercicios militares, no querían quedar fuera de las armadas del emperador Napoleón a donde acudía la juventud polaca a ofrecer su vida; después que Napoleón había creado el ducado de Varsovia los polacos vieron la resurrección de la patria oprimida, y los niños llenaban con la imaginación el abismo que los separaba de los soldados que hacían las guerras de Napoleón. Y estos niños que soñaban con ser de los soldados que pelearían entre las filas de las tropas de Bonaparte, un día del año 1812 tuvieron el placer de contemplar de cerca a esos soldados que querían imitar, conversaron con ellos; medio millón de hombres polacos marchaban a las órdenes del príncipe polaco, José Poniatowski.

Pasaron las tropas de Napoleón por la Polonia como en una carrera triunfal; cañones, caballos, furgones, calesas desfilaban aclamados por un pueblo delirante de alegría que creía ya ser independiente; la Prusia y el Austria vencidas, pronto caería la Rusia, y era ya la libertad!

Los escolares miraban y oían, les parecía asistir a maravillosas representaciones, y todo lo que veían y oían era motivo de alegría. Entre esos niños, estaban los que más tarde defenderían la patria y morirían como héroes, y también los que proscritos llevando consigo un puñado

de tierra polaca seguirían sus destinos a través de los senderos del destierro, ligando sus nombres inmortales al de la patria oprimida.

Pero un día, estos mismos niños vieron volver por los caminos que los llevara a los soldados que tanto admiraron, llegaban en desorden, a pie, heridos, con los brillantes uniformes despedazados.

Los niños miraban curiosos a esos soldados que se arrastraban sobre la nieve, moribundos, eran los mismos que tres meses antes formaban aquellos regimientos que hacían temblar la tierra a su paso, eran los sobrevivientes de la Beresina.

Ese salto emotivo de una certera esperanza, a la más negra decepción, dejó en el alma de aquella niñez la marca de fuego con que la selló la fatalidad.

Y esos escolares fueron la juventud polaca que encontramos en la Universidad de Wilna, unida por el más fuerte lazo espiritual, formado de los mismos anhelos y las mismas esperanzas, libertar Polonia de sus opresores.

Habían trascurrido los años que bastan para transformar al niño de escuela en estudiante de Universidad; esa juventud, cuya niñez había sido iluminada con las epopeyas Napoleónicas, fué mecida con las ideas revolucionarias, solamente esperaba la ocasión propicia para protestar, para rebelarse contra el opresor de Polonia.

Mientras aguardaba formaba asociaciones, se agrupaba en sociedades secretas que la unía manteniendo vivo el entusiasmo y la voluntad de independizar la patria.

Domeyko pronto llegó a ser el favorito de sus camaradas: el año 1817, cuando ingresó a la Universidad, se formaba entre los estudiantes una sociedad llamada Los Filomates y Filaretes, sumaban los estudiantes más

de mil, y los nombres de centenares de entre ellos llegaron a ser célebres en las letras, en las ciencias, e inmortalizados como héroes muertos por la patria.

Dos años antes que Domeyko, había ingresado a la Universidad Mieckiewicz, el antiguo estudiante anudó desde un principio una estrecha amistad con el recién llegado. El que más tarde sería el poeta inmortal de la Polonia, era entonces un joven de diez y nueve años, sus facciones regulares y finas, su frente despejada coronada de cabellos oscuros y sus bellos e inteligentes ojos grises se unían para darle una varonil hermosura. Sus compañeros le reconocían sus múltiples talentos, y siempre le ponían en primer termino, y fué por esto considerado desde un principio como Director y organizador de la Sociedad de los Filomates y Filaretes, con Tomás Zan el filósofo.

Mieckiewicz inició a su nuevo amigo en la vida Universitaria, lo hizo miembro de la nueva sociedad, y desde entonces unió al que llegaría a ser inmortal poeta y al que sería el sabio Domeyko una estrecha amistad que solamente la muerte pudo cortar.

Como lo hemos dicho más adelante, era la época de las Sociedades secretas, era natural que los estudiantes de la Universidad de Wilna organizaran una sociedad, aunque excluían de ella la política. Pero tenían que esconderse, rodearse de misterio, porque sabían que los que dominaban en Polonia los perseguirían como revolucionarios.

Esta Sociodad se proponía propagar por todos los medios la instrucción, cultivar el amor a la patria y depurar las costumbres, en una palabra, trataba de formar ciudadanos capaces de defender llegado el momento a Polonia.

En un principio solamente eran 14 los miembros de la sociedad, pero decididos a conquistarse a todos los estudiantes de la Universidad y después a los de las escuelas y liceos de provincia.

Entre los socios existía una ayuda mutua, se ayudaban en los estudios, y el más talentoso y el que más sabía enseñaba a los que tenían dificultad para el estudio.

Cada Filomates se proponía ser un tipo ideal de patriota y ciudadano, manteniéndose una estricta disciplina moral entre ellos.

Tenían reuniones, en las cuales presentaban los estudiantes sus trabajos científicos, críticas y obras literarias que se discutían entre ellos. Mieckiewicz escribió entonces su poema Los Abuelos que fué publicado el año 1823, el mismo año que encarcelaron a Mieckiewicz y a sus camaradas por haber fundado la sociedad de los Filomates y Filaretes. Dos obras llevaba ya publicadas el joven poeta, una colección de poesías, de la que se agotó la edición, y "Los Abuelos", colección de leyendas históricas de Polonia que alcanzaron un éxito enorme, siendo traducidas a diversos idiomas, su joven autor solamente contaba veinte y cinco años y fué considerado el Walter Scott de su patria, la que debió abandonar para siempre camino del destierro.

Un verdadero lazo indestructible de cariño y amistad sólida unió mientras vivieron al grupo de Filomates y Filaretes, amistad contra la que nada pudo la distancia, el destierro ni el tiempo. Domeyko recibía constantemente cartas de Mieckiewicz, Odynic el poeta, del filósofo Zan y de muchos de sus camaradas; el día del Correo de Europa que le traía aquellas cartas con recuerdos de su patria y su juventud, Domeyko se encerraba a leerlas, aquel día nadie le veía, era dedicado a Polonia. Domeyko describía a Zan el filósofo, fundador de la sociedad de

los Filomates como un joven de distinguida y hermosa figura, cuya mirada penetraba hasta el alma, siempre tenía para cada cual una palabra apropiada y afectuosa, nadie se le acercaba sin quedar conquistado por él. Para todos tenía piedad e indulgencia, solamente era inflexible consigo mismo.

Zan fué condenado al destierro a una fría provincia del Norte de Rusia, y con el fué también Jean Czeczotque, que era el más joven y popular de los Filomates por su carácter y su bondad. Solamente volvieron a Polonia a concluir tristemente sus vidas tronchadas en plena juventud.

Entre estos camaradas de Wilna estaba Miguel Weneszozaka, primo de Domeyko, y a su propiedad de Terchanovizce situada en los alrededores de Wilna, era donde iban a pasar los días festivos el grupo de amigos. Fué con este motivo que Mickiewicz conoció a la hermana de Miguel, la linda María Weneszozaka, de quien se enamoró perdidadamente, siendo confidente de estos tristes amores el primo de María; entonces el que llegaría a ser inmortal poeta era solamente un estudiante sin fortuna, que no podía pretender la mano de una joven de rango y situación social que debería casarse con el esposo elegido por sus padres.

Esta linda María es la inspiradora de Maryla, del poema Dtryadi. A pesar de la vida aventurera y borrascosa del poeta, vida por la que cruzaron muchos amores y muchas mujeres, conservó siempre en un recóndito pedazo de su corazón el recuerdo de este amor, y de aquella bella visión de su juventud. Después de muerto, entre sus papeles encontraron una carta y una flor marchita; al destruir papeles y cartas antes de partir a Turquía en donde murió, no había osado destruir aquella reliquia que conservaba piadosamente.

También se llamó María una hermana de Domeyko, y otra prima María Zaleuska, que formaban el grupo más encantador y armonioso de belleza y juventud.

El Rector de la Universidad era el ilustre sabio Juan Sniadecki, astrónomo famoso, quien mostraba preferencia por la facultad de ciencias, siendo sus preferidos los estudiantes que tenían más aptitudes para estos estudios; todos los estudiantes tenían que asistir a los cursos de álgebra, química y física. El alumno más distinguido en estas ciencias fué Domeyko. En las reuniones de los Filomates eran muy aplaudidos los trabajos de Domeyko por sus compañeros. Así fué como se formaba aquella sólida instrucción de esta juventud que más tarde se desparramaría por la Europa dejando tras sí un reguero de luz, como Mieckiewicz con sus poemas. Chopin con su música divina, Domeyko con su ciencia, Odinic con sus versos y tantos más, polacos ilustres que dedicaron su talento al ideal de una patria que querían grande e inmortal

Al correr de los años, la sociedad de Filomates se extendió fuera de la Universidad, como lo habían querido sus fundadores, y el secreto de su existencia no pudo seguir guardado entre los escolares de liceos como entre los estudiantes de la Universidad. Pero los miembros de la sociedad, confiaban en que no se les perseguiría y continuaban sus discusiones de Academia y conquistando adeptos en todo el país.

El año 1820, era Gobernador de Wilna Novosiloff, un ruso de la antigua escuela, brutal e ignorante, cruel y quien quería tratar a los polacos como trataban a los siervos en su tierra.

Era para Novosiloff especialmente odiosa esa juventud de Universidades y Liceos, encontraba, como la mayoría de sus compatriotas, que era un insulto para ellos

los conquistadores, esta juventud polaca intelectual, sana y fuerte, física y moralmente para la que se abrían todos los caminos.

Novosiloff decidió concluir con ella, y se dedicó a espiarla para encontrar pretextos para perseguirla. Dostoiewski lo dice: No puede existir sino el odio del ruso para el polaco, por el hecho de que Polonia es un pueblo civilizado, y Rusia aún es un pueblo de bárbaros. Además, persiguiendo a los enemigos del orden, Novosiloff sabía que se hacía grato al Zar.

Naturalmente, los espías del Gobernador no tardaron en imponerlo de la existencia de la Sociedad de los Filomates y Filaretes fundada por los estudiantes de la Universidad el año 1817, y que ya tenía ramificaciones en todo el país.

Sin aviso alguno, sorpresivamente los guardias cosacos encarcelaron a los estudiantes sobre los que se tenía sospechas, fueron interrogados, perseguidos, y Mieckiewicz, Domeyko y otros camaradas fueron encerrados en un antiguo convento que los rusos habían convertido en prisión. Entonces comenzó el odioso proceso contra esa juventud que causaba temores a Rusia.

La ciudad de Wilna se consternó presintiendo las horas crueles de la tragedia que empezaba. Cada uno de esos estudiantes pertenecía a un hogar respetable, y era amigo de las familias acomodadas de la ciudad. Además ellos eran la esperanza y la alegría de Wilna que adoraba a los estudiantes de la Universidad.

Fué un largo proceso, los carceleros no se atrevieron a mostrarse inhumanos apesar de las ordenes recibidas, e hicieron lo posible por mejorar la suerte de los presos, permitiéndoles comunicarse entre ellos, y recibir visitas que les llevaban lo que necesitaban en la prisión.

En las largas noches invernales, cuando caía la nieve fuera, fría y silenciosa, los estudiantes se reunían por turno en la prisión de cada uno de ellos ante un fuego que chisporroteaba en la chimenea, en rededor de la mesa sobre la que ardían las velas que desparramaban vacilante luz, y conversaban alegremente animados por la botella de vino añejo que siempre les obsequiaban sus amistades; se mostraron optimistas a pesar de las noticias que unos a otros se comunicaban.

Mientras tanto, los habitantes de Wilna, consternados esperaban lo peor. No se podía contar con la justicia, y se gastaban influencias y dinero para salvar a los estudiantes.

Así llegó la Navidad de 1823, esa Navidad que en Polonia era considerada la fiesta del amor y la reconciliación. No hubo hogar en el que no se recordara a los presos, y no hubo quien dejara de enviarles lo que pudo para que ellos también celebraran su Pascua con la cena que era la costumbre polaca.

La celda del poeta Mieckiewicz reunió a los camaradas que, pocos años antes habían fundado la Sociedad estudiantil que no tenía más objeto que propagar la cultura en la juventud de entonces.

Fué muy triste para los jóvenes estudiantes aquella Navidad, cada cual recordaba el sitio que estaría vacío entre los suyos, y no podían dominar sus lúgubres presentimientos que esa sería la última vez que estarían juntos en tierra polaca.

Conversaron sobre la lúgubre escena que habían presenciado en aquellos días cuando eran llevados a los tribunales: Un convoy de niños escolares Filaretes condenados a la deportación iban caminando lentamente, cargados de grillos de hierro en los pies y las manos, algunos mostrábanse altivos, pero casi la mayoría demos-

traba abatimiento, aplastados por las privaciones y el terror. A uno y otro lado la multitud sombría, desesperada los contemplaba desfilar, y de cuando en cuando un grito de angustia, un sollozo rompía el lúgubre silencio.

Domeyko se enjugó las lágrimas que nublaban sus ojos al recordar aquella escena, Mieckiewicz exclamó inspirado los versos sonoros y trágicos con que se desahogaba su alma herida:

"Viviré desterrado
pero poeta;
en medio de la muchedumbre
extraña y enemiga;
Nadie comprenderá mis cantos,
Solamente oirán un rumor vago y confuso
Aunque vivo, muerto estaré para mi patria
Mis pensamientos quedarán sepultados
en mi alma, como el brillante
en la escoria que lo rodea".

Cuando las campanas de Wilna, junto con el alba que vestía la ciudad blanca de nieve con una débil claridad, principiaron a tocar alegremente—"Gloria, Gloria!" los camaradas se separaron, yéndose cada cual a su celda, sombrios y tristes.

Llegó por fin el día en que se supo en Wilna la sentencia firmada por el Zar contra los revoltosos, que "habían tratado por medio de la instrucción de propagar un descabellado nacionalismo polaco".

Se habían movido influjos, se había suplicado, donado mucho dinero, todo los medios eran buenos para conseguir la libertad de los estudiantes, pero no se consiguió lo que se deseaba.

Veinte estudiantes fueron condenados a destierro perpetuo en Rusia; varios liceos y escuelas fueron cerra-

das, y a aquella juventud *revoltosa* le fué prohibido seguir sus estudios, ni más tarde ocupar ningún cargo público.

El poeta Mieckiewicz fué desterrado con Zan el filósofo y Czeczot a Rusia; la familia de Domeyko obtuvo libertar del destierro a su deudo, pero con la condición que se encerrara en sus tierras sin derecho a mezclarse en la vida pública, y bajo la vigilancia de la policía.

Pocos días antes que partieran al destierro los estudiantes, el convento que les servía de prisión no cerró sus puertas, toda la población de Wilna quiso demostrar su sentir, en los corredores y las salas se apretujaba un inmenso gentío compuesto de nobles y plebeyos, hombres, mujeres y niños. Nadie se retiraba sin estrechar las manos a los estudiantes, o decirles una palabra de consuelo, de adiós, bien sabían todos que no volverían, era un murmullo de voces como en los grandes duelos, se oían las pisadas de la muchedumbre, y uno que otro llorar entre el grupo de las mujeres.

Así terminó la primera insurrección de esa juventud que había nacido con el siglo, llena de ideales y saturada de romanticismo.

CAPITULO IV.

Ignacio Domeyko se hubo de retirar a los dominios de Zapole, de su tío Ignacio Domeyko en la Lithuania, y entregóse por completo a los trabajos de la agricultura y a sus estudios favoritos, lo que le hacía olvidar el constante recuerdo de sus camaradas desterrados y los sufrimientos pasados en Wilna, que por vez primera le hicieron comprender que Polonia y los polacos vivían bajo un yugo extranjero.

En sus propiedades, los nobles polacos podían vivir mezclándose lo menos posible con los opresores de su país, sus tierras los surtían de cuanto necesitaban, y solamente para el pago de las fuertes multas y contribuciones que deberían pagar a los rusos se rozaban con ellos.

La vida patriarcal y holgada de estas familias polacas, entregadas al trabajo constante de sus tierras, en medio de una naturaleza bellísima, era sin embargo turbada de cuando en cuando con las noticias que hasta ellos llegaban de las tropelías e injusticias cometidas contra sus compatriotas por los dominadores de Polonia.

Aunque separados por distancias enormes, los propietarios polacos se visitaban constantemente, algunas familias estaban unidas de siglos atrás por tradiciones de parentesco y amistad; pero otras que también por siglos habían vivido separadas por rencillas tradicionales, también se habían unido con la desgracia de la patria, como sucedió con los Domeyko y sus vecinos, cuyas legendarias disputas habían servido de tema a las leyendas del poeta Miekiewicz, y que concluyeron por unirse con los estrechos lazos del matrimonio.

En estas visitas de una a otra propiedad distraían los señores polacos la constante preocupación que los consumía, la de libertar Polonia. El joven Domeyko estaba en todas estas fiestas, en casa de la vecina tan querida, señora Boultracks, y del vecino Protaservitz, en la propiedad de su cuñado casado con su hermana María, Dolmatonzez Yzna; y en la de sus amigos y parientes los Slizier llamada Vastuiki, en la linda propiedad de su abuela Saltchinski, y en la de su tío Antonio, Zybour.

En estas reuniones se representaba, y los dramas de Shakespeare eran los favoritos de los actores aficionados,

a quienes dirigía el joven Domeyko, literato y entusiasta, y el alma de toda esta juventud que en medio del peligro amaba y se divertía.

Compartía Demeyko los papeles principales con una bellísima niña, que llegó a ser una afamada poetisa. El Hamlet alcanzó gran éxito, los papeles principales estaban a cargo de Domeyko y Zofia Maleuskich.

Zofia se enamoró de su compañero de escena, pero éste jamás lo supo, y solamente al cabo de medio siglo después, al visitar su tierra natal convertido en un sabio grave y anciano, encontró a su amiga de juventud.

No se había casado, sus cabellos blancos y sus ojos muy tristes alejaban completamente a esa señora anciana de la alegre visión de belleza y juventud que conservaba él.

Y sonriendo, como la vejez sonríe al recordar su juventud, ella le contó que había sido él su único amor, y ese era el motivo por el cual no se había casado.

Para ella, ese sentimiento había sido un ensueño, algo indefinible, pleno de ilusiones y de esperanzas, pero estaba destinado a un trágico fin, porque la vida trágica de los hijos de Polonia alejaba y separaba a los esposos, a los hijos de sus padres, a los prometidos y a los que se amaban.

Pasaron algunos meses, y a pesar de la vigilancia de la policía rusa, de un extremo a otro de Polonia principiaron a circular los versos bellísimos de uno de los desterrados de Wilna, el poeta Mieckiewicz,

Cuando la nieve caía silenciosa y dormía la naturaleza y los hombres, ante la chimenea encendida se reunía la familia, y el joven Ignacio Domeyko leía en alta voz los versos de su amigo, mientras vibraba su alma de patriotismo.

El estaba entre los que al perecer olvidaban todo sin deseos de resucitar rebeliones, dormidos bajo el yugo de los opresores, pero en realidad trabajaban con paciencia y sigilo para alzarse contra los que los oprimían.

Era tarea ardua y difícil ocultarse de los espías, llegar hasta el sitio solitario donde se reunían, por caminos extraviados a través del bosque, muchos antes de llegar se perdían en la nieve, y servían de alimento a los lobos hambrientos, pero esto era para los patriotas polacos menos terrible que el encuentro con un cosaco.

En las reuniones se leían las noticias de lo que en Europa sucedía; se reconfortaba el ánimo deprimido y se iba preparando el plan de la insurrección.

Cruzó las fronteras una nueva obra de Mieckiewicz, "Konrad Wallenrod", los polacos viejos y jóvenes, niños y mujeres llevaban consigo un volumen, y se aprendían los versos de memoria. Esta obra llegó oportunamente para dar un gran impulso a la revolución que se preparaba.

En el pueblo, en casa de los señores, en la choza del campesino se recitaban los versos de Konrad Wallenrod.

Las lindas jóvenes polacas, cuya belleza es proverbial como en la raza eslava es proverbial el don de la música, cantaban los versos del poema del desterrado, cada cual eligiendo la parte que retrataba sus anhelos, sus quejas, sus esperanzas. Lo curioso fué, que esta obra la editó su autor en Rusia, y para adormecer sospechas y tranquilizar la censura convenció a los rusos que los hechos cantados en el poema eran viejos de siglos, que ya en Polonia esas pasiones no existían, que eran solamente leyendas conservadas en el pueblo. El libro fué muy celebrado y alcanzó enorme éxito en Petersburgo, y mientras tanto el poeta hacía una vida fácil y agradable, muy invitado y agasajado en la alta

sociedad. Nadie pudo jamás sospechar en Rusia que aquel poema tuviera tal influencia en la revolución de 1830.

En Polonia, la juventud cogió los versos de Konrad Wallenrod como un estandarte. eran los versos que llevan a la guerra, los versos que cantaban el apoteosis del sacrificio y la libertad.

El tema del poema no podía ser más feliz, las voces familiares, el ambiente, el paisaje permitían al autor toda clase de alusiones que solamente los polacos comprendieron. El héroe, Konrad, sufría el dolor que solamente siente el patriota prisionero a quien se obliga a servir al enemigo. Domeyko y todos los camaradas del poeta leyeron muy claro, la prisión de Wilna, el odioso proceso, las deportaciones y todo lo pasado en aquellos días se exhalaba en los magníficos versos del desterrado.

La fecha de la revolución estaba fijada para el día 29 de Diciembre del año 1831. Pero la revolución de Julio del año 1830 en París, abrió una brecha en el régimen de los gobiernos absolutistas, los pueblos vieron realizada lo que habían creído imposible hasta entonces un completo cambio político, una revolución debida exclusivamente al pueblo. Mientras el orden se restablecía en París, la conmoción de la Revolución de Julio iba extendiéndose más y más lejos, produjo la ansiada separación de la Bélgica de los Países Bajos, y, cruzando el centro de la Europa, a través de fronteras resguardadas llegó a la Polonia, en donde ya los ánimos estaban preparados y se adelantó la fecha de la revuelta aunque ésta no estaba aun bien organizada, un incendio sería la señal y el 29 de Noviembre los suboficiales de los cuerpos polacos atacaron el palacio del Gran Duque en Varsovia quien era el Gobernador de la Polonia; al mismo tiempo se atacaban los arsenales y se repartieron las armas al pueblo; el

Gran Duque Constantino huyó con las tropas rusas que no quisieron plegarse a la revolución, pero en cambio las fuerzas polacas aumentaban constantemente.

Vestía la nieve del Invierno los campos y las ciudades, y por los senderos solitarios y silenciosos de los bosques avanzaban hacia un mismo punto de todas las regiones de Polonia grupos de jóvenes con el arma al brazo de antemano tenían fijado su punto de reunión, y a el iban confiados, muchos de ellos recitando en alta voz los versos del poema Konrad: "A las armas; la hora de la justicia ha sonado".

Ignacio Domeyko, ya hombre de veinte y ocho años, talentoso de hermosa y arrogante figura era con justa razón el orgullo de los suyos, cifraban en él grandes esperanzas, pero cuando sonó la hora a nadie se le habría ocurrido tratar de disuadirlo a que no fuera a cumplir su deber de patriota, y el joven abandonó a los seres que le eran más queridos, su vida tranquila y feliz por lanzarse a la incertidumbre y el peligro que le ofrecía el porvenir, pero partió contento y tranquilo. Cuando los que lo despidieron ya no lo alcanzaban a ver, oían la sonora y entusiasta voz que cantaba los versos del poema de su amigo, irse alejando por los senderos del bosque, hasta que a ellos solamente concluyó por llegar un débil eco, y después el silencio les sobrecogió como un presentimiento que de entre ellos, muy pocos volverían a ver al hermoso joven que partía.

Domeyko se unió a las fuerzas del General Klapowski, a quien sirvió como ayudante durante la guerra.

En Varsovia se formó un Consejo de notables, y el General Klapowski tomó el mando de las fuerzas armadas.

Desgraciadamente, desde los primeros momentos hubo falta de cohesión, de orden, de disciplina, los no-

bles solamente querían mandar, esto lo supieron aprovechar los rusos que enviaron fuerzas abrumadoras contra los insurrectos. Los primeros encuentros entre rusos y polacos fueron favorables a estos últimos, quienes obtuvieron victorias que no supieron aprovechar, hasta que por último el 26 de Mayo del año 1830 en la sangrienta batalla de Ostrolenka quedó aniquilada una parte del ejército polaco, solamente diez mil hombres pudieron llegar hasta Varsovia, pero los rusos habían sido rechazados con pérdidas inmensas.

La ciudad se preparó a defenderse, todos trabajaban, hombres, mujeres y niños reforzaban las trincheras y hacían ejercicios con las armas, pero en la derrota de Ostrolenka había sonado la hora para Polonia, todo fué inútil, actos heroicos, valor y heroísmos sobrehumanos de nada sirvieron, la ciudad cayó en poder de los rusos, que volvían con fuerzas superiores y de refresco y los que quisieron librarse de los vencedores siguieron a las tropas que quedaron a territorio prusiano.

Después de la victoria, los rusos gobernaron la Polonia como territorio conquistado, se abolió la constitución, fueron arrojados de todos los cargos públicos o que tenían alguna importancia los polacos; los bienes de los fugitivos secuestrados; cerradas las escuelas y la Universidad y se hizo obligatorio el idioma ruso. La prensa y la literatura polaca enmudecieron, y una tenebrosa red de espías se tendió sobre la nación vencida.

Más de sesenta mil polacos abandonaron Polonia; uno a uno los cuerpos militares cruzaban las fronteras para no rendirse al vencedor, pero el grueso de las fuerzas polacas que sumaban veinte mil hombres fueron desarmadas por los prusianos, lo que dió lugar a una escena de emocionante crueldad. En un inmenso terreno rodeado por las fuerzas prusianas, al son de la música militar

avanzaban los vencidos y uno a uno arrojaban las armas, fusiles, sables, lanzas, pistolas; abandonaban sus caballos, y muchos se abrazaban al cuello del noble animal que le había servido en las batallas y con sus largas crines se secaban las lágrimas, que a su pesar humedecían sus ojos. Entre esos soldados polacos que desarmaban los prusianos había veteranos que habían cosechado las glorias de Napoleón como había jóvenes y niños que no podían separarse de sus armas sin un sollozo convulsivo.

Separados en campos de concentración, los patriotas polacos desarmados esperaron su suerte, unos fueron tratados como prisioneros de guerra, otros empujados a la frontera rusa donde les esperaba lo peor, y si se negaban a cruzarla eran fusilados, otros fueron condenados a trabajos forzados. Solamente una parte pudo escapar.

El General Klapkwoski pudo salvar el resto de sus tropas sin pasar por la humillación de entregar las armas el enemigo; en ese éxodo a través de los pueblos hostiles, evitando el peligro, sin tomar descanso ni alimento, llevando el alma más herida que el cuerpo Domeyko no abandonó a su general.

Durante meses, por los caminos y senderos poco frecuentados de la Alemania se vieron pasar en grupos los restos de las fuerzas polacas, sus ropas hechas jirones, los pies de casi todos descalzos, otros iban heridos apoyándose en palos nudosos.

Por donde pasaban eran atendidos y hasta ovacionados, el pueblo los consideraba héroes y víctimas de la tiranía y los miraba con respeto, y nadie dejaba de indicarles el camino que preguntaban ansiosamente: "Para allá está la Francia" les decían mostrándoles un punto lejano en el horizonte.

CAPITULO V.

En la ciudad de Dresde en Sax, reunió el destino a un grupo de los camaradas de Wilna, Mieckiewicz, Domeyko, Odinic, Grezynski, Zaleski, Zan hermano del filósofo, Worcell, Gerehinaski, Grochuski, y muchos más.

La estadía de los emigrados en Dresde fué agradable, todos trataban de hacerles olvidar sus desventuras y la tragedia en que vivían.

Fué entonces que Mieckiewicz escribió su famoso drama "Los Abuelos", con el mismo título con que bautizara su primer drama el año 1823, cuando fué desterrado de Wilna.

Esta obra escrita por el poeta, con el alma herida después de la derrota de la revolución, impregnado como estaba su ser con los dolores de su patria y los sufrimientos de sus compatriotas, fué un lamento magnífico, en ellas resucitó con maestría su vida de estudiante de Wilna, retrató a los antiguos camaradas, Zan, Odinic, Domeyko, Zugznnski, Czeczot. El drama fué dedicado a los camaradas de estudio, de prisión y de destierro.

Como Mieckiewicz sus camaradas se dedicaron a trabajar, a preparar las armas que usarían en el exilo, desde entonces, todos los polacos para defender la patria cautiva.

Naturalmente, el gobierno ruso pronto principió a tener recelo de este grupo de polacos que no dejaban enterrar viva a Polonia como ellos querían, y entablaron negociaciones diplomáticas con el Gobierno de Sax; el resultado fué que los desterrados debieron abandonar Dresde en donde habían encontrado una tan dulce acogida.

Volvieron a verse por los caminos de la Alemania, a los polacos que avanzaban penosamente preguntando la dirección de Francia. Como siempre, por donde pasaban eran atendidos, la choza, la casa o el palacio se abría para ellos y nadie dejaba de ofrecerles ayuda para la larga jornada hacia Francia.

A tierra francesa llegaron con sus talentos múltiples los expatriados polacos, poetas y escritores de la gran época del romanticismo. Un escritor francés, Drue de la Rochelle dice: "Esos hombres llevaban en sí aplastantes contradicciones. Pero las grandes épocas no son grandes que porque son trágicas".

Esos hombres eran aristócratas o burgueses, pero la revolución los había arrancado de su clase; eran solamente polacos que no perdían la ocasión de hacer recordar al extranjero o al indiferente, que su patria, la Polonia existía. Si los soldados polacos antes de morir escribían con su sangre:

"Polonia no ha muerto, aun vive", ellos con su talento en música, en verso, en ciencia y literatura probaron siempre al mundo, a través de las edades y acontecimientos que aun, Polonia vivía.

Diseminados, eternos viajeros hacían revivir la patria ausente en todos los caminos del destierro y en todas las naciones del globo, tenían a orgullo decir que, donde viviera un polaco allí existiría Polonia. Los desterrados polacos tuvieron una facultad maravillosa, la de no perder jamás la esperanza, de no considerar ningún hecho irrevocable como para destruirles su derecho moral de patriotas que hasta la muerte lucharían con los medios que tenían a su alcance por libertar la patria.

La vida de estos proscritos era cruel, miserable, entre ellos había soldados, sacerdotes, escritores, sabios, hombres de todas las clases sociales, mujeres, niños y ancia-

nos, que formaron un mundo aparte con sus tradiciones, sus héroes que reflejaban la historia y la esperanza de una raza, que ante el escepticismo de los que le rodeaban esperaban la hora que debería llegar, que llegó envuelta entre los trágicos velos negros de la Gran Guerra que conmovió a la Europa el año 1914.

En Francia, cada idea era sostenida y defendida, y quienes la apoyaban sabían encauzarla hasta el fin a donde debería llegar. Estas ideas fueron extendiéndose año tras año, como las ideas liberales, imperialistas, legitimistas y ultramontanas.

A todas estas ideas robustas, activas y entusiastas se unía la juventud de la clase media, idealista y poética, con su aguijón de la ambición, vanidad y esperanza en una recompensa material, y además la socialista y comunista.

Presentaba la sociedad francesa de aquella época un carácter progresista y democrático, se habían retirado de escena las familias de la aristocracia que consideraron a Luis Felipe un usurpador y no querían rendirle homenaje.

Tres partidos, los legitimistas, los republicanos y los napoleónicos trabajaban constantemente contra el trono de Luis Felipe.

Cuando se supo la caída de Varsovia en poder de los rusos, en la cámara hubo tumultuosos discursos, se acusaba la política de Luis Felipe que no había querido mezclarse en los asuntos extranjeros.

París se puso luto, se suspendieron las funciones de teatro y hubo manifestaciones callejeras acusando al gobierno de la desgracia de Polonia.

Como se ve por este bosquejo del estado político de Francia cuando llegaron los emigrados, el Gobierno tenía

que defenderse contra una fuerte oposición, y temió que los emigrados polacos que arribaban por millares pudieran ser un elemento para los partidos de oposición.

El pueblo de Francia abrió franca y generosamente sus brazos a los desterrados, pero el Gobierno los recibió obligado por el pueblo.

Se prepararon campos de concentración, pero París les fué prohibido. Los polacos no aceptaron de buen grado esta prohibición, y fueron filtrándose poco a poco a la capital, en donde se formaban sociedades para socorrerlos, se organizaban colectas y suscripciones, y las cámaras votaron tres millones para socorrer a los refugiados.

En este ambiente difícil, de franca ayuda por un lado y de desconfianza por el otro, los polacos sentíanse descepcionados, se quejaban, no era eso lo que ellos esperaban ¿por qué a ellos los abandonaban cuando habían prestado ayuda a Grecia y a la Bélgica?

Así andaban las cosas, cuando, una tarde de Agosto del año 1832 descendieron de la diligencia que los había llevado de Dresde a París Domeyko y un grupo de sus amigos.

Tristes, con las cabezas inclinadas bajo el peso de las negras preocupaciones que los agobiaban, el grupo de proscritos polacos se internó por las calles de París en busca de alojamiento.

CAPITULO VI.

Los recién llegados tuvieron el sentimiento de encontrar a sus compatriotas muy divididos, unos a otros se arrojaban la culpa del fracaso de la revolución.

Además se mezclaban en la política del país que les daba asilo y un grupo revoltoso e inquieto comprometía la suerte de todos, haciéndose notar como elementos peligrosos para la tranquilidad del gobierno de Francia.

Desde un principio, el grupo de Mieckiewicz, Domeyko, Chopin, Zaleski el poeta ukraniano, Zan hermano del desterrado de Wilna, Odinic, el poeta Meimkiewicz que había sido compañero de Cociuzko, Worcell, y el general Vachowski, Goreki, Witiviki, Januszkiwicz, Garezinski, Wessenhollff, Jestchinski y otros dejaron a un lado la política entregándose con fervor a sus estudios y trabajos.

Domeyko encontró un simpático alojamiento en la plaza del Observatorio, en los alrededores de París, desde sus ventanas contemplaba un amplio horizonte más allá de los árboles del Luxemburgo. El joven sabio era sociable y se hacía agradable a todos, para cada cual tenía una frase oportuna de aliento, o que suavizaba el rencor, por esto eligieron su departamento como sitio de reunión los desterrados. Sin embargo, muchas veces se encontraban miembros de diferentes bandos, y se entablaban violentas disputas.

Mieckiewicz intervenía a veces diciéndoles: No discutan con tanto calor sobre el gobierno futuro de la Polonia, los que discuten no son los que mejor gobiernan, sino los que poseen el espíritu de sacrificar todo por la patria. En vez de sembrar la discordia siembren el amor a la patria y el espíritu de sacrificarlo todo por ella, solamente entonces podrán estar seguros de construir la más grande y gloriosa república de Polonia.

El poeta trabajaba en aquel tiempo en un hermoso libro que dedicó a los emigrados polacos, hasta los que quería hacer llegar palabras de amor, de consuelo y de paz. Fué el Libro de los Peregrinos, que se distribuyó en los campos de concentración y en todos los sitios en donde se reunían los emigrados polacos. Para unos fué un libro de oración y meditación, para los otros su consuelo, ningún polaco dejó de llevar en su bolsillo El Libro de los

Peregrinos de Mieckiewicz. Domeyko volvió a los estudios interrumpidos en la Universidad de Wilna. Aunque contaba ya treinta años, y ante sí un porvenir oscuro y sin esperanzas, no desesperaba jamás.

Domeyko tuvo dos armas poderosas que lo sostuvieron durante las vicisitudes de su larga vida a través de un siglo, primero la Fe religiosa profunda que para él se confundía con el afecto extrañable del proscrito por la patria; y segundo, una admiración constante y entusiasta por la Naturaleza, a la que había aprendido a amar y conocer cuando de la Universidad de Wilna fuese a trabajar las tierras de sus antepasados, en donde admiraba desde las flores de los invernaderos de la casa, como las encinas centenarias que majestuosamente se alzaban en medio de los campos, bajo cuya sombra habían dictado sus leyes de justicia los primeros reyes de Polonia.

Desde entonces, fué para Domeyko, la ciencia un culto a la que se consagraba con la devoción de un sacerdote.

En París asistió a los cursos públicos de Thenard, Dumas, Dulong, Pouillet, y Bendant. Escribió entonces su primer prólogo literario sobre "La emigración de los alemanes a Rusia" En el que con fina ironía presenta lo que sucede en Sax.

Después completó sus estudios en la Escuela de Minas de París, bajo la dirección de Beaumont, Dufrenoy, Berthier y Combes.

Domeyko consiguió recibir su título el año 1837, después de rendir los exámenes más brillantes, a pesar de las dificultades que le ocasionaba la escasez de sus recursos, la constante inquietud en que vivía sin saber nada de los suyos, porque Polonia guardaba un trágico silencio sobre lo que pasaba, y los contratiempos que le ocasionaba la conducta turbulenta e indiscreta de la mayoría de sus compatriotas.

Los maestros de Domeyko, cuando éste tuvo su título, lo recomendaron a los señores Koechlin de Alsacia, para que estudiara las minas de hierro de Bboune Fontaine.

En el fondo de esta actividad intelectual, siempre reina soberano un sentimiento, un pensamiento único en Domeyko, y es Polonia.

Años, muchos años más tarde, Domeyko contestará a quienes se admiraban de que no hubiera perdido la correcta pronunciación polaca después de estar tanto tiempo ausente de la patria: "Cómo queréis que haya olvidado mi lengua, cuando durante todo el tiempo que he vivido lejos de mi patria, he pensado, orado y amado en polaco".

Como él, poetas, literatos y músicos tenían una sola inspiración, "la patria", y una sola esperanza, verla por fin libre y redimida.

Estos hombres de sublime patriotismo, encontraron en su religión cristiana una fuerza inmortal, así era como Chopin tocaba sus inmortales creaciones; Zaleski, Mieckewicz y Odinic escribían sus versos que despertaban valor y esperanza entre los desterrados, que mucho la necesitaban, porque la mayoría arrastraba una vida llena de privaciones y negra miseria, Domeyko trabajaba en los laboratorios los ratos que tenía libres, Zan cantaba en los coros de la Opera, y otros como copistas, grabadores, en lo que podían ganar su pan.

En Alsacia recibió Domeyko una carta de su maestro Dufrenoy, en la que le ofrecía el puesto de maestro de Química y Mineralogía que se acababa de crear en la Nueva República de Chile.

Domeyko consideraba que la vida que vale la pena de vivir es la de profesor, y encontraba que la carrera de

la enseñanza era la que mejor convenía a un hombre de estudio, pero aquel país lejano, enteramente desconocido para él no le atraía.

Europa, ocupada de sus problemas poco tiempo había tenido para fijar su atención en los países de la América del Sur, los que consideraba pueblos salvajes emancipados del dominio español. La epopeya de la conquista reinaba soberana, y ante ella la independencia de los pueblos de América era pálido y sin interés.

Pero algo existía en aquel lejano país que atraía al joven sabio, y era la cordillera de los Andes, una de las maravillas del mundo; había sido siempre su anhelo conocerla, y por esto no dió de inmediato una respuesta negativa a su profesor, esperando tener más datos e informaciones para contestar.

A su regreso a París, el profesor Dufrenoy presentó a Domeyko a don Carlos Lambert, comisionado por el Gobierno de Chile para contratar en París un profesor para que en Chile, en el Colegio de Coquimbo enseñara las clases de química y mineralogía.

Era el señor Lambert antiguo alumno de la Escuela Politécnica, había fundado en Chile un establecimiento de fundición que prosperaba rápidamente, dándole espléndidas ganancias a su dueño, y también al país.

Desde un principio, una sincera simpatía atrajo al francés y al polaco, simpatía que fué base de una verdadera amistad.

Domeyko explicó francamente sus temores de llegar a un país sin recursos, medio civilizado, tan lejos de Polonia, a donde él no podría acudir si lo reclamaban para defenderla.

Lambert escuchó con paciencia las objeciones del joven, y después habló de Chile con entusiasmo, era un

país interesante, que con inteligencia y energía empezaba a formarse, después de haber conquistado su independencia en una lucha heroica.

Le habló de sus riquezas minerales, de su clima, de sus grandes hombres, de su política.

"Chile, le dijo, es un país riquísimo en minas de todas clases, mientras estuvo bajo la denominación española, jamás se pensó en tener un sistema estudiado y beneficioso para explotar como hoy se acostumbra las minas, y se sigue trabajando en ellas como lo hacían los indios hace siglos.

Cuando concluyeron las guerras de la Independencia, y empezó a organizarse la que había sido colonia española, en república independiente, nombraron intendente de laprovincia de Coquimbo al general don José Santiago Aldunate, quien con su valor había contribuído en gran parte a la victoria de los chilenos.

Era este general hombre de batalla, pero enteramente iletrado, ignorante de todo lo que no fuere campos de batalla y cuarteles, y sin embargo, desde que había asumido el cargo de intendente se había puesto como obra principal trabajar por la instrucción pública.

Fué él quien tuvo la idea de fundar en Coquimbo una clase de química y mineralogía para dar a la industria minera de la región, en donde se encontraban las más ricas minas del país, una dirección científica que tanto se hacía sentir que faltaba.

Como el señor Lambert se preparaba para un viaje a Francia, el intendente de Coquimbo, que era su amigo, lo comisionó, con aprobación de Gobierno de Chile, para que contratara un profesor y comprara libros y útiles para la enseñanza que se quería implantar en el Colegio de Coquimbo.

Después de conversar largo con su nuevo amigo, Domeyko interesado vivamente en el país que comenzaba una vida libre no titubeó en aceptar la oferta que se le hacía.

Ahí respiraría otro ambiente, renovaría su naturaleza deprimida ante la contemplación de las constantes desgracias de su país que aun no estaba redimido y gemía cautivo del opresor.

El sueldo con que se contrató Domeyko fué de mil doscientos pesos anuales, con la condición de enseñar seis años.

Pero, objetó el joven sabio, si acaso Polonia me llama, yo debo abandonarlo todo.

Está comprendido, si Polonia lo necesita usted queda libre, y se anula el contrato.

Un silencio siguió a estas palabras, durante varios minutos los ojos azules del profesor miraban en el vacío, como si contemplara una visión lejana.

Lambert entregó a Domeyko los tres mil pesos, sacados de los fondos del Colegio de la Serena, para que comprara los útiles necesarios para las clases que iba a enseñar, con la facultad que invirtiera el profesor el dinero como lo juzgara más conveniente.

Aunque el dinero era poco, Domeyko adquirió todo lo necesario para un laboratorio de química, instrumentos de física, libros y muestras de mineralogía.

Domeyko se preparó al largo viaje, contento que se le presentara una semejante ocasión, porque el hombre que se dedica a las ciencias, si llega a ser profesor del Estado, tiene asegurada para toda su vida el sosiego que no puede conseguir en medio de los negocios públicos, como decía él con mucha razón.

Al despedirse de sus amigos, Mieckiewicz, Odinic, Zaleski, Zan, Chopin y más de cuatrocientos camaradas

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Poeta Miekiewicz

El fiel amigo de Domeyko a quien escribió constantemente, solamente la muerte le hizo faltar a su promesa.

y compatriotas, Domeyko sintió una honda y triste emoción que le impidió pronunciar una palabra. Por vez primera sintióse proscrito, hasta entonces había vivido con un trozo de su patria, ahora se iba a un país lejano y desconocido. Mieckiewicz lo consolaba prometiéndole escribirle siempre, solamente la muerte lo hizo faltar a su promesa.

Fué entonces que Domeyko adoptó la divisa: "Hen, mitri quia incolacus meus prolongatus est" que quiere decir:—"Desgraciado de mí si se prolonga el destierro".

Más de medio siglo después, Domeyko solamente encontró a cuatro de sus camaradas de Wilna, a su cuñado Wierbouski, al poeta Odinic que pedía a Dios diariamente que le conservara la vida hasta volver a ver a su amigo. Domeyko, murió al poco tiempo de realizar lo que tanto había deseado, cuando eran los dos ancianos de más de ochenta años.

El dos de Febrero del año 1838, Domeyko se embarcó en el puerto Bouloñe de Francia en el vapor Spey, siguiendo la ruta por Falmut, Londyn, Madeira, Tenerife, Bahía, Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

Durante la navegación, una terrible tempestad que hizo naufragar muchos barcos, jugó con el Spey como con un barquito de papel, lo subía, lo dejaba caer, lo tumbaba de un lado y otro, pero no le hizo daño alguno de consecuencia.

Mas, frente al Brasil el Spey encalló en un banco de arenas y casi pereció toda la gente, y después sufrieron pasajeros y tripulación en alta mar, las consecuencias de un terrible pampero.

Desembarcó Domeyko en la bahía de Buenos Aires, y siguiendo el itinerario del viaje a Chile, viajó las trescientas leguas a través de las pampas argentinas, con el constante temor de ser asaltado por los indios o los animales salvajes.

"Al amanecer de un día de Otoño, cuenta Domeyko, el 17 de Marzo de 1838 caía la nieve espesa, traída por un viento glacial. Fatigado de un viaje de 300 leguas a través de las pampas, transido de frío y sin dinero, subí en una mala cabalgadura la cumbre de la cordillera de Uspallata, elevada a una altura de 3,000 metros sobre el nivel del mar. El viento soplando contrario al rumbo que llevábamos impedía la respiración; el escarpado sendero estaba cubierto de nieve. La mula, sintiendo que no sabía conducirla me arrastraba ya a un precipicio, cuando el arriero llegando a tiempo nos salvo la vida a los dos.

"Con mucho trabajo, y gracias a la Providencia llegamos a medio día a la *casucha*, cabaña aislada y vacía, una de aquellas que el Gobierno había hecho construir para la seguridad de los viajeros sorprendidos por la tempestad.

"Fué allí en el suelo, y en una atmósfera llena de humo en donde pasé el resto del día y toda la noche, la tormenta continuaba, montones de nieve se levantaban alrededor de la cabaña, y apenas lució el día las nubes empezaron a dispersarse, el sol rompió la niebla.

Sin pérdida de tiempo, y con temor a otra tempestad se pusieron a hacer a un lado la nieve. No nos fué muy fácil encontrar un camino menos peligroso, porque la niebla, como una inundación inmensa había invadido el desfiladero por el que bajábamos la pendiente Occidental de los Andes.

"Al tercer día entramos en un valle más largo, el cielo es más sereno, se aperciben ya las cabañas de los habitantes; más lejos una pequeña ciudad, Santa Rosa de los Andes, y otra más grande y poblada, San Felipe.

"De pasada veo un pueblo de blancos y de indígenas con los cuales no sé hablar ni puedo comprenderlos. Dos días después, silenciosos y tristes divisamos las costas del Grande Océano.

"Todavía me quedaba un largo espacio que recorrer antes de llegar al lugar de mi próxima residencia.

"El camino estaba desierto, pedregoso, erizado de quiscos.

"El último día de mi viaje hubo un fuerte temblor, así llegué a Chile".

Domeyko tuvo que dejar su mula y conseguirse un caballo, con el que llegó a Valparaíso, embarcándose inmediatamente para la Serena, donde llegó después de cuatro meses de un viaje penosísimo, extenuado y cansado.

En aquellos años era la Serena una ciudad de importancia, tomamos de un artículo de don Adolfo Valderrama una descripción de esta bella ciudad considerada el vergel de Chile: "Prendida como un aderezo esmaltado de verde en la falda de la colina, se distinguen sus bosquecillos de naranjos y chirimoyos; sus torrecillas blancas parecen las garzas de sus totorales, y las ondulaciones regulares de su suelo permiten ver el panorama completo de la ciudad desde lejos. Sus tres mesetas tapizadas de verdura están cubiertas siempre por una corona de niebla ligera, como si fuere la gasa del turbante de una odalisca.

"Hay algo de árabe en esta ciudad, su clima templado y húmedo es enervador. Sus mujeres tienen una lánguida belleza, inteligentes y perezosas.

"Todos eran propietarios, de modo que en la Serena no existían hoteles, porque el que llegaba inmediatamente era invitado a alojarse en una u otra casa, siendo los serenenses especialmente hospitalarios y amables".

Todo el que llegaba a la Serena notaba desde el primer momento que se encontraba entre gente acomodada que vivía con gran holgura, casi todos eran ricos propietarios de minas.

Desde muchas de las calles se veía el mar, y una linda alameda llevaba hasta la playa. La sociedad la formaba gente culta, que pasaba alegremente, visitándose mucho, contínuamente se organizaban paseos a las quintas de los alrededores o a la orilla del mar "a tomar un mate en leche".

El Liceo de La Serena era uno de los mejores de Chile, tenía también un obispado y era el centro principal de la región minera más rica del país.

Esta fué la ciudad que ofreció a Domeyko un dulce asilo, ciudad que le ofreció reposo encantador para curar las heridas de su alma de proscrito.

Domeyko tuvo una sorpresa cuando se encontró que en esa ciudad que él se había figurado un pobre villorio atrasado, existía una aristocracia con sus tradiciones desde la conquista, y también tenían los serenenses su historia cuajada de leyendas de piratas, terremotos aparecidos, salidas de mar, de diablos y santos. Fué para Domeyko una suerte llegar a esta tierra hospitalaria y hermosa, porque para principiar la labor para la cual había sido contratado, se encontró con mil dificultades y contratiempos. El caso era que el Supremo Gobierno solamente estaba preocupado con la guerra contra la confederación Perú-Boliviana, y las cuestiones políticas que constantemente amenazaban estallar en revueltas y tumultos.

Por esto no eran momentos que se preocuparan de estudios, y le hicieron al Profesor recién llegado el más mínimo caso. No estaba ya en Coquimbo don Santiago Aldunate como Intendente, y don Mariano Edwards que

lo reemplazaba encontró, que aquel profesor llegado de París para enseñar mineralogía era un problema desagradable y difícil; el ministro de instrucción que era don Manuel Egaña opinó como el intendente ¿a qué venían a enseñar mineralogía a Chile? el chileno desde que nacía era guerrero y minero, sin necesidad que les dieran lecciones.

Pero el Intendente y el Ministro se portaron a medida de las circunstancias, no queriendo dar un paso en falso, y se convinieron en dejar al profesor polaco contratado, plena libertad de acción. El Intendente, señor Edwards escribía al Ministro señor Egaña:

"Debo advertir que ha sido imposible dejar bien detalladas las funciones y obligaciones del profesor en oposición a las condiciones de lo contratado con Lambert; y aun creo no conviene por ahora variarlas, respecto a la oscuridad que nos rodea sobre un curso científico no conocido en el país. Sólo el tiempo, y cuando se hayan experimentado los resultados de este ensayo, que considero aventurado, podrá suministrar algunos conocimientos e ideas para arreglar y sistemar en lo sucesivo este curso; pero no por esto debe creerse que el profesor, a pesar de la contrata, esté distante de entrar por el arreglo que más convenga; muy al contrartio, existen en él las mejores disposiciones para todo...".

Este último párrafo se refería, a que Domeyko no puso ninguna objeción cuando el ministro y el intendente de Coquimbo objetaran la contrata, en la que se establecía que las clases serían tres a la semana, de hora y media o dos horas cada una, exigiendo que dichas clases fueran más seguidas y menos largas las vacaciones.

Refleja esta carta el ambiente que rodearía al profesor de una ciencia desconocída y por la que no se tenía interés. Solamente el estudio del latín y de las leyes era

lo que se daba importancia entonces en Chile; muy triste era el papel del nombre de QUIMICA. La Ingeniería era considerada como un oficio de gásfiter; las matemáticas eran para los tenedores de libros y agrimensores; la botánica era para los jardineros y boticarios; la física era estudio de magia, y en fin la zoología, astronomía y demás ciencias eran consideradas como estudios inútiles que cansaban el cerebro y alarmaban las conciencias.

Nuestro joven sabio no se desanimó, y con todo empeño se dedicó a preparar sus clases; atendió personalmente a la construcción del edificio que necesitaba con los hornos del laboratorio, y consiguió abrir sus clases en el mes de Septiembre; también había preparado en los tiempos que le dejaba libre la atención del edificio, un curso completo de las ciencias naturales.

Dándose cuenta de la ignorancia y desconocimiento sobre las clases que preparaba, Domeyko no solamente preparaba a sus alumnos, sino que conferenciaba con los padres de familia explicándoles la naturaleza e importancia de los estudios que enseñaría.

Para esto tenía que hacer vida social, aceptar las invitaciones, conquistarse la benevolencia de estas gentes que simpatizaban con el desterrado polaco pero no con el profesor de química y minerología.

Reunió Domeyko en un solo estudio varias ciencias que se ayudaban entre sí. Principió con la enseñanza de la física y continuó con la química; después preparó un curso para el ensayo de pastas y minerales. Continuó con el análisis químico, y en seguida enseñaba la mineralogía.

El ilustre profesor hacía que sus alumnos, una vez preparados hicieran ensayos de pastas y minerales de cobre, de plomo y de plata. A medida que los alumnos avanzaban, iban analizando las sustancias minerales, no

solamente metálicas, sino también sus criaderos y panizos; los productos que provienen del beneficio de los minerales y varias piedras, tofos y rocas que entran en la composición de los cerros de Chile.

Como no se podía enseñar la metalurgia propiamente dicha, que es la aplicación de la química y mineralogía al arte de beneficiar los minerales, y para enseñarla se necesitaba un profesor y una clase separada, Domeyko quiso que sus alumnos adquirieran los métodos de beneficiar metales usados en Europa, y a los más adelantados les proporcionó obras de metalurgia, haciéndolos hacer un resumen sobre ellas, y también los hizo ejercitarse en el dibujo. El resultado fué, que un grupo de catorce alumnos, los que siguieron el curso de dos años de estudio, se encontró apto y capaz para reconocer la composición y riqueza de los minerales más comunes de Chile y averiguar la naturaleza de cualquier mineral desconocido.

Al Colegio de Domeyko se enviaban gran parte de los minerales para su análisis.

En una memoria pasada al Gobierno, el profesor decía: "Es de esperar que dentro de poco sea tan común en Chile el arte de ensayar y reconocer la naturaleza de los minerales, que ya no se procederá a ciegas en la compra, venta y beneficio de los minerales".

El Ministro Egaña, continuó sin embargo, ignorando las clases del profesor polaco, y en la memoria presentada al Congreso ese año de 1838, se limitó a hacer mención de que se habían establecido las clases de química y mineralogía en el Colegio de Coquimbo.

Para tomar su descanso después de tan rudo trabajo, en Diciembre del año que instaló sus clases, Domeyko hizo un viaje de estudio a la cordillera más inmediata a la Serena.

Los trabajos hechos sobre este viaje y otros análogos, fueron publicados en los Anales des Mines de París bajo el título "Notices sur un terraine stratifié dans le hautes des Cordillieres et sur les filons metalliferes qui lácompagnent", y "Memoires sur les minerais oxysulfurés de cuivre du Chili, avec une notice sur les productions minerales de ce pays".

Mientras Domeyko vivía entregado a su enseñanza, para la cual tenía que formarlo todo, desde los textos de estudio hasta el ambiente para sus clases, en Chile se preparaban los sucesos políticos que llevaron a la presidencia a Bulnes, quien tanto hizo por la instrucción, apoyando desde un principio al sabio profesor que en un colegio en Coquimbo preparaba hombres de ciencia que tanta utilidad darían al país, como lo fueron don Enrique Fonseca; don Nicolás Naranjo, don Lorenzo Rodríguez, don Uldaricio Prado, don José Ignacio Vergara, don Buenaventura Osorio, don José Carvajal, don Justiniano Sotomayor, y tantos otros que se han distinguido en la enseñanza o en la administración industrial y técnica.

El Intendente fué reemplazado por don Juan Melgarejo, y Ministro de Instrucción fué nombrado don Manuel Montt. Al nombrar esta figura que tanta influencia le cupo en la historia de Chile, no podemos dejar de hacer un ligero bosquejo de ella.

Nacido y crecido en la época trágica y heroica de nuestra Independencia, este hijo del siglo llevó en su destino la marca de "la época trágica porque fué grande".

Solamente tenía cinco años cuando la Reconquista, y sus oídos infantiles se acostumbraron a oír relatos de batallas como el sitio de Rancagua, e historias de héroes como O'Higgins, los Carreras, Manuel Rodríguez y tantos más cuyas hazañas tienen ribetes de leyendas.

Contaba Manuel Montt catorce años cuando la abdicación de O'Higgins, a la que siguió una década de trastornos y revueltas que solamente terminaron el año treinta con la batalla de Lircay que dió el triunfo al partido formado por el conjunto de hombres de situación, preparados para gobernar, instruídos y capaces que había en el país, a los que se llamaba "pelucones".

El partido pelucón dió al país una serie de presidentes y ministros capaces que supieron colocar a Chile sobre todos los países de la América Latina; aseguraron la paz y el orden con mano firme, la administración estaba confiada a personas honradas, y la riqueza y el progreso de Chile fué el inmediato resultado.

Como ministro del General Bulnes, y después como Presidente, don Manuel Montt tuvo parte muy principal en el adelanto de Chile.

Cuando estudiante y Universitario se había distinguido siempre como el mejor alumno, recibió su título de abogado a los 22 años. Solamente tenía 26 cuando fué nombrado Rector del Instituto Nacional, primer establecimiento educacional del país, distinción merecida por sus méritos de talento y carácter. Desde entonces este joven ocupa siempre situaciones importantes y responsables, hasta que el general Bulnes le nombró su Ministro de Justicia e Instrucción.

Dió don Manuel Montt, un extraordinario impulso a la instrucción, buscando maestros en el extranjero que prepararan a los del país, para lo que fundó la Escuela Normal de Profesores poniendo a su cabeza al ilustre proscrito argentino don Faustino Sarmiento. Creó la Universidad del Estado, y la época que hizo grande a Chile por sus grandes hombres mucho le debe al Ministro que decía: "La obra de mejorar las clases inferiores depende principalmente del sistema más acertado que

se adopte para la enseñanza". Solamente tenía 42 años cuando fué elegido Presidente, término obligado de su fecunda labor como educador, magistrado y administrador público. El hombre que por canción de cuna tuvo los relatos de batalla, tenía el temple enérgico de la disciplina y del combate, por esto supo sacrificar con mano de fierro la revolución. Las extremas medidas usadas para mantener el orden sobre todas las cosas, y el respeto a la constitución ha sido muy combatida, pero los años han hecho comprender que a esta energía del Presidente se debió la vida tranquila y próspera que Chile gozó durante largos años.

El Intendente de Coquimbo, don Juan Melgarejo fué testigo del resultado obtenido por Domeyko durante el curso de dos años que había fijado para su enseñanza.

Con este motivo el Intendente escribió al ministro diciéndole: "No concluiré esta nota sin hacer referencia en ella a los méritos y servicios del Profesor don Ignacio Domeyko, que promoviendo con tanto celo los conocimientos que interesan más de cerca a la prosperidad pública se ha hecho acreedor a una especial distinción del Gobierno".

El ministro contestó: "Por lo que respecta al mérito del profesor don Ignacio Domeyko, en el desempeño de la clase que preside, puede V. S. prevenirle que consagrando sus tareas a tan laudable objeto, se ha hecho acreedor a la estimación del Gobierno, y que se le tendrá presente para recompensar sus servicios".

Este fué el primer paso de un acercamiento, que llegaría a ser una sincera amistad, encontrando el nuevo Ministro Montt, un eficaz colaborador en sus tareas de educacionista en el sabio polaco.

Domeyko envió una interesante memoria sobre su labor de dos años en el Colegio de Coquimbo, concluía

esta memoría proponiendo, que para estimular a los jóvenes que habían hecho con tanto brillo los dos años de su curso, a que continuaran los estudios y aplicaran los conocimientos adquiridos, traer de Europa los instrumentos y aparatos que necesitaban para su profesión de ensayadores; enviar a Europa a los más distinguidos para que se perfeccionaran en las ciencias y sus aplicaciones, e instituir puestos rentados de ensayadores y peritos de minas, conforme a las enseñanzas de minería y necesidades del país.

Esta Memoria de Domeyko fué publicada en "El Araucano".

Don Manuel Montt, en la Memoria presentada al Congreso el año 1841, primero de su Ministerio, aprovechó para tributar en esta solemne ocasión un testimonio público al ilustre polaco por el empeño que tomaba en difundir las Ciencias Naturales en Chile, dijo:

"Después del Instituto Nacional, reclama honrosa mención el de Coquimbo. Ya sea por la regularidad y crédito, ya por las clases de mineralogía que a plena satisfacción del Gobierno y del público se cursan ahí. La explotación de metales que constituye especialmente la industria de aquella provincia, necesitaba de conocimientos científicos para marchar en progresión y rendir todas las utilidades que promete, gracias al ilustre profesor que las desempeña. Sería sin duda conveniente enviar a Europa dos o tres jóvenes para que completen allí su instrucción y emplear los restantes en las aduanas en donde se requieren conocimientos profesionales para el cobro de los derechos que gravan la exportación de metales. El gobierno prestará una atención preferente a esta medida que ha de ejercer una influencia benéfica en el fomento de nuestra industria minera".

Después, también los ministros que sucedieron a don Manuel Montt, como don Antonio Varas y don Salvador Sanfuentes, hicieron en sus memorias al Congreso honrosa mención de Don Ignacio Domeyko y su actuación en la cátedra de profesor que desempeñaba.

Siguiendo las indicaciones del profesor fueron mandados a Europa tres alumnos, don Antonio Alfonso, don Manuel Osorio y don Teodoro Cuadros. Cuando Domeyko ya tuvo alumnos formados, rehusó seguir como hasta entonces de ensayador gratuito de la provincia, y proporcionó a sus ex alumnos esta ocupación con la obligación de que cobraran un cuarto de onza por ensayo.

Cuando llegaron de Europa los instrumentos pedidos, Domeyko afianzó a sus alumnos para que se los entregaran y fueran pagándolos a medida que pudieran hacerlo, el profesor refería orgulloso cómo sus antiguos discípulos habían cumplido honradamente su obligación.

A pesar de sus clases el profesor se daba tiempo para escribir las memorias para los Annales de Minas de París y hacer sus excursiones de estudio a las cordilleras.

Pero, siempre el recuerdo y la tristeza sabían hacerse camino entre tanta ocupación, que llenaba la vida del sabio. Cada vez que recibía cartas de sus amigos y compatriotas una negra tristeza lo abatía. Por ellas se impuso del drama que se desarrollaba en Polonia constantemente, de las protestas contra la opresión seguidas de inmediato por las prisiones en masa y de los trabajos forzados en Siberia. Era el combate de un pueblo que lucha, conspira, se rebela esperando contra toda esperanza.

Mil jóvenes habían sido enviados a la tumba blanca de Siberia por leer los poetas polacos. Había alumnos de Universidades que se ejercitaban en el dolor, azotándose unos a otros, para llegado el momento mostrarse insensibles y fuertes ante la tortura y desafiar al enemigo.

Los días que el Correo de Europa llegaba, nadie veía a Domeyko; se encerraba con sus cartas, no quería que ojos indiferentes vieran abierta la herida de su alma que sangraba; ¿quién podría comprender a su rededor la inmensidad de su dolor de patriota exilado, a quien llegaban los lamentos de su patria, sin poder hacer nada por ella, solamente esperar y orar?

Sin embargo, en aquel medio de amistades tranquilas, rodeado del cariño verdadero de sus discípulos, embebido en sus trabajos volvía pronto a recuperar la calma, la herida abierta se cicatrizaba de nuevo.

En esta época hizo un estudio sobre "El modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile", que apareció en varios números del Semanario de Santiago entre los años 1842 y 43.

Dicho estudio mereció la aprobación del gobierno, y el ministro de instrucción, don Manuel Montt escribió a Domeyko invitándolo a que hiciera un viaje a Santiago para conferenciar sobre un asunto que a él tanto le interesaba.

El año 1843, se encontraron el joven ministro con el sabio polaco.

El plan que presentó Domeyko para la enseñanza fué aceptado, como el de fijar un sistema uniforme de enseñanza en toda la República, crear una Escuela Normal de profesores; fundar una Academia de Pintura y otra de Música, y nombrar visitadores de colegios.

El plan del ilustre profesor del Colegio de Coquimbo sirvió para aumentar con una página brillante el período de la administración del general Bulnes y de Montt.

Don Antonio Varas, joven ilustrado era Director del Instituto Nacional, y refiriéndose a la memoria de Domeyko sobre la reforma de la Instrucción decía: "Don Ignacio Domeyko, profesor de química en el Colegio

de Coquimbo, no ha podido mirar con indiferencia los vicios de nuestro sistema de enseñanza, y ha querido llamar la atención hacia ellos de la autoridad suprema, indicando los medios de corregirlos, con un celo e interés que no siempre encontramos en los que tienen con Chile relaciones que nos ligan al señor Domeyko".

También se había dado tiempo el sabio profesor para escribir cuatro textos de estudio para la mineralogía, Geología y Geometría subterránea, cuya impresión costeó el Gobierno.

Estos libros fueron acompañados por una interesante dedicatoria a la juventud de Chile, en la que revelaba su entusiasmo por el cultivo de las ciencias naturales y su anhelo por contribuir a propagarlas en el país que ya consideraba como su segunda patria.

Esta juventud chilena interesaba grandemente a Domeyko, veíala entusiasta, llena de patriotismo, defendiendo sus ideales con fuego hasta dar por ellos la vida, y ávida por el estudio.

¡Cuántas veces el sabio contemplaría a esa juventud de estudiantes y recordaría la suya, ellos peleaban unos contra otros por ideales políticos, pero la de los suyos pelearon y fueron vencidos por los enemigos y opresores de Polonia! Llevaba en el alma el duelo de su patria, pero no podía contemplar sin profunda tristeza los odios de partido, las guerras civiles; para él todos eran chilenos, hijos del bello país que amaba como su segunda patria.

De tal modo se absorbía en el estudio, Domeyko que el año 1843, cuando un gran temblor alarmó a la población de la Serena, durante el cual todo era confusión y lamentos, mientras la tierra oscilaba, los edificios crujían y caían con estrépito, las campanas tocaban solas en su gabinete de trabajo hacía observaciones sobre el fenómeno terrestre.

Desde su llegada a Chile, Domeyko en las vacaciones hacía viajes o excursiones de estudio, siempre se acompañaba con algún alumno, de este modo visitó las cordilleras vecinas a Coquimbo; las minas del departamento del Huasco y Copiapó; los departamentos de Ovalle, Combarbalá y Aconcagua; Santiago hasta San Pedro Nolasco, y por último hizo un cateo en las cordilleras de San José de la Compañía y de Cauquenes. Estos viajes los costeaba el mismo profesor, y le servían para los estudios que enviaba a los Annales de Minas, trabajos que llamaron la atención de los hombres de Ciencia de Europa. Un mineral descubierto por el incansable explorador fué llamado Domeykit por el famoso mineralogista de Viena, Haidinger.

Con uno de sus discípulos, Miguel Munizaga, Domeyko hizo un viaje a la Araucanía el año 1845, y de este viaje nació la interesante obra "Araucanía y sus habitantes" que mereció los más elogiosos conceptos de todas las personas de valer de la época, Bello dijo, que en este libro, Domeyko había sabido unir las cualidades del sabio con las del literato. Fué este libro traducido al alemán y al polaco, y se hicieron de él varias ediciones.

Además puso de actualidad la cuestión de la Araucanía, tanto que el Gobierno y el Congreso fijaron su atención en este asunto.

Otra de las cuestiones de trascendencia que estudió Domeyko, fué la de salvar la vegetación que en las provincias del Norte se aniquilaba para sustentar el fuego de los hornos de las minas. Comprendió que el clima se echaría a perder alejándose las lluvias de la región, y para esto aconsejó sustituir la leña por el carbón de piedra.

Apesar de las medidas aconsejadas por Domeyko, los setenta hornos de fundición que existían en las pro-

vincias de Atacama y Coquimbo se tragaban los bosques, y hoy podemos contemplar abruptar serranías en donde había abundante vegetación.

En las revistas científicas y la Revue des Deux Mondes, al citar los trabajos de Domeyko que tanto interés despertaban en el mundo científico europeo, le llamaban: "El sabio Profesor de Coquimbo".

Corría ya el año 1846, siete años había vivido Domeyko en la Serena, cuando estalló en Polonia una revolución.

La sociedad democrática, como se llamaba un centro polaco que residía en Paris, creyó llegado el momento para que Polonia se alzara contra sus opresores nuevamente. Era el plan de los revolucionarios hacer estallar la revolución en las tres partes del territorio polaco al mismo tiempo, es decir en la Polonia rusa, en la Polonia Prusiana y en la Polonia Austriaca.

Desgraciadamente, también esta vez faltó la unión indispensable para que triunfe una causa, solamente las clases acomodadas fueron tomadas en cuenta, los campesinos y el pueblo quedaron fuera del movimiento.

El Austria supo aprovechar diabólicamente esta ocasión, envió agentes preparados para sublevar y armar a los campesinos contra sus señores, el odio de clases facilitó lo demás, y como consecuencia se siguió una horrible matanza en que perecieron por miles los nobles polacos, saqueos e incendios destruyeron las magníficas posesiones rurales de los polacos en el Austria, y la Galitzia en donde fué la primera revuelta de los patriotas quedó convertida en un matadero, la sangre de millares de víctimas ahogó la revolución.

Los prusianos y los rusos, aunque desaprobaron francamente los medios con que el Austria había aplastado

la revolución en su territorio, no lo hicieron mal, y en poco tiempo el triunfo de las tres poderosas naciones contra su víctima dominó la causa de la justicia.

Este año 1846, nació en Wola Okrzejska, en el sur este de Polonia, Enrique Sienkiewicz.

A este eminente escritor de fama mundial, le cupo la suerte de darse a conocer en 1863, cuando Bismark, el canciller de fierro, se encarnizó cruelmente, hasta con los niños polacos, para dominar hasta el alma esa Polonia subversiva. También Rusia y Austria le secundaron, decididas a concluir con ese patriotismo iluso que les impedía dominar completamente el territorio conquistado.

La pluma de Sienkewicz dió a conocer en sus novelas históricas el glorioso pasado de Polonia, sus sufrimientos en poder de los opresores, sus héroes y sus grandes hombres, estas novelas fueron traducidas a todos los idiomas.

Enrique Sienkewicz, no solamente fué un gran escritor de fama mundial, fué sobre todo un gran patriota, y sus cualidades como tal sobrepasan a las del escritor.

De una vida impecable y laboriosa, dedicada a sus compatriotas y a Polonia, era una esperanza y un ejemplo.

Como los ilustres hijos de Polonia que en música, letras y ciencias vagaban por el mundo haciendo comprender que Polonia vivía puesto que tenía tales hijos, Sienkewicz supo alentar y preparar a los polacos para la última y terrible prueba que les faltaba que sufrir, la Gran Guerra. Murió el año 1918, cuando el mundo entero sufría la tormenta, pero murió seguro de que aquel horroroso cataclismo resucitaría Polonia redimida y libre.

Sus últimas palabras fueron: "No alcanzaré a ver la resurrección de Polonia".

Cuando murió Sienkewicz, su muerte tuvo en Chile un eco conmovedor, el hijo del patriota y sabio Domey-

ko, don Hernán Domeyko, celebró unas honras fúnebres por Sienkewicz, ante el altar levantado en el mismo sitio en que Domeyko había dado su último suspiro años antes.

Este año de la trágica matanza de Galitzia, 1846, regresaron de Europa los alumnos enviados a insinuación de Domeyko, por el Gobierno de Chile.

El sabio profesor anunció entonces lo que ya tenía decidido, y era retirarse de la enseñanza del Colegio de Coquimbo. Propuso que su sueldo se dividiera entre los dos nuevos profesores, Cuadros y Alfonso, porque el Colegio no podía pagarlos. El uno debería hacerse cargo de las clases de física, química y metalurgia; el otro de la mecánica elemental, de la explotación de minas y de la mineralogía. Entre los dos jóvenes profesores debería dividirse las manipulaciones en el laboratorio, y la enseñanza de dibujo lineal.

Al terminar la nota que el profesor Domeyko envió al Gobierno, decía: "Me cabe la honra de asegurar a Usía, que dejo en mi lugar, a dos de mis mejores alumnos, jóvenes instruídos, y celosos por el bien del país que podrán prestar servicios más importantes y proporcionar mayores ventajas que si yo solo siguiera desempeñando mis actuales obligaciones".

Domeyko se preparó a abandonar la Serena; fueron días tristes, sus alumnos, la población entera le quería y estimaba, y no se conformaba con verle alejarse de donde se había hecho un sitio de selección, conquistándolo con su carácter y su talento durante los ocho años que ahí había vivido.

El proscrito tuvo que sufrir nuevamente con la separación de personas que le eran queridas y abandonar esa linda población que le había hecho de nuevo sonreir a la vida, llevado por el destino se iba a una ciudad des-

conocida cuyo ambiente ignoraba ¿acaso sus compatriotas desparramados por el mundo no iban peregrinando de ese modo arrastrados por la vida del proscrito? Para él esta peregrinación había sido suave, la tierra que lo había acogido la consideradaba como su segunda patria, y daba por ello gracias a Dios.

CAPITULO VIII.

Extendíase el que era entonces pintoresco caserío, llamado pomposamente: "Santiago, capital de la República de Chile" entre las montañas magníficas de Los Andes, ríos y campos que lo circundaban. Más chatas y aparragadas veíanse sus casas embutidas en el panorama de las altas montañas; las copas de los álamos y las torres de sus numerosas iglesias se erguían orgullosas, y de los campanarios se desparramaba sobre la ciudad el toque de las campanas que regía la vida como en tiempos de la Colonia.

Un viajero de aquellos tiempos describe Santiago como un inmenso huerto en el que estaban medio ocultas las casas; los árboles que bordeaban las veredas, los del Paseo de las Delicias, que era la antigua cañada, y los de huertos y jardines unían su follaje, y de lejos solamente se distinguian a través de tanta arboleda una que otra casa solariega, y el brillar de las aguas del río Mapocho.

En este caserío de aspecto apacible y dormido, dotado del más bello panorama que puede tener ciudad alguna, se agitaba sin embargo en el cuarto decenio del siglo diez y nueve, una sociedad desbordante de ideales que la dividían, de ambiciones encontradas que la separaban en diferentes campos políticos. En esta sociedad

la fuerza principal era la juventud, una juventud que interesa bajo todos los aspectos, y digna de un especial y largo estudio.

A esta juventud todo le cautiva, muestra tanto entusiasmo por asistir a los cursos de la Universidad recién abierta como a las clases del Instituto Nacional: a las reuniones literarias, como a los diferentes cafés en donde se reunen por grupos diferentes para discutir y defender sus ideales políticos.

Hondas pasiones bullían en aquel panorama de Santiago antiguo, patriarcal y devoto, en un principio la constitución de 1828; las luchas constantes de partidos; y la guerra civil absorbió las fuerzas intelectuales de la juventud chilena.

Pero ya en 1840 para adelante, el país deseoso de paz y sosiego recibe con los brazos abiertos al General Bulnes, quien dejó desde el principio de su Gobierno a un lado resentimientos políticos, volvieron los desterrados a sus hogares, y al compás del goce pacífico de las libertades públicas se manifestó en todos los campos del espíritu un resurgimiento que asombra.

Se unió a este despertar intelectual la feliz circunstancia del arribo a Chile de una pléyade brillante de sabios, maestros y viajeros como don Andrés Bello, Mora, Lozier, Dálbe, Fernández, Garfia, Gorbea, Ballarne, Vial del Río, Chapuis, Passaman, Beauchemin, Rivadeneiro, secundados más tarde por los que llegaron después, Domeyko, Gay, Moesta, Ocampo, Courcell, Brunes, Blest, Sazié, Phillippi, Monvoisin y muchos más que contribuyeron poderosamente al despertar y la formación de aquella juventud que dió a Chile sus más grandes hombres.

Y como si esto no bastara arribaron los ilustres emigrados argentinos, Mitre, Sarmiento, Gutiérrez, López, Alberdi, Peña, Piñero, Gómez que se inscrustaron en el movimiento intelectual de aquella época.

Los periódicos políticos y literarios apadrinaban con entusiasmo a sus colaboradores, Bello era redactor de la parte noticiosa y literaria del diario oficial "El Araucano", Sarmiento y Mitre, y demás argentinos, como también los sabios cual Domeyko, Phillippi, Pisis y otros enviaban sus valiosos articulos a "El Araucano"; "El Semanario", "La Revista de Valparaíso", "El Museo de Ambas Américas", "El Progreso", "El Crepúsculo", "La Revista Santiago" y muchos más que se arrebataban los lectores. Era el tema obligado en las conversaciones discutir los trabajos y a sus autores.

Era Ministro de Instrucción, don Manuel Montt, y Rector del Instituto Nacional don Antonio Varas.

Fué este el primer plantel de educación que nació con la Independencia, se decretó su creación el año 1813, y solemnemente se inauguró el diez de Agosto del mismo año. La Biblioteca Nacional se inauguró nueve días después.

La Junta Gubernativa, compuesta por los señores don Francisco Antonio Pérez, don José Miguel Infante y don Agustín Eyzaguirre, firmaron un decreto, compuesto de 21 artículos que debe considerarse como nuestra primera ley de Instrucción Primaria, este decreto lo redactó don Mariano Egaña.

En el Instituto Nacional se refundieron los diferentes establecimientos educacionales que existieron en la Colonia, llamados La Universidad de San Felipe; El Seminario, El Colegio Carolino de Santiago y la Academia

de San Luis. La solemne apertura del Instituto tuvo lugar en una antigua y amplia sala de la Universidad de San Felipe.

Cuando volvieron con Osorio los españoles durante la Reconquista, 1814, se cerró el Instituto Nacional.

Pero después de la Reconquista volvió a abrirse el Instituto, con gran solemnidad el día veinte de Julio del año 1819.

La Universidad, en cambio, fué creada en la Colonia, autorizada por un decreto de Felipe V de España, el año 1738. Por este motivo se llamó Universidad de San Felipe, que dejó de existir el 17 de Abril del año 1830. Como continuación de este importante plantel de educación se fundó la Universidad de Chile, que se inauguró solemnemente el año 1846, nombrándose como Rector de ella al eminente sabio y educador don Andrés Bello. Un poco más de un siglo separó la fundación de la Universidad de San Felipe, 1738, y la de Chile continuación de la anterior, 1846.

Don Andrés Bello y don Ignacio Domeyko han sido los padres de la instrucción en Chile, una estrecha amistad unió a los dos desterrados que encontraron en Chile una segunda patria, a cuya formación intelectual y cultural dedicaron largos años de su vida.

Bello estaba en Londres, a donde había llegado el año 1810 con Simón Bolívar en misión diplomática, sirvió a Colombia su patria, como hábil diplomático hasta el año 1815. Ahí lo encontró don Mariano Egaña el año 1829 y lo contrató en nombre del Gobierno de Chile, pero ya no era representante de su país, y estaba en una situación muy difícil, luchando por conseguir el alimento para su familia, nadie le ayudaba y Colombia no le pagaba sus sueldos, de modo que tuvo que aceptar la oferta de Chile.

Cuando Simón Bolívar supo que Bello con su talento y conocimientos de sabio se iba a otro país, trató de detenerlo para que Colombia no perdiera un servidor semejante, pero ya era tarde, Bello iba en ruta a Chile. Colombia perdió a uno de sus más brillantes y mejores hijos, y Chile conquistó uno de sus más notables estadistas, educador y servidor público.

Sabía Bello el griego y el latín, había hecho estudios profundos sobre la literatura inglesa, italiana y española; no hubo ciencia sagrada o profana que no estudiara, y por esto fué tan provechosa para Chile y toda la América que se radicara en uno de sus países. Digna cátedra del patriarca de las letras americanas fué Santiago de Chile, en donde el destino reunió un núcleo privilegiado de sabios y hombres de talento, como Domeyko el desterrado polaco, Mora el español, Andrés Gorbea, y los argentinos Sarmiento, Mitre, Aberdi, Gómez, López y todos los extranjeros que aportaron sus talentos para formar la cultura de la brillante generación de esa juventud del segundo decenio del siglo XIX.

Bello fué redactor y ordenador de las Leyes Chilenas. Rector de la Universidad y Consejero privado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Tratadista de Derecho Internacional, reformador de la enseñanza del derecho romano, maestro de los estudios de historia y crítica literarios; filósofo, gramático y poeta.

Cuando cerró sus puertas el Colegio Santiago del que era Director, en su propia casa abrió sus famosos cursos privados de Derecho y Literatura española.

A su rededor formóse un numeroso grupo intelectual, al que el maestro estimula y alienta con sus consejos.

No fué extraño que desde un principio, la similitud de talento, de creencias y de gustos uniera a Bello y Domeyko con un fuerte lazo de estimación y duradera amistad.

Siendo fuerza poderosa el dinamismo del talento, que empuja a los pueblos hacia la civilización, debió hacerse sentir en aquella época la de los centenares de cerebros de todas edades, que trabajaban en pro de altos ideales de cultura, sociales y políticos, como chispa eléctrica que saltaba de un punto a otro, en aquel panorama apacible y pueblerino que era el de la ciudad de Santiago. En sus calles polvorientas y sombreadas de árboles, se tropezaba con santos y excomulgados, con sabios y poetas.

A horas marcadas por la rutina del tiempo, las campanas de las torres de sus numerosas iglesias, en toques acompasados daban las horas; los gritos del aguatero, del lechero, del motero que pregonaba "huesillo y mote fresquito", el tortillero, cuyo pregón ha quedado inmortalizado en un canto popular, el de "las castañas cocías", y tantos más eran anunciadores de la hora para las dueñas de casa, y rompían el silencio de claustro de las calles santiaguinas, antes que el estrépito de camiones, tranvías, bocinas de auto y radios los silenciaran para siempre.

Y dando colorido local a las costumbres sociales se paseaba en la Cañada; había fiestas animadas para el pueblo y los señores, los días del aniversario patrio; se juntaban grupos de familias que en carreta iban a Colina a tomar las aguas y veranear; se jugaba a los volantines, armándose verdaderas batallas campales de uno a otro barrio, y se visitaba y tertuliaba mucho, y por último había los días de santos, fiestas de Semana Santa y procesiones.

Las distancias, el polvo en el verano y el barro en el Invierno, no eran obstáculos para la juventud de aquel tiempo, que iba de la Universidad a los Clubs, en donde se trataba de partidos y política, y se tramaban revolu-

ciones, como la del año 1851 contra don Manuel Montt. Ni tampoco impedían asistir a tertulias y reuniones sociales.

Esa juventud romántica del año 42 al 50 declamaba y traducía a Byron y a Shiller, a Víctor Hugo y Lamartine, a Heine, Zorrilla Espronceda y Musset.

Entre ella surgió como fuerza poderosa la elocuencia parlamentaria, la literatura, la historia y el periodismo; los nombres de los que descollaron han quedado inmortalizados en el bronce, en la piedra, o en la memoria de las nuevas generaciones.

Domeyko no ignoraba la enorme actividad intelectual, política y social que agitaba a Santiago, a donde llegaban desde las provincias más apartadas refuerzos a los diferentes partidos en forma de brillantes oradores, periodistas, intelectuales que deseaban ver triunfar el ideal que los unía al partido del cual formaban parte,

Y un día del año 1846, la distinguida figura del sabio polaco se delineó vigorosamente en aquel panorama de la ciudad de Santiago. Le precedía la fama no solamente de sabio, sino de gran señor, del generoso desprendimiento que había siempre demostrado, quitándose de su sitio para dejar a sus alumnos que actuaran y ganaran lo que, según él merecían. Y a todo esto se añadía el romántico prestigio del desterrado polaco, sin patria ni hogar.

CAPITULO IX.

Ministro de Hacienda del Presidente Bulnes, era don Manuel Camilo Vial, quien diligenció y obtuvo, que le entregaran a Domeyko al llegar a Santiago, la suma de dos mil pesos, como una compensación por los gastos hechos por el sabio en las numerosas investigaciones científicas que constantemente le encomendaba el Gobierno.

Contaba solamente, Domeyko, con los seiscientos pesos anuales que recibía por ser secretario de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, de modo que ese dinero fué para él una muy oportuna ayuda en su situación pecunaria.

Desde su llegada a Santiago fué Domeyko recibido en la alta sociedad, que aunque era generosa y hospitalaria, no abría sus puertas sino a las personas que consideraba dignas de que frecuentaran sus hogares como amigos.

Domeyko, desde que había llegado, de sus excursiones en la cordillera había sacado la convicción que, ahí se escondían fuentes inapreciables de salud para muchos enfermos clavados por años en el lecho de dolor, y como había hablado ya de esto en sus memorias sobre sus viajes de estudio, el Supremo Gobierno, que nada tenía por el momento que ofrecerle, le encomendó varias comisiones, entre ellas el estudio de las aguas termales que vertían las montañas, y por esto dió él a conocer las condiciones medicinales de las aguas de Apoquindo, Cauquenes, Tinguiririca, Mondaca, Chillán, Panimávida y Catillo, y supo arrancar el secreto a las rocas, para llevar con la salud la alegría a muchos hogares.

Y también estudió las aguas que surtían a Santiago. Fué nombrado miembro del Consejo de la Universidad, empleo ad-honorem que desempeñó hasta su muerte con el celo que gastaba en lo que emprendía. En ese tiempo renunció el Profesor Crossnier que hacía clases de mineralogía en el Instituto Nacional, fué nombrado para reemplazarle Domeyko.

Desde que empezó sus cursos, manifestó que era preciso empezar las clases con la enseñanza de la física, y el día que dió comienzo a sus lecciones, se reunieron en la sala para asistir a ellas, atraídos por su fama las per-

sonas más distinguidas de la ciudad, como el Rector de la Universidad, don Andrés Bello, el del Instituto Nacional don Francisco de Borja Solar, el decano de la Facultad de Matemáticas don Andrés Gorbea, y representantes del Gobierno y de la Sociedad.

Más tarde, en los comentarios entusiastas sobre el discurso con que abrió sus clases el profesor polaco, don Andrés Bello decía: "es una elocuente reseña de las maravillas de la Naturaleza, y de las prodigiosas conquistas del ingenio humano; himno sublime inspirado a la par por el sentimiento religioso y por el entusiasmo de la ciencia".

Don Juan Nepumuceno Espejo, quien pertenecía a otro credo, comentaba en el Progreso el discurso de Domeyko: "entusiasmó con aquella pureza y valentía de las imágenes, con aquella elocuencia fascinadora y aquella dicción sencilla, fresca, y al mismo tiempo enérgica que caracterizan su estilo".

Mientras los comentarios del discurso eran tema de conversación en todos los hogares de la sociedad santiaguina, Domeyko se preocupaba de trabajar en los textos para su alumnos, escribiendo Elementos de física experimental y de meteorología.

También este trabajo tuvo calurosos aplausos, y entre ellos don J. Victorino Lastarria decía en la Revista Santiago:

"Esta es la tercera obra elemental que publica el señor Domeyko, con estos tres trabajos cuyo mérito es indiscutible tiene el señor Domeyko la gloria de haber fundado en Chile de una manera formal y estable el estudio de las ciencias. Antes de él el plan de estudios científicos carecía de esas ramas, cuyo cultivo va a dar al país un provecho incalculable".

No solamente compuso Domeyko los textos de enseñanza para sus clases, sino que también organizó un

gabinete de mineralogía en el Instituto Nacional, trabajos por los que no se le ocurría pedir ninguna remuneración.

Así iban pasando los años para el sabio, como los pasó en la Serena entregado a sus trabajos, y según el decía más tarde poéticamente "golpeando las duras piedras de la cordillera para apagar con su ruído los ecos del dolor que sufría por las desgracias de su patria".

Era el año 1849, cuando el S. Gobierno, conocedor de los servicios constantes que prestaba Domeyko al país, quiso hacerle una manifestación solemne de estimación pública, y el Presidente de la República, General Bulnes, dirigió a las Cámaras el siguiente mensaje:

"Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Di-
" putados:

"El profesor de Ciencias Naturales don Ignacio Do-
" meyko, posee como extranjero las facultades necesa-
" rias para obtener según nuestra constitución la de-
" claración de ciudadano legal de Chile. Este sabio y
" virtuoso profesor hace diez años que está dedicado
" a la enseñanza pública en Coquimbo y en esta capital.
" Su genio investigador y laborioso no se ha limitado
" a la enseñanza, sino que ha emprendido el estudio de
" la naturaleza física y mineral del país; ha sido autor
" de varias obras científicas que se han adoptado a la
" enseñanza superior de la República; es miembro de
" Consejo de la Universidad y encargado de varias co-
" misiones especiales que le ha conferido el Gobierno
" en ramos concernientes a su profesión.

"El Gobierno bien penetrado de todo y deseando
" que el profesor Domeyko se radique en el país, como
" el mismo lo desea y lo ha manifestado al Gobierno,
" que justamente le distingue, y de cuyos loables es-
" fuerzos en la enseñanza espera reportar grandes bie-
" nes, ha querido anticiparse el Gobierno a solicitar del

" Congreso Nacional la gracia especial de naturalización
" en favor de don Ignacio Domeyko que está en sus pe-
" culiares atribuciones según el artículo 6 parte 4 de
" nuestra Constitución Política, queriendo con este
" paso dispensar a Domeyko de los trámites que le se-
" ría preciso recorrer para obtener la naturalización
" por otro medio que prescribe la misma Carta hacién-
" dole al mismo tiempo el honor de que es digno."
Santiago, Octubre 28 de 1848.

MANUEL BULNES.

Manuel Camilo Vial".

CAPITULO X.

Dos años después, el sabio profesor contrajo matrimonio con la señorita Enriqueta Sotomayor y Guzmán.

Uno de sus discípulos, señor Sotomayor y Guzmán, invitó a almorzar en su casa a Domeyko, quien sabía hacerse de cada alumno un amigo que le respetaba y quería.

Era uno de aquellos días de Santiago, luminoso, fresco y perfumado entonces por sus numerosos árboles y jardines que hermoseaban las casas y la ciudad.

En el segundo patio al que daba el comedor, bajo un emparrado había un columpio en el que se columpiaba alegremente una jovencita de quince años, sus vestidos vaporosos color rosa la rodeaban como alas inmensas, era una visión de alegría y juventud, que revivió en el recuerdo del desterrado otra visión que guardaba de su niñez, y que nada había borrado de su mente, la de

las tres primas Marías, envueltas en amplios trajes vaporosos de color rosa, que cantaban frente a su abuela a quienes llevaban como homenaje por ser el día de su santo, una guirnalda de rosas y jazmines. Una de las Marias fué su hermana, la otra el amor de Mieckiewicz y la tercera la bella María Zaleuska.

Después una estrecha simpatía atrajo a la niña y al hombre de experiencia, que era ya considerado un sabio en la América y la Europa. Fué un matrimonio feliz, sobre el que copiamos una carta interesante escrita por Domeyko a sus parientes de Polonia, carta contestación a la primera que había recibido desde su destierro como un regalo de boda.

Santiago, 1850.

"Habiendo pasado muchos años sin tener noticias
" tuyas, ¡cuál sería mi gozo cuando recibí la carta en que
" me hablas de tí, de tus hijos y casa! He regado con lá-
" grimas este papel querido, y mi mujer Enriqueta com-
" parte también esta felicidad, y ha besado el lugar
" en que venían escritos los nombres de ustedes repi-
" tiendo: ¿Cuándo tendré la dicha de verlos?

"Cosa extraña! en el momento en que te proponías
" escribirme y cuando nuestra hermana Antonia me
" veía en sueños, estaba yo muy hastiado de mi vida
" aislada, desazonado y abatido por las desgracias de
" nuestra patria, y experimentaba la necesidad de tener
" una amiga y compañera. He buscado esta mujer, y
" con la ayuda de Dios la he hallado joven, hermosa,
" buena como un angel, que correspondió a mi amor
" y se decidió a compartir mi buena o mala suerte.

"Casado he vivido tranquilamente y aguardando
" con paciencia verte algún día.

"Aunque joven y relacionada con las primeras fa-
" milias de la capital, mi mujer vive conmigo en un lu-
" gar retirado, habitamos una casita hermosa de campo
" rodeada de jardines que recientemente he comprado.
" Desde ella voy a pie todos los días a la ciudad a hacer
" clases al Instituto, y el Gobierno me paga por este
" trabajo $ 2,400 al año; pero en el país todo es caro,
" no hago sino pequeñas economías, vivimos cómoda-
" mente y nada nos falta; pero en el país recientemente
" organizado, en el que las elecciones frecuentes oca-
" sionan tumultos y muchos cambios no se puede estar
" siempre seguro del porvenir.

"Sin embargo, espero que mi posición no cambie y
" que nunca será incierta mi suerte. Si Dios me dá hijos
" piensa tú también en el porvenir de ellos.

"Me alienta la idea que ni el tiempo ni la distancia
" enfriarán los afectos de familia. En el curso de nuestra
" correspondencia te daré detalles de mi posición, y te
" contaré mi historia de los últimos años.

"Desde quince años me he ocupado especialmen-
" te de la química, la física, la mineralogía y la Geolo-
" gía, habiendo publicado mis viajes y descubrimien-
" tos en francés en los Annales de Mines y en otros pe-
" riódicos alemanes e ingleses contribuirán a darme un
" carácter esencialmente científico; también es cierto
" que sólo la instrucción me ocupa y absorbe".

En esta carta se diseña un cuadro de la época. La casa de campo estaba situada en el mismo sitio que hoy, en la calle Cueto entre Catedral y Santo Domingo. Domeyko se la compró muy barata a un francés apellidado Dumont, quien andaba huyendo de la policía francesa por haber robado los brillantes a la célebre actriz Mlle. Marce, quien a los setenta años representaba el papel de

Wosina con la gracia y agilidad de una niña. El ladrón vino a refugiarse a tierras de América y hubo que huir porque casi lo cogieron.

El año cincuenta estalló la revolución contra el Presidente Montt, y a esta alude en su carta seguramente Domeyko.

Otra carta de Domeyko del año siguiente, 1851, hace revivir la paz del hogar recién formado, y la vida de las familias a mediados del siglo pasado: "Santiago, 1851.

"...Todos los días mi mujer y yo hablamos de tí " y de tus hijos, alégrate y agradece a Dios todo; educa a " tus hijos e hijas en su santo temor; créeme pues he via- " jado y estudiado mucho: nada hay más sabio y dicho- " so que el santo temor de Dios! Quien sabe, acaso pro- " picio el cielo nos permita un día volver a vernos y " abrazarnos en la casa paterna! Si Dios me concede un " hijo, será el quien te lleve mis saludos y talvez uno " de tus hijos venga a este hemisferio a consolar a su viejo " tío y conocer a su joven tía que le recibirá con cariño " y alegría.

"Yo gozo de excelente salud, y no tengo motivos " para sentir mi situación. No pudiendo estar junto a ti " prefiero vivir a tres mil leguas antes que vivir en la " frontera de mi patria; de nada carezco aunque no " soy rico ni deseo serlo.

"El último año hice edificar un departamento bas- " tante cómodo que habitamos ahora, y todos los Do- " mingos la familia de mi mujer y mis amigos vienen " a visitarnos.

"En Mayo ricos dueños de minas de plata de Curicó " y Copiapó me nombraron árbitro para resolver sobre " una división de pertenencias a cuatrocientos pies de " profundidad. Ambas partes aceptaron mi fallo. Durante

" esta tarea pensaba en nuestro padre, que también
" fué juez en puestos importantes y que se conquistó
" elevada consideración en los juicios arbitrales.

"Qué singular destino, encontrarme en las entrañas
" de la tierra en medio de extranjeros, caminando por
" oscuras sendas, interrogando testigos, concediendo la
" palabra a los abogados y tratándolo todo en lengua
" española.

"Terminado el proceso, me encontraba dibujando
" el plano de las minas que acababa de medir, cuando
" repentinamente oí gritos y sentí temblar la tierra; me
" apresuré a huir; apenas tuve tiempo de ganar la puerta
" cuando toda la casa se hundió; en seguida sobrevino
" otro temblor más violento que asoló todo el norte
" de Chile.

"Escapé felizmente y salvé mis instrumentos y pa-
" peles sacándolos al día siguiente de abajo de los es-
" combros. Para volver a Santiago me vine por mar y
" el vapor estuvo a punto de naufragar a causa de una
" tempestad que causó grandes pérdidas en las costas
" del país. Me gustaría darte más detalles sobre estos
" sucesos, esperando que el Señor me permita algún día
" contarte de viva voz las circunstancias de mi vida.
" Aguardándolo, no te olvides de mi mujer que te quiere
" mucho, cual si viviese y hubiese sido educada entre
" ustedes. Yo la amo y la estimo más y más, y me consi-
" dero feliz tanto como puede serlo un hombre sepa-
" rado de su amada patria y alejado de su familia, por
" la cual languidece sin esperanza de volverla a ver..."

Estas cartas dejan al descubierto la profunda religiosidad de Domeyko, su bondad de sabio, su poca am-

bición por el dinero, pudo haber sido muy rico, pero prefirió sembrar a su paso los elementos de la riqueza para que otros la adquirieran.

Su fe profunda era peculiar en todos los actos de su vida, y supo rendir a Dios el culto debido sin vanas ostentaciones y sin respetos humanos.

Sin duda de la generación de emigrados del año 1830, fué el más feliz, encontró un país que supo honrarle y apreciarle, formó un hogar dichoso, y se cumplió su deseo de que viniera a verle su sobrino León, hijo de su hermano Casimiro, le dió esa suprema alegría, después que murió su muy amada Enriqueta: León no encontró a la tía joven que llegaba a conocer, pero en su lugar halló a una interesante prima que lo conquistó, pidió su mano, y aunque Domeyko encontró una ocasión de hacer una última ofrenda de amor a su patria, darle lo que más amaba que era su hija para "que aprendiera a pensar en polaco, a amar en polaco y a orar en polaco" esta no se decidió a dar el sí al primo, hasta que León hizo un segundo viaje a buscarla, Anita Domeyko fué muy feliz con su esposo, y vivió en Zibur, una de las más bellas posesiones de la familia Domeyko.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA

CAPITULO XI.

Este año que trajo a Domeyko paz y felicidad a su hogar recién formado, que no tardaron en alegrar tres hijos, Casimiro, Hernán y Anita, fué un año que enlutó a su patria adoptiva con una revolución sangrienta que enlutó los hogares de Santiago y de toda la República, y para explicar esta guerra civil nos parece oportuno transcribir un artículo de Don Alberto Edwards publicado en "El Mercurio" de 1934 bajo el título "Algo sobre vieja política chilena".

I.

INDEPENDENCIA.

Es sabido que la independencia de las colonias españolas tuvo por resultado la formación, en el continente americano, de diversas naciones nuevas que, casi sin excepción, quedaron entregadas a la más deplorable anarquía. Sabemos también que Chile, nuestra patria, fué la primera de esas Repúblicas que logró organizarse regularmente, muy pocos años después de haber sacudido el yugo español.

Las causas del desorden eran las mismas en todas partes. Sometidas al régimen monárquico absoluto, sus gobernantes eran por lo regular, españoles y los criollos carecían, por lo tanto, de toda experiencia política. Las masas populares compuestas de indios y mestizos semi-bárbaros e ignorantes, no estaban en estado de practicar el régimen republicano. Además, las comunicaciones eran difíciles y los territorios extensos y poco poblados, lo que hacía casi imposible la unión y acuerdo de las fuerzas sociales, dispersas y empapadas en odios y rivalidades lugareñas. Por último, en muchos de estos países, las familias más ricas e influyentes habían sido partidarias del régimen colonial y después de la Independencia se encontraron arruinadas, perdieron su situación o se expatriaron como sucedió en Méjico y en el Perú.

Resultado de esto fué que el poder cayó en América en manos de militares ambiciosos y aventureros de todo género, sin más prestigio que la fuerza o el charlatanismo. La revuelta armada fué el medio usual de transmisión del mando, y bajo el nombre de Repúblicas, estos países no tuvieron otro Gobierno que el despotismo militar, moderado por la insurrección.

II.

VENTAJAS MATERIALES Y SOCIALES DE CHILE

La más pobre y atrasada de las colonias españolas de América fué muy luego la más ordenada y por lo tanto la más próspera y feliz de las nuevas Repúblicas.

Chile era un país muy pequeño, que se extendía en angosta faja entre los Andes y el Pacífico desde Copiapó por el norte hasta el Bío-Bío, que formaba la frontera araucana por el sur. El mar facilita las comunicaciones. Eso era importante, sobre todo en aquel tiempo, cuando no había aun ferrocarriles y nos proporcionó muy luego una gran unidad de intereses y afectos.

Además, el territorio chileno, situado por entero dentro de la zona templada, presentaba una gran homogeneidad en su clima y producciones. La raza era en todas partes la misma. El elemento europeo puro, predominaba en las clases elevadas de la sociedad y el pueblo, aunque formado de mestizos, hablaba el español y se había asimilado en parte las costumbres y la religión de los conquistadores. Su ignorancia, con todo, era extrema y ruda su incipiente civilización, y sin duda, no era tampoco capaz de gobernarse a sí mismo, según la teoría del régimen republicano.

No había en Chile, entonces sino una ciudad que mereciera el nombre de tal: Santiago. Las demás no eran sino aldeas o pequeños pueblos de cuatro o cinco mil habitantes como La Serena y Concepción.

Santiago encerraba casi toda la gente culta y prestigiosa del país, la que constituía una especie de sociedad aristocrática, unida por los lazos de la sangre, por la amistad y por intereses comunes, y cuya influencia era in-

mensa en la parte más poblada del territorio, llena de valiosas propiedades, cuyos dueños residían en la capital o estaban ligados a la clase dirigente.

La organización política de nuestro país fué un hecho el día en que la alta sociedad chilena, cuyo centro era Santiago, logró dominar a los elementos de desorden.

III.

LA DICTADURA DE O'HIGGINS.

En casi todas las Repúblicas hispanoamericanas el poder cayó primeramente en manos de los generales que habían dirigido las campañas de la Independencia.

El más ilustre de éstos era en Chile don Bernardo O'Higgins, a cuyo esfuerzo se debió, en parte principal, la victoria de Chacabuco, que el 12 de Febrero de 1817, libertó al país del dominio español. Pocos días después O'Higgins fué investido del mando supremo, que conservó por seis años casi completos.

El Gobierno de O'Higgins fué absoluto, a pesar de algunas fórmulas republicanas de aparato con que se pretendió adornarlo.

La dictadura ha sido una de los peores plagas en el nuevo continente. La falta de preparación de estos pueblos para gobernarse por sí mismos, los ha obligado a entregar con frecuencia sus destinos en manos de un solo hombre. El régimen ha producido en varias ocasiones buenos resultados aparentes y hasta pueden citarse casos en que no ha sido posible adoptar otro. Pero la dictadura personal tiene un grave inconveniente: el de no estar fundada sino en el prestigio y el valor de un individuo.

Muerto o derrocado éste, no queda sino el caos y el desorden. Algo por el estilo sucedió también en Chile cuando en 1823 fué obligado a dimitir O'Higgins.

IV.

LA ERA DE LOS PIPIOLOS.

La demagogía es peor aun que la dictadura. Por hermosas que resulten en los libros y como tema de frases las doctrinas de la democracia pura, el hecho es que en la América española no se ha construído todavía nada sólido fundado en ellas.

Por supuesto que en Chile, como en los países vecinos, no han faltado filósofos y pensadores que hayan presentado como un abuso y una usurpación todo Gobierno, que no sea el del pueblo por el pueblo. Pero cada vez que se han querido llevar a la práctica estas ilusiones seductoras, el resultado ha sido una merienda de negros, y a la postre se ha concluído por caer en el otro extremo, que es la dictadura.

La república pura exige para ser correctamente practicada, pueblos muy respetuosos del derecho ajeno y de la ley, capaces de comprender sus verdaderos intereses, bastante cultos para no caer fácilmente en las redes del primer charlatán ambicioso, que lo seduzca con frases sin sentido o con promesas irrealizables, y bastante conscientes de sus derechos para impedir que ellos sean atropellados por la fuerza o el dolo.

No adornan, por desgracia, estas virtudes a las masas populares del nuevo mundo español y de allí el constante fracaso práctico de las muchas tentativas democráticas que en él se han ensayado.

Este fué el caso de Chile en 1823. El pueblo se creía libre porque vociferando en las calles contribuía a derribar Gobiernos, pero nunca fué más incierta y precaria su situación. El poder no estaba en ninguna parte, y los Presidentes caían como ahora los Ministerios, no por los votos parlamentarios, sino a impulsos de una poblada gritona o de un motín militar. Esto último era lo más frecuente, porque cuando los Gobiernos no se fundan en nada sólido y respetable, cualquier coronel o general al frente de unas cuantas bayonetas se cree con derecho a imponer su voluntad.

La soberanía popular será bonita como carátula de una constitución, pero cuando el pueblo no es capaz de ejercerla, toma su sitio y su nombre el más audaz, el que más alto vocifera, el que manda más soldados o dispone de mayor número de pesos. Esta es en síntesis la historia de las calamidades hispanoamericanas, y Chile parecía ir por igual camino.

La alta sociedad de Santiago permanecía, en general, ajena a todos aquellos desórdenes. Ni su educación ni sus hábitos la disponían a mezclarse en alborotos. Es cierto que algunas personas cultas y de elevado rango hacían también aquella desordenada política, pero sus procedimientos eran los mismos que los de los demás. Se entendía gobernar con el pueblo, porque todos trataban de adularlo y de hacerlo servir a sus intereses, creyendo equivocadamante que la masa inculta, por el hecho de ser la más numerosa, era la gran fuerza de la nación.

Ese funesto régimen fué llamado el de los pipiolos. Algunas personas ignorantes creen que los liberales de hoy día proceden en línea recta de esos peligrosos charlatanes que vivían de la revuelta diaria, sometidos a los caprichos de la muchedumbre y de la soldadesca. Esto es hacer grave injuria al liberalismo moderno, que, si

bien es cierto ha mostrado más de una vez cierta tendencia a apoyarse en las pasiones de la gente ignorante de las provincias, ha sido de ordinario un partido mucho más serio en sus procedimientos y más ordenado en su conducta política. Estudiaremos después el origen del liberalismo de ahora.

El desquiciamiento pipiolo llegó a su colmo con el triunfo de los federales, que querían que cada provincia formara una especie de Estado independiente. Como era difícil constituir un solo Gobierno, creyeron que era más sencillo organizar varios. Los seducía el progreso de los Estados Unidos bajo el sistema federal, pero olvidaron que en Chile las provincias eran absolutamente incapaces de dirigirse por sí mismas, y el nuevo régimen no fué sino la consagración de la anarquía.

V.

DON DIEGO PORTALES

Don Diego Portales es el más ilustre de los políticos chilenos.

Muchos preguntarán por los libros que produjo y por las doctrinas que profesó, porque existe en los países de origen español la manía de creer que son grandes hombres los que difunden o inventan principios teóricos... aunque hayan resultado en la práctica un calamitoso fiasco.

Portales, fué ante todo "el terrible hombre de los hechos".

Su acción puede dividirse en dos períodos.

En el primero dedicó sus esfuerzos a unir la alta clase social de Santiago, infundiéndole valor y la conciencia de su fuerza, hasta lograr organizarla en una posición formidable contra el régimen de los pipiolos.

Tal fué el origen de la revolución de 1829, que dió el triunfo a los "pelucones", esto es el conjunto de los hombres de más arraigo, juicio e instrucción que había en el país. Ante el tremendo empuje de Portales, que dirigía cuanto en Chile tenía verdadera fuerza y prestigio, los jefes de Gobierno, pelucones en el fondo, se entregaron sin combatir; el poder cayó en manos de subalternos oscuros e ineptos y el régimen pipiolo acabó por desplomarse como un castillo de naipes. La batalla de Lircay, el 17 de Abril de 1830, fué el sepulcro de la anarquía.

Dueño del Poder, Portales se dedicó a hacerlo fuerte y temible, a organizar la administración pública sobre bases de moralidad y de respeto y a reprimir con mano severa el menor intento de transtorno armado o de bullanga popular.

Para consolidar el nuevo régimen era necesario restablecer la disciplina en el Ejército, que había sido el cómplice del mayor número de los escándalos que caracterizaron la era pipiola. Con este mismo objeto armó al ciudadano, organizando la guardia nacional, esto es, cuerpos civiles que mandaban las personas más distinguidas de cada población. Esta genial creación fué la muerte del militarismo.

Pero el grande hombre hubo de sellar con su sangre en 1837 el triunfo de su política. En circunstancias que revistaba en Quillota un regimiento destinado a combatir por su país contra un enemigo extranjero, fué alevosamente hecho prisionero por la tropa sublevada al mando del ambicioso y desleal coronel Vidaurre, amigo íntimo de la ilustre víctima. Los cívicos de Valparaíso salieron al encuentro de los rebeldes y los derrotaron vergonzosamente en las alturas del Barón, pero al sonar los primeros disparos del combate, un oficial beodo y corrompido, hizo fusilar al gran Ministro.

Su obra le sobrevivió sin embargo, Portales no había cometido el error de O'Higgins. No quiso la dictadura ni para sí ni para otros. El Gobierno, en su concepto, debía ser muy poderoso, pero impersonal. Su fuerza no iba a reposar en el prestigio de un individuo, sino en el apoyo de las clases dirigentes del país, cuyo interés era el orden, el progreso, la existencia de un Gobierno sólido, garantía de la paz pública.

Por eso la muerte de Portales, lejos de transtornar su sistema, contribuyó a consolidarlo en el futuro.

La Constitución de 1833 tuvo por objeto dar forma a aquel gran pensamiento. Casi todas las facultades quedaron concentradas en el Presidente de la República, pero éste debía ejercitarlas de acuerdo con el Congreso, que, en el pensamiento de los pelucones, iba a ser la reunión de todo lo más notable y prestigioso del país.

Como el poder de los Presidentes era tan grande, en la práctica fueron ellos mismos los que erigieron los Congresos, pero nuestros hombres de Estado tuvieron por lo general, el buen sentido de no buscar para diputados y senadores a simples instrumentos de su caprichos, sino a individuos respetables, del más elevado rango social, de fortuna independiente y que merecían la confianza de sus conciudadanos.

Como se ve, el régimen pelucón no estaba fundado en ninguna doctrina abstracta. Era ante todo una buena práctica política, sin la cual el país no habría podido organizarse.

Muchos encontrarán más hermoso y decorativo un sistema en que el pueblo hubiera elegido libremente a sus gobernantes. Sin duda... Pero ¿qué habría hecho el pueblo con un derecho que no era capaz de ejercitar? Poner en subasta su voto como en el día o entregarlo gratis al charlatán más audaz y que mejor supiera adu-

larlo. Las instituciones no pueden adelantarse al progreso de las costumbres. El olvido de esta verdad ha sido fatal a los hispano-americanos, y a nosotros mismos nos ha proporcionado más de un quebradero de cabeza.

VI.

REGIMEN DE LOS PELUCONES

La experiencia y el éxito, vienen en apoyo del régimen triunfante en 1830. Chile se levantó sobre todos los países de la América Latina. Asegurada la paz pública, afianzada la administración sobre sólidas bases, la riqueza y los progresos en todo orden de cosas fueron la recompensa de nuestra cordura.

Por largos años el sistema de Portales y de los pelucones se mantuvo casi intacto; hoy mismo lo que de él nos queda, es lo que también nos queda de orden.

"El espíritu que se encarnó en ese hombre poderoso, dice don Isidoro Errázuriz, logró infiltrarse profundamente en el Estado y en la sociedad, en las costumbres y en los caracteres. Lo que él condenó y persiguió no volvió a levantar cabeza. Lo que él fundó pudo desafiar impasible la fuerza de los sucesos y la fuerza del tiempo".

A los hechos siguió la doctrina política. El inmenso éxito obtenido por el sistema pelucón fué el origen de un partido cuyo ideal político era la conservación de ese sistema.

Los viejos conservadores no estaban inspirados en un ideal religioso como los de ahora. En sus filas militaban hombres de todas las creencias, Portales tenía de todo menos de devoto, y si se le juzga por su correspondencia, era más bien inclinado a libre pensador. Los clérigos solían mezclarse en la política, pero alistándose

indiferentemente en las filas pipiolas y en las peluconas. Lo mismo sucedió más tarde, cuando en 1849, se organizó el partido liberal, fundado en el seno del peluconismo.

VII.

LA DISIDENCIA DE 1849 Y ORIGEN DEL PARTIDO LIBERAL.

Hacia 1845 ya apenas se hablaba de pipiolos.

Don José Victorino Lastarria, que no era sino medianamente hostil a ellos, los pinta como un pequeño grupo de aventureros desacreditados, reducidos a la impotencia, y sin apoyo en la opinión pública que los miraba con horror. El recuerdo del estupendo fracaso de su sistema y el éxito de sus adversarios, acabó por dispersarlos completamente. Entre ellos había, sin embargo, uno que otro ideólogo de buena fe, como Infante, propagandista de los principios federales, y don Pedro Félix Vicuña, eterno soñador que vivía escribiendo artículos que nadie entendía, y fraguando conspiraciones más o menos absurdas e inofensivas.

Los pipiolos, a pesar de su insignificancia social y de su desprestigio, continuaban, sin embargo, inspirando un miedo cerval. La gente temía sobre todas las cosas que lograran trastornar el orden y que el país cayera nuevamente en la anarquía, como las demás Repúblicas españolas. El Gobierno, inspirándose en esos temores, era, por lo regular, no sólo implacable ante la menor tentativa de trastorno, sino que solía extender su sistema represivo aun a las manifestaciones no sediciosas de la opinión.

Muchos conservadores creían llegada la hora en que el Gobierno, sin perjuicio de mantenerse fuerte y apoyado en los mismos principios que le sirvieran de norma hasta

entonces, se manifestara más tolerante y magnánimo con sus adversarios. Estos anhelos dieron origen, aun en vida de Portales al grupo que se llamó filopelita, y en nombre de ellos fué designado don Manuel Bulnes Presidente de la República en 1841.

Todos los conservadores se unían, sin embargo, cada vez que los pipiolos intentaban la menor agitación.

Pero la paz pública aparecía más y más sólida y la corriente, que pudiéramos llamar liberal, fué tomando mayor fuerza.

En la segunda mitad del Gobierno de Bulnes se produjo una verdadera escisión en el partido dominante. El Ministro del Interior, don Manuel Camilo Vial, comenzó a formarse un grupo de amigos personales, entre los cuales había algunos de tendencias moderadas o progresistas, como se decía entonces. En las elecciones de 1849 este grupo alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados.

Los ultra conservadores se alarmaron y el Presidente Bulnes decidió cambiar de Ministerio.

Los partidos políticos se acentuaron mejor entonces. De una parte Vial y sus amigos y de la otra el peluconismo más intransigente, que reconocía como jefe a un ilustre estadista, heredero de las tradiciones de Portales, don Manuel Montt. Un tercer grupo encabezado por don Manuel Antonio Tocornal, deseaba la conciliación de ambas tendencias. El Presidente recomendó a estos últimos la organización del Gabinete, que fué presidido por don José Joaquín Pérez.

Los montistas prestaron su apoyo al nuevo Ministerio, al que el grupo de Vial no tardó en hacer una violenta oposición en la Cámara de Diputados.

Entretanto, algunos agitadores empapados en las máximas revolucionarias intentaron agitar a las masas

contra el sistema político dominante. Aunque los vialistas estaban muy lejos de participar de tales opiniones subversivas, creyeron que podían aprovechar del entusiasmo popular, como de una arma de combate en contra del Gobierno, y muy luego aparecieron amparando aun alentando los progresos de la demagogía.

Esto acabó por desconceptuarlos ante el grueso de la opinión, que antes que nada quería sosiego, y no tardaron en perder la mayoría de la Cámara de Diputados, que era su verdadera fuerza. Los moderados, a su vez, fueron inclinándose al partido de Montt, y el Presidente puso el Gobierno en manos de don Antonio Varas, lugarteniente de aquel político.

Don Manuel Montt fué elegido Presidente de la República, y la oposición se lanzó a la revuelta. Después de cuatro meses de guerra civil, la Batalla de Loncomilla decidió el triunfo del Gobierno.

Los vencidos de 1851 fueron la base del futuro partido liberal. Estaba este compuesto de elementos heterogéneos, aunque predominaban en él los conservadores que sólo se distinguían de los partidarios de Montt por ligeros matices de opinión sin desear en el fondo un cambio radical del orden de cosas existentes. El pequeño grupo reformista y revolucionario continuó, sin embargo, acompañándoles por algún tiempo. Después veremos que acabaron por organizarse en un partido separado.

VIII.

DON MANUEL MONTT.—LOS NACIONALES Y LA FUSION LIBERAL-CONSERVADORA.

El primer período del Gobierno de Montt (1851-1856) fué próspero, tranquilo y fecundo en grandes re-

formas materiales y morales. La opinión pública, según lo afirma el propio Lastarria, nunca como entonces se manifestó más adicta al régimen conservador.

Pero estos mismos progresos ocasionaron muy luego nuevas perturbaciones políticas. El prestigio del Gobierno había agregado a su alrededor a muchos hombres nuevos que no pertenecían propiamente al viejo grupo conservador. Estos elementos eran adictos principalmente a don Antonio Varas, el gran Ministro de don Manuel Montt y deseaban llevarlo a la Presidencia.

Al mismo tiempo se diseñaba el conflicto religioso. El Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso profesaba las doctrinas ultramontanas, es decir, quería la absoluta independencia de la Iglesia del poder civil, sin perjuicio de que aquella conservara su situación privilegiada dentro del Estado.

Don Manuel Montt, aunque buen católico, no podía acceder a todas las exigencias de los ultramontanos, porque en su concepto ellas iban contra la Constitución de la República y las libertades civiles que ella consagra.

Estas resistencias acabaron por desagradar al clero, y el Arzobispo deseó la formación de un partido esencialmente católico, en que no estuviesen confundidos los hombres de diversas creencias, como ocurría con el partido conservador de entonces. Don Antonio Varas, que era considerado como el principal consejero del Presidente en su política de resistencia al ultramontanismo y cuyas opiniones católicas no eran muy decididas, fué el principal blanco de los ataques de los clericales.

Uniéronse éstos al fin con otro grupo conservador, que también resistía a Varas, no tanto por sus creencias religiosas, sino porque era provinciano y porque, como hemos ya dicho, se rodeaba de gente nueva.

El Presidente hizo grandes esfuerzos por conciliar a los grupos que se organizaban, poco a poco dentro del partido conservador, pero nada consiguió. Los unos pretendían el completo alejamiento de Varas y el abandono de su probable candidatura presidencial; pero los otros fuertes en la Cámara de Diputados y en las provincias, resistían a todo trance esta pretensión.

En 1857 los conservadores más devotos y un fuerte grupo aristocrático de la capital se separaron bruscamente del Gobierno. Este movimiento político fué el origen del actual partido conservador.

Como los nuevos opositores tenían mayoría en el Senado, don Manuel Montt tuvo que cambiar de Ministerio y organizó uno formado de todos los partidos.

Entretanto los conservadores separados del Gobierno celebraron un pacto de alianza con los liberales de 1849. El acuerdo no fué difícil, porque como hemos dicho no existían verdaderas diferencias de doctrinas entre unos y otros. Aun los reformistas se adhirieron momentaneamente a esta alianza en odio al Gobierno.

Este fué el primer origen de la fusión liberal conservadora. Como su nombre lo indica no se trataba de una alianza accidental entre los dos partidos, sino que había el propósito de formar un partido único, echando al olvido las disidencias de 1849.

Por su parte, los conservadores que se habían mantenido fieles a Montt y a Varas organizaron el Partido Nacional, cuya doctrina es libertad civil y tolerancia dentro del respecto del principio de autoridad y de las tradiciones constitucionales del antiguo partido conservador.

En las elecciones parlamentarias de 1858 los nacionales obtuvieron la mayoría en las dos ramas del Con-

greso y desde entonces, los partidos opositores se prepararon para la revolución. Estalló ésta a principios de 1859, pero después de cuatro meses de lucha fué vencida.

Don Antonio Varas no fué, sin embargo Presidente. Tuvo la grandeza de alma de comprender que el país necesitaba conciliación, y que no era él, jefe de un partido vencedor en una guerra civil, quien podía traerla.

Fué, pues, elegido en reemplazo de don Manuel Montt, en 1861, un nacional estrechamente vinculado a los conservadores de oposición, don José Joaquín Pérez.

CAPITULO XII.

Mientras se agitaba en su rededor borrascosa la revolución y sus consecuencias, Domeyko seguía su vida de trabajo dedicada a las ciencias y a la enseñanza. Muchas vigilias le causó implantar los planes sobre enseñanza que eran adoptado por el Supremo Gobierno después que él los presentaba; organizaba las sesiones de las Facultades de Medicina y de Matemáticas en las cuales se leían memorias científicas. Como Profesor de Mineralogía en el Instituto Nacional, formaba el Gabinete de mineralogía que dotó con más de seis mil muestras de minerales, adquiridos en sus exploraciones en el país y canjes con el extranjero, sin ningún gasto para el Gobierno, siendo una de las más ricas y valiosas colecciones, Las profesiones, menospreciadas entonces fueron puestas en el sitio que les correspondía y la arquitectura, la ingeniería y la mineralogía adquirieron gran importancia. En el año 52, cuando fué nombrado jefe de la sección universitaria no existía ahí ninguna biblioteca, Domeyko se dedicó a formar una, aprovechando sus relaciones con corporaciones científicas de Europa, estableció canjes de libros, él devolvía en cambio de los que le mandaban lo

que sobraba de las publicaciones oficiales, etc. De este modo llegó a formar una biblioteca científica y librería que constaba de más de 15 mil volúmenes, y llegó a ser la mejor de su género en América.

Todos estos trabajos los hacía Domeyko sin remuneración alguna, y como miembro del Consejo Universitario, puesto ad-honorem que sirvió hasta su muerte.

Formó las escuelas de arquitectura, escultura y pintura.

Sus exploraciones y trabajos científicos eran publicados y comentados en las principales revistas científicas del mundo, estos trabajos le merecieron ser nombrado miembro de la Universidad Yajelónica de Cracovia y le confirió el título de *Doctor en medicina* que le entregó el rector, conde Tarnowa, fué nombrado académico de la Academia de Ciencias de Cracovia; cuando ya anciano de más de ochenta años entró a Polonia. En Cracovia recibió homenajes especiales de la Academia.

Domeyko amaba a Chile—"el país de las hermosas montañas y cordilleras, de selvas vírgenes y áridos desiertos, de todos los climas y regiones imaginables, desde los hielos perpetuos hasta los climas que pueden envidiar las tierras más amenas. Chile atraerá siempre con irresistibles encantos, y compensará a todos los viajeros que como Darwin, Poepping, Gay, Bertero, Pisis, Phillippi vaya a campear por doquiera en esa inmensidad de objetos que la naturaleza con tanta profusión y variedad derrama en una superficie de ciento cincuenta mil millas cuadradas", escribía el sabio a sus colegas. No se escribía, en los años de vida de Domeyko, ningún tratado de geología o mineralogía sin que se citase a Domeyko "El sabio profesor de Coquimbo, Chile" como le llamaban.

Porque Domeyko estudiaba la naturaleza de cerca, trepaba a las cumbres de la cordillera, recorría los valles,

se aproximaba a los cráteres de los volcanes y descendía a las entrañas de la tierra despreciando el calor, el frío y la tempestad, y de estas excursiones brotaban sus estudios y memorias científicas que le dieron justo renombre de sabio.

Merece rememorar, que Domeyko fué quien primero se alzó en defensa de nuestros bosques y selvas. Recordaba que en su viaje a Coquimbo se extasiaba en los bosques de la hacienda del Melón que atravesaba en toda su extensión el camino. En seis años los hornos de fundición habían arrasado todo, de tal suerte que ese camino de la cuesta del Melón que era delicioso, se convirtió al cabo de tan poco tiempo en un infierno de calor y polvo. Habiendo sido testigo de lo que amenazaba a la república de Chile entera, si seguían los hornos de las fundiciones talando sus selvas y bosques, convirtiendo el país en un árido desierto, se puso a estudiar cómo evitar este peligro, y escribió una memoria que el Gobierno tuvo a bien estudiar y tomar en cuenta, sobre la liberación de los impuestos al carbón de piedra extranjero, etc. Una ley del año 1845 sancionó definitivamente las medidas para defender la riqueza forestal del país, pero por desgracia podemos constatar con nuestros ojos que la despiadada hacha del fundidor de metales supo trastornar en áridos desiertos las tierras más hermosas de la región por su clima y vegetación.

Las obras de Domeyko contadas a la ligera son:

307 estudios sobre Mineralogía, 30 sobre Geología y Paleontología, 1 sobre Física, 11 sobre Química, 15 sobre Metalurgia, 6 sobre Pedagogía, 24 sobre materias diversas, total 130 obras que merecieron siempre la crítica y los elogios de sus contemporáneos.

Es en esta época de su vida, mientras a su rededor se establecía la paz y la tranquilidad, que fueron la pros-

peridad del país durante largos años de administración, y gobiernos que prestigiaban a Chile que Domeyko con infatigable actividad llevaba a cabo los numerosos trabajos que ya hemos mencionado, y en el trabajo encontraba alivio a las penas que llegaban constantemente hasta él, entre los honores y demostraciones de aprecio, cariño y amistad de que era objeto.

En 1855 se murió en Constantinopla su amigo Mieckiewicz, que había ido a ofrecer sus servicios a Turquía en la guerra contra los rusos. Domeyko siempre había tenido la esperanza que el poeta llegara un día a Chile, a vivir a su lado como éste en varias ocasiones le había prometido. Casi al mismo tiempo de recibir la noticia de la muerte de su amigo más querido, Domeyko supo como en el último Congreso de París del año 56 ninguna voz se había alzado por Polonia. Y el año 61 supo la trágica revolución polaca, cuando ya creían sus opresores heberle puesto para siempre una lápida a sus anhelos de libertad, prohibiendo el idioma, persiguiendo hasta el recuerdo de los héroes y patriotas polacos, y borrando del mapa hasta el nombre de la nación, esta se rebeló pacíficamente porque no habrían podido ni soñar en una revuelta armada, dedicándose a un apasionado culto por sus héroes fiestas nacionales y aniversarios patrios. Celebraban casi todos los días en sus iglesias cada aniversario y toda el alma de la nación oprimida se templó en la firme voluntad de sacrificarse y morir por la patria, que sus opresores negaban que existiera ya. Polonia es Posen, decían los alemanes, una provincia de Alemania.

Sucedíanse en toda Polonia, unas a otras las ceremonias religiosas para honrar la memoria de los poetas y héroes polacos. Por primera vez brotó de aquella multitud un canto apasionado "Bozcos Polske" himno que

entonaba la nación entera haciendo estremecerse los muros de sus templos y catedrales, de sus capillas humildes y de las pequeñas iglesitas campesinas.

Cada estrofa de este himno terminaba: "Señor, devuélvenos nuestra patria."

"Señor devuélvenos nuestra libertad".

Comenzó esta revolución sin violencias ni matanzas, era una demostración que aun Polonia existía. Pero un día Rusia se sintió amenazada, y sin más dos escuadrones de cosacos atacaron a una multitud piadosa que pacíficamente se dirigía a la Catedral de Varsovia, cantando el himno Bozcos Polske, era el aniversario de la batalla de Groshowa. (1) La multitud indefensa cayó de rodillas sin dejar de cantar mientras los cosacos la sableaban.

Dos días después, a la salida de una iglesia donde se celebraban las honras de un patriota mártir, la multitud fué nuevamente sableada. Sin más armas que su fanático patriotismo, los polacos probaron que existían, y que aun Polonia tenía hijos que la amaban.

A una voz de orden todas las mujeres polacas se vistieron de duelo y aceptaron el emblema de una pequeña corona de espinas que cada polaco llevaba consigo.

Terminó esta trágica revolución, o mejor manifestación de patriotismo como las anteriores, con la deportación, la horca, el encierro en las temibles fortalezas y el knut.

En las proclamas y las órdenes de prisión de los amos no había más acusación que esta: "Oraciones e himnos cantados públicamente: procesiones, emblemas y vestirse de duelo".

---

(1) Groshowa fué una de las más terribles batallas de esa época, el año 1831 de los polacos contra los rusos. Varios dias tuvieron los polacos a los rusos en gran peligro pero les llegaron a éstos refuerzos y los polacos debieron retirarse ante fuerzas inmensamente superiores.

Fué en el año de esta trágica sublevación que nació en Podolia, al este de Polonia, Juan Ignacio Paderewski, a quien tanto papel le cupo cuando llegó la hora de redimir a la pobre nación polaca, tan injustamente martirizada.

Paderewski con su palabra y su música divina, revivía incesantemente el sentimiento patriótico entre sus connacionales; viajaba de un extremo a otro del mundo sin perder la ocasión de probar que Polonia existía y que sus hijos, los polacos no perdían la esperanza de rescatarla un día.

Al Zar, en una ocasión que daba un concierto, y el soberano le felicitó diciéndole: Sois un honor para Rusia.

Para Polonia querréis decir, Sire.

Esta contestación le cerró para siempre las puertas de Rusia a Paderewski; años antes al sabio Domeyko le cerraron la Polonia porque no quiso aceptar presentarse como sabio ruso.

En la misma época que abrumaba a Domeyko el dolor de la insurrección del año 1863, que duró hasta el 67 en su patria desgraciada, tuvo el inmenso pesar de perder a su dulce compañera, su joven y angelical esposa.

A los dos años de la revuelta pacífica estalló esta insurrección en Polonia, la más cruel y la más terrible.

Un escritor de la época, Charles de Mazade describe este último esfuerzo desesperado de los polacos por recobrar su libertad, después del edicto en que se ordenaba a los polacos a servir en el ejército de sus enemigos.

En Varsovia, se rodeó estratégicamente la ciudad para que nadie escapara, y sin previo aviso principió en la noche el reclutamiento forzoso. Cada oficial ruso tenía su lista de conscriptos que debería llenar, y seguido de tres soldados entraba en las casas, echaba abajo las puertas que no se abrían. Cogía a los padres, a los hermanos,

a los niños y hasta a los enfermos de cada hogar y los arrastraba al cuartel de la ciudadela, hasta los transeuntes de las calles sin saberles el nombre eran llevados para formar número en las listas que había que llenar.

En un principio la sorpresa y el terror paralizó a todos, pero cuando leyeron en los periódicos que una publicación oficial celebraba su victoria sorpresiva, diciendo que los conscriptos estaban contentísimos de servir en los cuerpos militares rusos, la exasperación llegó al colmo de lo que se podía soportar, las evasiones comenzaron, partían los que podían con lo que tenían puesto, muchos sin dinero ni un pedazo de pan ¿dónde iban? no lo sabían, pero querían huir para no servir a los rusos, y toda la juventud polaca se dispersaba por campos y se escondía en los bosques. Pero la necesidad de una defensa hizo unirse esos grupos dispersos, formando pequeños cuerpos que casi no tenían armas, pero que iban de un extremo a otro de la Polonia sin que los rusos pudieran cogerlos. La insurrección tomó cuerpo, las bandas formaron ejércitos de patriotas, y durante años la desesperación sostuvo a esa juventud; pronto tuvieron esas tropas de guerrillas sus jefes que fueron héroes, los Langiewicz, los Jezioranski, Bochdanowicz y muchos más.

De la Lithuania hasta el sur de Polonia, un movimiento homógeneo alzó a la juventud polaca, sin armas, sin defensa contra sus tiranos opresores. Pero aquí no hubo división de clases, todo polaco, del paisano al gran señor tomó parte en la insurrección, y cada cual ayudaba a medida de sus fuerzas a los guerrilleros. Se formó una fuerza regular que ordenaba y cada distrito tenía organizada su banda que obedecía las órdenes llegado el momento.

Hubo terribles batallas, Wengrow, Siematicz, Wonchotsk, Miechow, Tomazzow, y las interminables armadas rusas marcaban su camino con el incendio, el pillaje y los asesinatos en masa.

Fué en Wengrow donde se hicieron matar doscientos jóvenes para dar tiempo que escapara un cuerpo de patriotas; en una aldea, las mujeres polacas a quienes se les ordenó retirarse costestaron: "Aquí las mujeres mueren al lado de sus maridos, y los hijos al lado de sus padres".

La guerra tomó un carácter bárbaro, aldeas enteras, casas y castillos fueron arrasados por el fuego; la insurrección se concentró en Lithuania, pero después de varios años, los polacos fueron vencidos y dominados por la inmensa superioridad en armas y hombres de los rusos, ayudados por los prusianos y los austriacos, que a su vez hacían lo mismo en Dozen y Galizia.

Fué ahogado cruelmente este último esfuerzo de los patriotas, y Polonia quedó definitivamente unida al imperio ruso.

Polonia perdió hasta el nombre de nación, se le llamó "Gobierno del Vístula" Se prohibió el idioma y se implantó el culto ortodoxo, destruyendo los templos católicos o convirtiéndolos en ortodoxos, se persiguió al clero, y hasta los libros de piedad fueron perseguidos, prohibiendo terminantemente que nadie los usara, hubo poblaciones en las que se ordenó a cada familia entregar los libros de piedad que tenían. Se permitió como una gracia hablar polaco solamente en familia, en el interior del hogar. Se castigaba severamente a quien se oía hablar polaco.

El Gobierno ruso comprendía que las aspiraciones a ser libres de los polacos subsistirían mientras existiese el idioma, y no dejó medio, por vil y odioso que fuere para implantar en Polonia el idioma ruso. Un úkase severo prohibió la lengua polaca en las iglesias, en los tribunales, en las oficinas, teatros, clubs y reuniones de cualquier clase: hasta entre la gente que circulaba por las

calles. Las escuelas en que no se enseñase el ruso exclusivamente deberían cerrarse. También en los hoteles, posadas, fondas, cantinas, confiterías, almacenes, tiendas, jardines y paseos públicos, imprentas, litografías, fotografías, en fin en todas las partes y sitios donde se demuestra la vida de una ciudad.

La historia de Polonia fué borrada, se enseñaba la historia de Rusia en las escuelas, y de las Bibliotecas y Museos se arrancó todo lo que existía sobre Polonia, su historia, sus grandezas y sus desgracias. Por último se prohibió salir de Polonia a los jóvenes de trece a veinte y cuatro años, para que no perdiese la juventud la influencia rusa que contrarrestaba la polaca.

Con un poco de imaginación, puede hacerse el cuadro de lo que sería para aquellas víctimas de la tiranía de Rusia esta tortura, la más dura y cruel que puede soportar un pueblo, de obligarlo a pensar, estudiar y hablar en ruso.

Quizás, la patética historia de Polonia se hubiere olvidado, como tanto hecho incomprensiblemente injusto que salpica la historia de la humanidad, si no hubiere tenido aquella tierra la dicha de que sus hijos desparramados por el mundo esparcieran a su rededor el respeto y la simpatía por esa patria lejana, herida de muerte.

Jamás pudo el tiempo acallar la voz del polaco, el artista como el músico, el sabio como el poeta sabían hacer recordar constantemente a Polonia.

En Suiza, en el castillo del conde polaco Plaster, se formó un museo histórico, y fué este peñón de la Suiza durante largos años el único sitio en donde los polacos podían encontrar los recuerdos de su patria que los conquistadores querían abolir. Sus glorias, sus leyendas, sus sufrimientos estaban allí inmortalizados, en la pintura, el mármol y en las obras de la Biblioteca.

Kociusko tenía una sala en la que se habían reunido banderas y trofeos de la Polonia, en sus muros el pincel de Alma Tadema y otros artistas habían trazado en cuadros magníficos los episodios más trágicos de la historia polaca.

Kopérniko el astrónomo; Mieckiewicz el poeta tenían sus salas con sus estatuas en tamaño natural; además una biblioteca reunía en 70,000 volúmenes todas las obras escritas por los hijos de Polonia, entre ellas se contaban las del hijo adoptivo de Chile, Ignacio Domeyko.

Cuando se desarrollaban en Polonia los trágicos sucesos de su última revolución, Domeyko fué nombrado Rector de la Universidad de Chile, en reemplazo de su ilustre amigo, a quien también perdió en aquellos años, don Andrés Bello.

Habían transcurrido los años, aumentando su peso las penas que habían caído periódicamente sobre Domeyko.

El mozo arrogante ayudante del General Klapkowski, habíase convertido en un anciano de cabellera nevada y ojos de mirar profundamente tristes. Ya no iba a pie desde su casa de campo situada en los alrededores de Santiago, hasta la Universidad a dar sus clases.

A la misma hora todos los días cruzaba la ciudad santiaguina el sabio profesor montado en un hermoso caballo blanco, desde lejos, al atravesar la *cañada*, como llamaban aun a la Alameda de las Delicias los antiguos santiaguinos, miraba complacido los grupos de estudiantes.

Nacido con el siglo marchaba con él, observando interesado a estos universitarios que le hacían recordar su juventud de estudiante, pero ya una se perdía en el pasado, y la otra era el porvenir. Era la juventud que sería más tarde la esperanza de la nación que se formaba, la que actuaría en la constitución del 70.

Esta labor infatigable y activa, inteligente y provechosa, abnegada y solícita durante medio siglo y más, mereció con justicia a su autor honrosas manifestaciones dentro y fuera del país que lo adoptó como hijo ilustre. El nombre de Domeyko adquirió universal resonancia y las corporaciones científicas de todo el mundo lo honraron con sus títulos.

El Intendente de Coquimbo el año 1841 lo recomendó al Gobierno; las sociedades de beneficencia de la Serena le hicieron un homenaje público en agradecimiento por sus servicios; diversos ministros de Instrucción aceptando y celebrando los planes que elaboraba para mejorar la cultura nacional, el Congreso le confirió carta de ciudadanía; y los nombramientos de profesor de Física, Química y Mineralogía; de miembro de la facultad de matemáticas; de conciliar y delegado de la Universidad; y por último le confirió el honor de nombrarle como sucesor de don Andrés Bello. Los diplomas de universidades y asociaciones científicas y literarias Domeyko los guardaba por docenas, desde el que le discernieron los sabios de Francia por su trabajo sobre las minas de plata de Coquimbo, y sus estudios sobre fósiles, hasta la medalla de oro que le otorgó Napoleón III por la colección completa de muestras minerales que envió a la exposición de París.

Los años no debilitaban las energías del sabio profesor, quien tenía en su corazón tres amores que le sostenían en la vida: "La Ciencia, la Patria y su Fe".

Tenía setenta y tantos años, cuando tuvo el placer más grande que podía haber soñado, llegó a visitarle su sobrino León, quien se enamoró de Anita a la que vino a buscar en un segundo viaje para llevarla a Polonia, a las propiedades de Zibur de donde fué la dueña y señora.

Domeyko hizo esa ofrenda a su patria, como a las ciencias dedicara su vida y a la religión, que era su Fe, consagrara a su hijo. Maestro ya de diez generaciones, a las que durante más de cincuenta años enseñara a amar las ciencias y saberla aplicar al adelanto y progreso de su país, el anciano que deseaba ardientemente volver a Polonia antes de morir, a la que había enviado como emisaria de amor seis años atrás a su hija querida, Anita, renunció a su puesto de Rector de la Universidad, y se preparó al largo viaje, como hacia todo lo que emprendía, contento y con el vigor de la juventud, porque los años no habían enfriado en el anciano la expansión y los entusiasmos juveniles, como conservaba intactos sus recuerdos. Quería volver a ver su patria, a su familia y sus amigos, recordar los sucesos de Polonia en los sitios que se realizaron, contemplar la casa paterna, orar en el sepulcro de sus padres, y abrazar a sus hijos Anita y León, para volver a su patria adoptiva y esperar, tranquilo el último sueño.

CAPITULO XIII.

El 24 de Mayo del año 1884, a los ochenta y dos años, aquel anciano, hijo de la noble Polonia, tierra de valor e hidalguía, cuya historia se confunde ya con las leyendas épicas, cuna del patriotismo y de héroes, se embarcó en el expreso de la mañana para seguir hasta Valparaíso donde estaba el vapor Britania que lo conduciría a Europa.

Domeyko no era supersticioso, pero no había dejado de anotar la coincidencia que el mes de Mayo en su vida le había traído siempre los acontecimientos que marcaron sus destino. En Mayo del año 1831 había abandonado la Polonia después de la derrota; en Mayo del año 1838 llegó a Chile, y en Mayo del año 1884 salía de Chile para ir a despedirse de su patria antes de morir.

Pensaban volver a Chile en un mes de Mayo, pero no decía lo que quizás tenía previsto el mes de Mayo de un próximo año.

Sin embargo había dejado su casa abierta, las camas hechas, los libros en los estantes como si fuera a regresar aquel día que había salido para tan largo viaje.

Le acompañaban a la estación amigos, diputados y senadores de la República, los estudiantes de la Universidad y numerosos parientes de su esposa, le esperaba el carro de lujo reservado a los Presidentes y notabilidades, un discípulo del Instituto Nacional le dijo un bello discurso de despedida felicitándolo que regresara a su patria, pero pidiéndole que no tardara su regreso a Chile.

La locomotora silbó, y acompañada de los acordes del himno Nacional y los gritos de "Viva Chile" el tren partió. A más de sus dos hijos, tres antiguos alumnos acompañaron a Valparaíso a Domeyko, uno era Senador y los otros dos diputados de la República.

En Valparaíso se le hicieron manifestaciones y ovaciones numerosas, y en medio de un cortejo en el que iba hasta el Presidente del Senado, don Rafael Larraín, fué llevado hasta el Britania el anciano profesor polaco con sus dos hijos.

Domeyko dice en su diario describiendo esta partida de su segunda patria: "Los adioses se hicieron en medio de numerosas aclamaciones, las hermanas de mi esposa, doña Lucrecia y doña Matilde con sus hijas fueron las últimas que dejaron el vapor, y de lejos todavía llegando a la orilla me agitaban los pañuelos. En ese momento el sol se hundía en las heladas aguas del océano y las cadenas se enrollaron para levantar el ancla.

"Tal era mi partida de Chile. Con los ojos húmedos y el corazón oprimido descendí en mi triste y sombrío camarote. El vapor se puso en marcha. ¡Adiós Chile! Yo te doy las gracias por mis cuarenta años de vida laboriosa, por tu hospitalidad, por el rango de ciudadano que tu me has dado, por la familia, el respeto y el cariño que he encontrado en tu nación, por el bienestar de mis últimos días, por los consuelos y goces espirituales con que Dios me ha colmado en tus templos y con los cuales he sostenido mi vejez".

Después de un viaje bastante bueno, en Julio se encontraron los viajeros en París, y es interesante la impresión hecha a Domeyko de este París del año 1884 comparado con el que había conocido medio siglo antes, en un párrafo de sus memorias dice: "No hay nada que decir acerca de las Fiestas de Julio. Los edificios están iluminados con millares de luces de gas. Asimismo la plaza de la Concordia, los campos Elíseos hasta el Arco de Triunfo y toda la orilla derecha del Sena hasta el Trocadero. Por todas partes se prendieron fuegos artificiales; el pueblo bailaba en las calles. Se cubrió de guirnaldas la estatua de la ciudad de Estraburgo, o mejor dicho el sitio donde había estado esa estatua; se cantaba la Marsellesa en todas las calles, lanzando al mismo tiempo amenazas contra el pueblo alemán. Un hotel en la calle Rívoli, que por descuido había izado una bandera cuyo color dudoso recordaba al alemán, tuvo que soportar la destrucción de todos sus vidrios. Atravesando esos jardines recordaba como en 1883 había llegado a París. Era el aniversario del 14 de Julio. Una orquesta de mil profesores tocaba ante el Palacio Real bajo la dirección del célebre Hebneck. El Rey y la reina acompañados de un centenar de invitados y de ministros cubiertos de oro, cruces y condecoraciones aparecieron en

las galerías. La multitud que los miraba era tan numerosa que apenas podía mantenerse en los jardines a cien pasos de las ventanas.

Reinaba el silencio más profundo; las Tullerías iluminadas por los ultimos rayos de fuego del sol poniente aparecían en todo el esplendor de su belleza. Redoblaron los tambores, se tocó una obertura después de la cual se hizo de nuevo el silencio y bajo una señal de Luis Felipe la orquesta entera ejecutó La Marsellesa. La multitud entusiasmada aplaudió frenética gritando:

¡Viva el Rey!

Hoy en esta plaza no hay sino ruinas. Ni rey ni palacio. Una nueva calle cruza esa parte; fiacres y niños que juegan en los jardines vecinos."

Por su salud debió quedarse Domeyko algún tiempo en París antes de emprender la peregrinación anhelada. Por fin el 21 de Julio salió de París con León su yerno y su hija que habían ido a esperarlos a Burdeos y sus dos hijos, Casimiro y Hernán. Nadie mejor que el mismo Domeyko puede relatar aquel viaje a su patria, y extractamos de sus memorias lo que más interés puede tener para esta obra:

"Hacia la media noche llegamos a la fortaleza de Estraburgo. Estamos ya del otro lado del Rhin. Durante todo el día a los dos lados de la vía férrea se ven paisajes pintorescos, rocas, montañas, bosques. Desgraciadamente uno no puede detenerse ni mirar a gusto, marchamos como una mercadería. A las tres de la tarde llegamos a Münich. En la noche la aduana austriaca examina los equipajes. Allí se canjea la moneda y se sirve una excelente cerveza".

Domeyko miraba todo indiferente, solamente el deseo vehemente de llegar a Polonia le llenaba por completo, pasó por Viena sin demostrar el menor interés.

Atraviesa el Austria, mira por las ventanillas a uno y otro lado, le parece que el sol marcha más lentamente, por fin cae la tarde y, con ella divisa por fin las fronteras:

"Oh! ved por fin las fronteras! Leo con avidez las primeras palabras polacas escritas sobre el muro de la estación, y presto atención a dos campesinos que hablan en su dialecto no lejos de nosotros.

"Oh mi tierra, oh mi patria bien amada, yo te saludo después de cincuenta y tres años de destierro. Tú eres para mí lo que la salud para el soldado herido que después de una larga convalescencia se levanta más fuerte que antes; lo que la libertad para el patriota encerrado largos años en una prisión sombría.

"Era ya de noche cuando pasamos por Kocheschwitze y luego brillaron a lo lejos las primeras luces de la antigua capital de nuestros reyes. Con qué rapidez bajamos del tren y con qué alegría sentimos rodar el coche sobre el pavimento de Cracovia. Llegamos al hotel Dresde, nuestras piezas estaban en el primer piso con vista a la plaza. La tarde se pasó en medio de conversaciones y quehaceres propios de una instalación. Afuera llovía y la obscuridad era completa. Llegó la noche que fué para mi una noche de ensueños y divagaciones. Al amanecer me despertó el sonido de un clarín tan dulce y melodioso que me pareció seguir soñando. Al momento recordé el refrán de una canción cracoviana que mi nodriza me cantaba entre sus brazos cuando era niño:

"Allí... la hora dan los relojes
"Y las trompetas resuenan
"Y en el antiguo castillo
"Antiguos reyes reposan...".

"No bien me levanté corrí a la ventana, ya el cielo se había despejado. Frente a frente está la torre de Santa

María y la antigua iglesia de Cracovia. A la derecha de la gran plaza una inmensa construcción de Sonkiennice; más lejos la iglesia del Espiritu Santo, y en la plaza del mercado grupos de gentes que entran y salen de la iglesia, otros que se detienen ante los puestos y por todas partes trajes y costumbres y decires que tan bien conocía. Lo primero que hice asistir a una misa de acción de gracias en la iglesia de Santa María y después me fuí por la primera calle que se me presentó (era la de los Carmelitas) y caminando siempre en la misma dirección llegué hasta las Plantaciones, recorriéndolas en gran parte y volviendo en seguida por el mismo camino a fin de no extraviarme. Así fué como conocí a Cracovia por primera vez, ciudad que siempre había sido objeto de mis ensueños e ilusiones y esperanzas. En ese tiempo el gobierno ruso no permitía a los lithuanianos visitarla y cuando les daba pasaporte para el extranjero, les hacía jurar bajo palabra de honor de no ir a Cracovia.

En la tarde de aquel día fuí a casa de M. Mayer, Presidente de la Academia, y no habiéndolo encontrado fuí a ver al conde Tarnowski que vivía en una suntuosa residencia rodeada de jardines. El conde, profesor de la Academia, con una fortuna inmensa, es un conocido literato y uno de los escritores más distinguidos de hoy día.

"Me devolvió la visita el mismo día, y fué sin decir nada a nadie a casa de la mayor parte de los académicos que se encontraban en la ciudad (era época de vacaciones) a fin de avisarles mi llegada.

"En la tarde me mandó decir que le hiciera el favor de fijarle la hora en que podría recibir a los miembros de la Academia, pues deseaban entrevistarme.

"A la mañana siguiente, entre 11 y 12 llegaron los respetables sacerdotes de la Ciencia de la vieja Acade-

mia Cracoviana, de la que yo es cierto que formaba parte desde su fundación, pero en cuyos trabajos jamás había tomado parte.

"Me saludó en un corto pero sincero discurso (en ausencia de M. Mayer) el sabio Kontchinski, ex Rector de la Universidad, profesor de Física y secretario de los cursos de Filosofía.

"Contesté en pocas palabras. Aun no sé cómo me expresé en esa circunstancia porque la emoción era tan grande que sólo escuchaba los latidos de mi corazón. Sólo recuerdo que habiéndose alguien extrañado de mi correcta pronunciación, después de haber pasado tantos años en un rincón apartado del mundo le contesté vivamente: ¿Cómo queréis señores que haya olvidado mi lengua cuando durante todo ese tiempo que he vivido lejos de mi patria, he pensado en polaco, orado y amado en polaco".

Los diarios de Cracovia, de Varsovia y aun de Petersburgo repitieron las palabras de Domeyko.

El País decía en un largo artículo este párrafo: "Estamos admirados, creíamos encontrarnos con un viejo de 82 años, y he aquí que Domeyko en cada una de sus palabras y gestos revela la fuerza y la energía que tenía en su juventud, en los tiempos de lucha, y que le han ayudado a soportar 53 años de destierro y hacer conocer su nombre y el de su patria en lejanos países".

Cuando los sabios, que eran quince, se retiraron, Domeyko quedóse con Kontchinski, quien durante toda la estada en Cracovia sirvió a su colega de cicerone, haciéndole conocer la ciudad y todas las curiosidades que contiene.

Ante el monumento a Kociusko, a quien tributó el homenaje que todo polaco rendía al héroe, en el discurso

que pronunció habló de su patria adoptiva, el lejano Chile, y arrancándose una manta chilena que llevaba cruzada sobre el pecho, la depositó al pie del monumento.

La manta está guardada en el Museo de Cracovia.

Mientras tanto en Varsovia se hacían grandes preparativos para recibir a Domeyko, y las autoridades rusas no se atrevieron a impedir que entrara en la ciudad el patriota, ni a impedir las manifestaciones, solamente le consideró como a un sabio ruso, para no darle importancia.

Al llegar a la frontera rusa, en Granitz lo esperaba Odinic. Al llegar el convoy a la estación la inmensa concurrencia que ahí esperaba oyó dos exclamaciones: ¡Domeyko! ¡Odinic! Se abrazaron emocionados y trémulos los dos ancianos y cada uno a su vez exclama: ¿Eres Odinic? ¡qué viejo estás! ¿Eres Domeyko? ¡Te encuentro muy viejo! Hacía ya cuarenta y siete años que se habían separado en París jóvenes llenos de esperanzas y energía, y cual si fueren los representantes de la poesía y la ciencia, siempre jóvenes, se asombraron de encontrarse envejecidos, con los cabellos nevados por las escarchas de la vida que los había tratado cruelmente. Otro poeta Búleslao Zaleski, en París había dedicado a Domeyko su Oda a la Juventud, en la que repetía: "Nunca jamás seremos viejos!". Odinic dedicó a su amigo el poema a la vejez que compuso en esta ocasión.

Desde ese momento los dos antiguos Filaretes de Wilna y camaradas de las guerras del 31 no se separaron mientras Domeyko estuvo en Polonia.

En Varsovia una inmensa muchedumbre esperaba al patriota, y desde su llegada las manifestaciones en su honor no cesaron un momento, un párrafo de uno de los artículos escritos sobre los festejos que le hicieron, refieren una conmovedora velada. Describen la sala esplén-

dida donde se aglomeraba inmenso gentío, bruscamente se hizo un silencio y entró una linda mujer, la célebre poetisa Deotyma, quien llegaba envuelta en tules negros realzados por corales, se acercó a Domeyko y le ofreció una corona de laureles que traía en las manos, y después con una voz divina, como solamente poseen las mujeres de la raza eslava, declamó sus más lindos versos que arrancaron lágrimas a la concurrencia.

Pero Domeyko ardía en deseos de partir para su amada Lithuania, visitar la casa en que había nacido, abrazar a sus parientes y amigos. En medio de las fiestas y banquetes, solamente pensaba que aun no había cumplido el objeto de su viaje.

Todos los diarios de Cracovia, Varsovia y las principales ciudades dedicaban largos artículos a Domeyko, refiriendo con exactitud su historia desde el tiempo que era el universitario de Wilna, enumeraban sus trabajos, y uno de ellos "L'Hebdomaidair Illustré" concluía un bello artículo sobre el sabio polaco con esta hermosa frase: "El camino recorrido por Ignacio Domeyko de Lithuania hasta Chile es muy largo, solamente se puede medir por leguas y por años".

En un diario de Varsovia, al dar cuenta de un banquete dado en su honor encontramos este hermoso párrafo: "largos años pasaron sin que nuestro compatriota tuviese ocasión de oir hablar polaco. Para resistir mejor al olvido, había resuelto separarse un día de la semana de sus múltiples quehaceres y consagrarlo a la lectura de obras y periódicos polacos. Aquel día la casa de Domeyko se cerraba para los visitantes, él vivía esos momentos en su patria.

"Yo golpeaba con mi martillo las rocas de la cordillera para que su eco calmase los punzantes recuerdos de las desgracias de mi patria!, contestaba el eminente pro-

fesor al brindis que se le ofreció, y no hay duda, del seno de las rocas salió otro eco, que salvando el océano ha repercutido en todos los corazones polacos".

"El Czas, 1.° de Agosto de 1884.

El "Correo de Varsovia" dice refiriéndose a lo mismo: "Nuestro joven de ochenta y dos años desplega increíble actividad, no pierde un momento y se informa de todo. Ayer Domeyko permaneció largo rato en la sala de la Universidad donde fué recibido por el cuerpo de profesores. Obsequióles una bonita colección de minerales y de mapas y sus obras escritas en español. Terminó la tarde en los salones de la redacción de "La Crónica de la Familia", donde ha colaborado largos años.

Al día siguiente se esperaba su llegada a medio día al museo de apicultura, se presentó ahí a la hora indicada, y después de aceptar los ramos y coronas que le fueron ofrecidas visitó el establecimiento concluyendo con libar algunas copas de HIDROMEL con sus compatriotas.

A las nueve de la noche Domeyko se presentó en los salones de la condesa Chementowska, en donde se había reunido, puede decirse toda Varsovia, artistas, sabios, literatos, periodistas, naturalistas, y también el arzobispo de Varsovia. Domeyko tuvo para cada uno una palabra cordial y expresiva".

CAPITULO XIV.

"9 de Agosto. Ardía mi corazón en deseos de ver aquella casa en que nací en que pasé los primeros tiempos de la infancia. En medio de los banquetes más suntuosos sentía como remordimiento de no haber tocado

el término de mi viaje ¡LITHUANIA! Me levanté cuando aun era de noche para ver llegar la aurora de aquel día en que debía partir".

De este modo fervoroso y entusiasta se expresa Domeyko en vísperas de su viaje a "su Lithuania querida, donde muchas cosas han cambiado pero los corazones son los mismos", comentaba "El País de Varsovia".

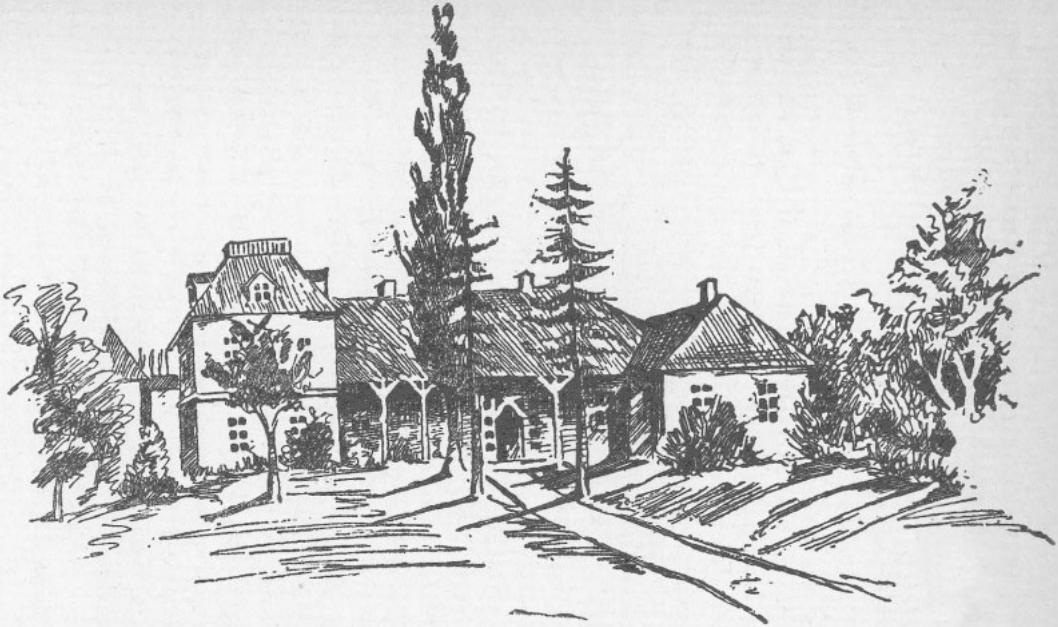
El tiempo se le hacía eterno a Domeyko, creía que lo dejaba el tren mientras esperaba a su amigo Odinic que lo acompañaba. La estación estaba llena de gente que le llenaron el carro de ramos de flores: entre las señoras estaba la Canonesa Zalenska con su hermana, nieta de su tía Zalenska, esas monjas le habían invitado especialmente a una misa en acción de gracias por su regreso, y en esta ocasión le mostraron un libro en el que estaba anotado el grado de nobleza de cada religiosa. Ahí supo que su tío Zalenska descendía de Kociusko.

Les proporcionaron a Domeyko y su comitiva el mejor carro, sin que le costara nada, y por fin silbó la locomotora y el tren se puso en marcha.

Al caer la tarde llegaba Domeyko con sus dos hijos, su amigo Odinic y dos sobrinos a Blesc. El emigrado del 31 volvía a su tierra natal.

Mientras sus compañeros de viaje dormían, él en la obscuridad que envolvía los campos reconstruía aquel pasado que le parecía el poema de la vida de otro. Al amanecer llegaron a Horodricz y el tren se detuvo.

A pesar de lo temprano de la hora esperaban a Domeyko muchas personas, entre ellas su hija y su yerno. Pero quien primero lo abrazó fué su cuñado y compañero, que tenía noventa años, el Presidente Wierzbonski. Después una innumerable parentela de sobrinos y parientes abrazaron al anciano que luchaba por contener su emoción.



Dibujo de la Casa de Domeyko, hecho por él en su último viaje a Polonia.

Mientras el tren seguía su camino resoplando y crujiendo, Domeyko subió al carruaje tirado por cuatro caballos, al lado de su cuñado. Más atrás seguía la comitiva rodeada por el polvo que los caballos levantaban del camino.

La mañana era luminosa y espléndida, el camino a Niedzviadka fué un paseo, por entre los campos sembrados de cebada y trigo, unos segados ya, en otros trabajaban los segadores. Bosques de pinos y encinas cerraban el vasto horizonte. "Tal como los describe Mieckiewicz en su poema M. Thadeus", dijo Domeyko pensando en voz alta.

Atravesaron dos fincas y una aldea, las mismas que había dejado hacía más de medio siglo el emigrado, nada había cambiado en ellas. Por fin divisó las primeras cabañas de inquilinos de la propiedad de sus padres.

"Por fin llegamos a la casa, gozosos bajamos todos de los coches, escribe Domeyko en sus memorias, ya no existía ni patio ni corredor, recorrí las piezas, todas cambiadas, pero quedaba la primera a mano izquierda tal cual era, ahí hacía 74 años atrás habíamos besado con mis hermanos las manos y los pies de mi padre difunto".

"El resto de la casa lo habían reconstruído y agrandado mi sobrino Hipólito (hijo de mi hermano Casimiro) y su mujer Sliezien; las piezas estaban acomodadas con gusto, adornadas con pinturas, esculturas y cortinas artísticamente plegadas. En una palabra la casa ha sido construída siguiendo reglas de otro estilo, pero ¡ay! ya no es la misma de antes. Los Hipólitos no dejaron familia, y hoy día su hermano Alejandro posee todas las tierras. En el jardín también hay muchas flores y plantas exóticas, pero en lugar de los antiguos viejos llanos, perales y manzanos hay un nuevo parque formado de tilos, arces, abedules y castaños, musgos y alamedas cubiertas de

granier. El nuevo huerto está del otro lado. Después del almuerzo, en el que algunas copas de vino disiparon la emoción que nos invadía, fuimos a visitar la tumba de mis dos hermanos, Casimiro y Adam, y la pequeña iglesia donde hice mi primera comunión a la edad de nueve años, en donde todos los Domingos se oía la misa, y donde se celebraban las fiestas se hallaba cerrada hacía veinte años: desde que la ortodoxia había sido impuesta a los aldeanos de Niedzviadka. El pope de Mir tiene ahora las llaves.

"Después que hube rezado en la puerta de la capilla y besado el umbral me dirigí al pequeño bosque de pinos en el que hacían las fiestas de la iglesia dirigidos por mi padre y el intendente.

"Cuando murió mi hermano Casimiro no lo pudieron enterrar en la capilla, y mis sobrinos lo enterraron en el bosque al lado del jardín, y más tarde mandaron hacer una estatua que representa un ángel con una cruz y arreglaron allí un pequeño cementerio rodeado de una reja".

Después de esta visita a sus muertos, Domeyko pidió que lo dejaran solo en el bosque, y recorrió el mismo camino que siempre hacía con sus hermanos y su madre para ir de visita donde los vecinos o a la aldea.

Troncos viejos marcaban el sitio que ocuparon los árboles viejos, sus contempóraneos. Al final del camino del bosque corría el río que movía el molino, y el anciano contempló conmovido aquel bello paisaje de campos y colinas que tenía olvidado. Pero las nubes amenazaron lluvia y lentamente volvió por el mismo camino aquel sobreviviente que gozaba con revivir el pasado. En la casa lo esperaban los vecinos que habían ido a saludarle, hijos y nietos de los que él había conocido.

Todos polacos, y conversaron y rememoraron durante largas horas *"como si hubiéramos estado muy lejos del enemigo"* observa el emigrado.

Al siguiente día fue Domeyko a Mir a visitar la tumba de su padre muerto el año 1809, y después quiso visitar la iglesia que estaba en poder de los cismáticos y dice conmovido: "La vista de nuestra antigua iglesia hizo estremecer mi cuerpo. No había ya ni huella de los altares y santos".

Aquella tarde fué Domeyko hasta el río para visitar el antiguo puente construído en época lejana, y del que se acordaba , después de contemplar el paisaje volvió y se detuvo frente a las cabañas de los campesinos que salieron a saludarle.

En la claridad de la tarde, sobre el paisaje de amplio horizonte formado de suaves colinas se recortaba la silueta distinguida de aquel anciano conversando con una vieja campesina, apoyada en un bastón y con la cabeza envuelta en un pañuelo de colores vivos.

Ella le recordaba que lo había visto niño, y lo había visto partir de esas tierras cuando era un bello joven.

El anciano la escuchaba en silencio, a veces no le comprendía bien lo que hablaba, era el lenguaje del campesino ya olvidado para él.

Entonces recordó a Lucas su cochero y preguntó por él, como por el joven Vicente su camarero, que lo habían acompañado a la guerra del año 1831.

Y la viejita con voz monótona y triste le contestó: Lucas murió; Vicente estuvo aquí y después desapareció, nadie supo de él. Pobres servidores, fieles y abnegados, ¿quién sabrá nunca el fin trágico de sus vidas?

Pero muchas de esa gentes de su tierra que le habían conocido mozo, aun vivían, y cada uno despertaba en él un recuerdo del pasado. Sin embargo en esa aldea

habían borrado el catolicismo, y como el pueblo no era ortodoxo se había quedado sin religión, solamente en la vida íntima de las familias se conservaba la antigua religión de Polonia.

Domeyko quiso visitar, antes de partir a casa de su cuñado, la iglesia de su tierra, pero el pope no les quiso entregar las llaves, y exclama indignado y entristecido: "Ya podrán imaginar lo amarga que me sería esta negativa, increíble que un aldeano no quiera dar las llaves a su señor, siendo que hace 50 años, ese mismo hombre rezaba allí, y saludaba al señor con más respeto que si hubiere sido el emperador".

Eran enconosas las heridas que abrían en el alma de Domeyko estos incidentes con que tropezaba constantemente y le hacían palpar que su tierra tenía otros amos.

Una vez que llegó a la propiedad de Dolmatonszeryzna, en donde había vivido su hermana María, olvidó este doloroso incidente con el recibimiento caluroso y lleno de tiernas atenciones de que fué objeto. Comidas y almuerzos reunían a todos los parientes y amigos, y las conversaciones, discursos animados y cordiales caracterizaban estas reuniones, en que se hacía música, y Odinic declamaba sus bellas improvisaciones.

Por la mañana del siguiente día, Domeyko y su cuñado Antonio Wienboski, que cifraba en los noventa años, fueron a visitar las tumbas de las dos mujeres de Wienboski, la primera era la hermana de Domeyko, la bella María, y la de su hija.

Estas tumbas estaban en el jardín, y después de haber rezado se sentaron los dos ancianos en un banco, y durante dos horas Wienboski relató a su cuñado los sucesos acontecidos en la familia durante esos cincuenta años y los sufrimientos que habían llovido sobre la desgraciada Polonia.

Le refirió cómo, en el año 1861, después de un trágieo incidente de la insurrección pacífica de aquella época, el gobierno ruso lanzó una proclama en la que probaba que la Lithuania siempre había sido rusa, y que temporalmente había formado parte de la Polonia; entonces, con esa misteriosa unión que como hilo invisible unía a todos los polacos, cual si hubieren recibido una voz de orden se alzaron para desmentir a los rusos.

En una mísera población llamada Horodlo se había celebrado siglos atrás la unión de la Lithuania y la Polonia; siendo el aniversario el día 10 de Octubre, desde muchos días antes de esta fecha, todos los caminos que conducían a Horodlo se vieron animados por un constante tráfico de viajeros que se dirigían a Horodlo desde Alemania, Austria y Rusia. Viajaba esta gente de noche y día sin descanso, para llegar a la fecha del aniversario Sin saber en un principio de lo que se trataba, los rusos no impidieron esta peregrinación, después detuvieron a los viajeros en varias partes, pero la multitud reunida para celebrar el aniversario fué enorme. Los castillos, las casas y las chozas humildes se abrían ante los peregrinos con el saludo: "Sean bienvenidos".

El diez de Octubre se formó la procesión que se puso en marcha cantando precedida por los sacerdotes.

Antes de entrar a Horodlo un regimiento de cosacos les detuvo el paso. Pero quien dirigía aquellas fuerzas era un hombre humano y conciliador, y como no podía desobedecer las órdenes superiores, obtuvo con palabras y argumentos que la procesión se detuviera antes de entrar al pueblo, pero consintió que los polacos levantaran un altar a la vista de la ciudad, y celebrar una ceremonia imponente, durante la cual se desplegaron las cuarenta banderas que representaban las cuarentas pro-

vincias de la antigua Polonia, dominadas por un gigantesco estandarte que mostraba unidas las armas de Lithuania y Polonia.

El cielo azul servía de bóveda, y un sol espléndido iluminaba magníficamente aquella multitud que escuchaba recogida al sacerdote, que en un lindo discurso hacía alusión a los colores de los miembros dispersos de la Polonia, unidos por primera vez por un corto tiempo.

Las autoridades nada hicieron, la orden recibida era atajar la peregrinación en las puertas de la ciudad y lo habían hecho.

Antes de retirarse los manifestantes plantaron una cruz inmensa en el sitio donde se había dicho la misa. Esta manifestación probó a los rusos que la Lithuania tenía el alma polaca.

También contóle a Domeyko su cuñado, cómo había muerto loco el príncipe ruso Gortchacoff, uno de los más duros y crueles opresores del pueblo polaco en aquella época. En todas partes veía mujeres vestidas de negro que le seguían, que se le colocaban al lado, y en su demencia exclamaba exasperado: "¡Aquí están otra vez; arrójenlas de mi lado, ahí vienen más mujeres vestidas de luto!".

Después de un silencio continuó Antonio Wienboski. "En este sitio en que estamos se hallaba mi capilla católica; cuando el Pope se apoderó de la iglesia, le ofrecí construirle otra más grande lejos de aquí, con el fin de demoler la mía para que no la profanaran los cismáticos. No obtuve lo que deseaba sino entregándole la madera y materiales de la capilla. Pero yo vengo todos los días a rezar por mis muertos que están aquí, aunque ya no descansan bajo el techo de la capilla".

También visitaron una casita en ruinas, la que había sido habitada por Thomas Zan y Czeczott, cuando

Ruinas de la Casa del poeta Adams Miekiewicz. Dibujada por Don Ignacio Domeyko.

ya envejecidos y enfermos les permitieron abandonar el destierro en que estaban confinados en el Norte de Rusia para ir a morir a su patria. El cuñado de Domeyko les había recibido cariñosamente proporcionándoles lo que necesitaban. Zan había llegado contento y afable como siempre había sido, nada se le conocía, pero los sufrimientos en el largo destierro le habían afectado la razón, se le declaró la locura repentinamente, y murió loco. Czeczott había muerto a los tres años de su regreso. Este fué el fin de la vida dolorosa de dos de los principales Filomates de Wilna.

También en esta ocasión, visitó Domeyko las ruinas de la casa de su amigo Mieckiewicz, las dibujó para llevar un recuerdo de su amigo, y cosa inexplicable y curiosa, al día siguiente, aquellas ruinas que habían resistido como esperando al amigo de su dueño, se desmoronaron y no quedó ni una piedra en pie.

Los periódicos en grandes artículos describían esta peregrinación de Domeyko a su hogar y a sus parientes, visitando después de los vivos a todos sus muertos. El dibujo de las ruinas de la casa de Mieckiewicz fué publicado en varios periódicos con significativos comentarios. Y lo reprodujo "El Klosg de Varsovia".

Domeyko cumplió sus 83 años estando en casa de su cuñado, y fué muy festejado, los diarios dieron cuenta de la fiesta, reproduciendo los discursos, uno en el que hacían alusión a la llegada a Chile del joven desterrado, desconocido, triste y solo sobre una mula, y comparaban aquello con la salida de Chile en tren especial y despedido por todo lo más eminente del país. Reprodujeron en aquella ocasión, un párrafo de una carta de Domeyko a su cuñado Antonio Wienboski: "Te envío de recuerdo una rama de mi bosque de piedra; aquí no hay nuestras

verdes selvas, todo se petrifica, sólo mi amor por vos queda siempre vivo y no perecerá sino con mi última hora".

A pesar de su edad avanzada, el cuñado de Domeyko lo acompañó a visitar Vastuiki, que pertenecía a los Slizien con los que la familia de Domeyko estaba muy emparentada.

"Recuerdo que fué ahí, cuenta él, donde pasé unos de los días más felices de mi vida, el de las bodas de mi hermano Adam con Josefina Slizier. La casa era suntuosa y elegante. Con la muerte de sus dueños la casa cayó en ruinas, solamente hay ahí un kiosko, rodeado de parques e invernaderos. Me recibió el más joven de los hermanos de Josefina, a quien había dejado niño y encontraba oficial de marina retirado, viejo y enfermo; con él se encontraba Oscar Sliziezier camarada de Wilna y tres señoras, dos ancianas y una más joven, hija de la hermana más querida de mi cuñada Josefina. Todos eran intensamente polacos, no tenían el menor acento moscovita".

La más joven de las señoras, invitó a Domeyko, después del almuerzo para ir a conversar sobre una pequeña colina en el bosque, desde la que se abrazaba una linda vista.

Le habló ella de sus amigos Zan el filósofo y su joven compañero de destierro, a quienes habían recibido y atendido mucho en su casa, en donde para ayudarlos les contrataron como profesores de los niños. Ahí, también, recibió Domeyko una despedida de ultratumba.

Una preciosa niña, la más bella de la comarca había pertenecido a esa casa de Vastuiki, su recuerdo acompañó largos años a Domeyko y ella le había esperado treinta años, hasta su muerte, antes de morir le había dejado una carta de adiós. El sobre aunque religiosamente guardado estaba amarillento con los años.

Con mano trémula y llanto en los ojos aquel que había sido joven y amado abrió la carta, pero como un secreto sagrado nadie más que él leyó su contenido.

La vida trágica de Polonia negaba toda felicidad a sus hijos, y separaba para siempre jamás a los que se amaban!

Cuando murió Domeyko, entre sus papeles se encontró el retrato de una preciosa jovencita que sonreía confiada a la vida. Era ella, el amor de la juventud del desterrado.

Aquella misma tarde siguieron nuestros dos viajeros a Satchivoski.

"Recuerdo, dice Domeyko, aunque solamente contaba 7 años la suntuosa residencia y las numerosas fiestas que ahí se daban. En una de estas fiestas en que celebrabamos el santo de la abuela Antzouta me parece estar viendo a las tres lindas primas Marías que tomadas de la mano y con ramos de flores cantaban ante ella que las escuchaba emocionada.

Esta casa perteneció a mi abuela, después de su muerte fué del tío Manislao Antzouta, después de mi madre. quien vivió ahí; allí celebramos las bodas de mis dos hermanas y de Adam, y allí dí el último adiós a mi madre, donde besé sus manos por la postrera vez, Abril de 1831. Un año después había muerto. Ahora pertenecía a mi sobrino Eduardo Begierski.

"Los recuerdos y pensamientos se precipitaban en confuso tropel en mi cabeza cuando a lo lejos divisé las dos torres blancas de la iglesia de Stolovitche. Los rebaños pacían en los valles que bordean el río, vése el molino sobre la colina, y por fin la casa de Satchinski embellecida, pero no cambiada.

"La casa estaba llena de gente, en los corredores a un lado la servidumbre y del otro un grupo de aldeanos.

"Yeriski y su esposa me presentaron un plato con pan y sal e hidromel, mientras el más anciano de los campesinos me saludaba: "Alabado sea Jesucristo. Por los siglos de los siglos", le respondí. Vinieron en seguida los abrazos, y todos bebieron a mi salud y yo a la de los dueños de casa.

"Recorrí esa casa donde había pasado mi infancia y mi juventud con una alegría infantil; la primera pieza donde las tres Marías habían cantado ante mi abuela, y donde se habían casado mis hermanas; las otras piezas, como la de mi madre y el comedor estaban un poco cambiadas. Reconocí la antesala, donde desde el tiempo de mi abuela se hallaba colgada a la puerta una jaula con un gallo que daba las horas.

"Comimos en familia, y antes de terminar los aldeanos empezaron sus cantos, ese día celebraban el término de las cosechas, y para ellos se había arreglado una larga mesa con pan, queso y vino.

"Una bella niña que traía una corona de espinas se acercó a darme la bienvenida. Tomé la corona y se la puse a la dueña de casa como es la costumbre, besando a la pequeñuela. Después vinieron a saludarme el alcalde y algunos vecinos; entre los que hubo uno que me dijo haberme conocido de niño.

"Se distribuyó el pan, el queso y el vino, mientras los aldeanos separados en dos grupos cantaban. Una sola cosa faltó para la fiesta y fué que el violinista se enfermó y no se pudo bailar. Después nos fuimos al bosque, y ahí encontré flores, y grandes árboles entre los que el río se desliza como antes".

Sencillamente, en sus recuerdos Domeyko nos presenta un cuadro de la vida campesina de Polonia de su tiempo.

Al día siguiente, muy de madrugada, pues no pudo dormir acosado por los recuerdos de su infancia y juventud, apenas amaneció le pareció oir al gallo que con su ruidoso canto despertaba a los sirvientes en las largas noches del Invierno.

Y Domeyko, como siempre, fué a hacer su visita a sus muertos, fué a la tumba de su madre, y recorrió el camino hasta la antigua iglesia, de la que no quedaban sino ruinas, como del molino que mugía junto al río no quedaban sino algunas estacas. En medio de un campo cultivado, sobre una pequeña colina se veía el cementerio con algunas cruces, una capilla blanca con dos árboles a los lados. Ya en este cementerio no dejaban enterrar a nadie, porque el Pope había elegido otro sitio. Pero ahí estaba la tumba de la abuela y de la madre de Domeyko, y con Eduvigis su sobrina, por en medio del campo cultivado llegaron hasta el antiguo cementerio.

"¿Cuántos habrán a quien Dios les haya permitido volver después de un destierro de medio siglo para arrodillarse en la tumba de su madre?" exclama el anciano emigrado.

Después de orar largo rato ahí, al retirarse pudo apreciar con más claridad la persecución hasta con los muertos de los nuevos amos de Polonia.

De la tumba de su tío Miguel no quedaban sino ruinas. Y las cruces de las tumbas de los campesinos estaban todas podridas, unas en el suelo, otras luchaban aun con los huracanes. Las yerbas cegaban las fosas de los muertos, y un aldeano que araba cerca hacía penetrar el arado hasta la tierra bendita.

"Al volver con mi sobrina, dice Domeyko, de ese santo peregrinaje recorrí el parque plantado por su padre para visitar la alameda de tilos que existía de tiempos de la abuela. Rodeé con mis brazos uno de esos árboles, que aunque abatido por los años, y los vientos estaba firme mirando al cielo, protegiendo bajo sus ramas a las generaciones más jóvenes y más débiles. Había visto envejecer y plantar de nuevo el huerto que ya tantos años existía. Los manzanos cuya fruta recogía cuando niño están ahora retorcidos y encorvados, esperan sólo que los nuevos crezcan para cederles su lugar!".

Cuando llegaron a la casa, Domeyko se detuvo a contemplar en el patio cubierto de musgo una vieja encina, cerca de la que en su tiempo se encontraba el palacio antiguo de los Antzouta, pero que ya no existía como no existía el jardin, solamente la encina quedaba altiva, desafiando el tiempo. Antiguamente era la costumbre de los señores administrar justicia bajo las encinas, y ésta había cumplido su cometido en pasadas generaciones, quedando, quizás, la única sobreviviente del pasado de Polonia.

La familia de Domeyko había pertenecido a una familia de magistrados, él llevaba en la mano el anillo de su padre que le habían enviado a Chile. Este anillo significaba para quien lo poseía que era elector y elegible para toda especie de magistratura por elevada que fuese, y se heredaba por derecho de primogenitura de padres a hijos.

Bajo esa encina muchas veces el padre de Domeyko había servido de juez resolviendo litigios y querellas de los campesinos.

Al entrar a la casa, Domeyko se encontró con gran número de personas que llegaban a saludarle, caballe-

ros y señoras cuyos nombres le hicieron recordar las antiguas dietas de Nowogro-deck en 1810, y la última de 1827.

Eran los descendientes de aquellos que ocupaban los más altos puestos del distrito. Entre ellos estaba el anciano Thomas Boulhak con su mujer, la que lo había acompañado tres veces a Siberia para salvarlo.

Se sentó la numerosa compañía ante una mesa en forma de herradura, sobre la que habían escrito el nombre del huésped de honor con flores y dulces.

"A mi lado colocaron a Odinic, cuenta Domeyko, al final, cuando según costumbre se hizo el último brindis "Amémonos" todos se levantaron para besarse, y Odinic declamó su oda a la vejez. El conde Ichapki, por enfermo no pudo asistir y envió su discurso que fué leído.

"La fiesta con cantos y discursos se prolongó hasta altas horas. Pero a las diez de la mañana nos esperaba el sacerdote para decir una misa en la Iglesia de Kroschin, donde está enterrada mi hermana Jezierska, después fuimos a su tumba y a visitar el panteón de la familia del señor Zanadrick. Nos pidieron a mí y a Odinic que plantáramos una encina en recuerdo; el lugar estaba preparado, como también los árboles que íbamos a plantar que fueron benditos por el cura".

"Fuimos en seguida a casa de M. Zanadrick, donde encontramos numerosos retratos de nuestros antepasados, del principe Radziwill y del príncipe Constantino, como de muchas personalidades y personajes.

Después de un copioso almuerzo volvimos a Satchinopzi de donde el mismo día con Odinic, mis hijos, mi hija, mi yerno y Celina partimos para el lugar designado como término de mi viaje, que era la propiedad de mi

yerno, Zybour, la que había heredado de mi tío Ignacio, bajo cuya tutela estuve hasta los diez años, edad en que fuí al colegio.

"A media legua de Setchivoqui, las cercanías de Stolontche me recuerdan la triste derrota de los confederados de Bar, encabezados por Ojinski,

"Pasamos en silencio ante la Iglesia fundada por los Radziwill cuyas cruces y cúpulas demuestran que ha sido arrebatada al catolicismo.

"Más allá también pasamos frente a la propiedad en ruinas de los Doboschinski, cuyo dueño fué tomado prisionero en 1863 con sus dos hijos. Este padre desgraciado, al oir el ruido de las descargas con que fusilaban a sus hijos, se asió tan fuertemente a los barrotes de su prisión que rompió los fierros, muriendo ahí mismo.

"Divisamos en el camino una blanca capilla construída con limosnas de los propietarios del lugar, pero una vez concluída fué cerrada para sus dueños y para los campesinos católicos.

"En Moltchads se levanta una iglesia elegante estilo bizantino, pertenece a los enemigos de nuestra religión.

"Diviso perdida en el horizonte la selva de Ofierany que perteneció a mi tío José. Ahora llega hasta ahí el silbo del tren, cuando yo había atravesado esas selvas con mi tío no existían ferrocarriles ni en Londres ni en París. Ahora donde no hace mucho no existía un hombre capaz de componer los caminos y los puentes, cuesta una legua de terreno cien rublos.

"Pasamos la noche en Drerany propiedad de mi sobrino Ignacio. La casa que cuando salí de Polonia no estaba terminada, ni los árboles crecidos es ahora una villa rodeada de enormes castaños y tilos, un huerto, jardines y parques.

"Por la mañana me fuí al bosque vecino donde mi tío José había hecho construir un mausoleo para él y su esposa. Mi tío José, educado en tiempos de Voltaire había estudiado mineralogía en Wirner y después se dedicó a viajar. Cada vez que me veía me daba lecciones de mineralogía, y fué por esto que veinte años más tarde me decidí por esta carrera.

"Alrededor de su mausoleo entierran los campesinos a sus muertos, y encontré que ya había dos tumbas con la inscripción en ruso!

"Aquel mismo día partimos para Zibour. En el viaje encontré ya suprimidas las iglesias y capillas católicas, todas eran ortodoxas.

"En Ydriencios la iglesia católica ha podido conservarse gracias a la influencia de mi yerno y los vecinos. También existe en aquel sitio un palacio, residencia de Soltams, último mariscal Lithuaniano, y de su hijo el coronel Adam, le ví convertido en cuartel de soldados".

"El corazón me latía tumultuosamente, cuando al salir de Ydriencios alcancé a distinguir, después de 53 años que no los veía, el bosque, los dos tilos plantados por mi tío en medio de los campos, y el macizo de tilos que había él plantado el año 1812, y más allá como escondidas las blancas murallas de la casa.

"Mi hija y mi yerno se habían adelantado, para recibirme bajo el pórtico, ofreciéndome pan, sal e hidromel, rodeados del personal de la casa, entre los que se encontraba el viejo Juan, que era de mi edad y me recordó aquel tiempo lejano cuando éramos ambos muchachos. Solamente quedaba él de aquella época.

"Yo besé a todos, en seguida visité la casa, el jardín, la granja, las pesebreras, y los establos. Todo estaba como era antes, solamente mi yerno había embellecido

las habitaciones, y añadido a la casa un balcón y una galería. Mi hija me dió las pruebas de ser una magnífica dueña de casa, activa y hospitalaria, y me mostró con orgullo las despensas, los gallineros y la cocina. Me parecía sentir la presencia de mi difunto tío que se alegraba con mi alegría.

"Algunos días después vino a verme mi viejo amigo Tourski, antiguo Filomate de ochenta años, y con él y Odinic pasamos unos cuantos días recordando los tiempos de Wilna. Después Odinic regresó a Varsovia y Zourski a su casa".

Después de la partida de sus antiguos camaradas, Domeyko siguió su peregrinación a las tumbas de sus deudos más queridos, y a las iglesias que aun existían.

En todas partes era recibido como el señor de las tierras, los campesinos le saludaban respetuosamente con "Cristo sea alabado" "Por los siglos de los siglos".

Al visitar la aldea Zaroutznitche, que su tío había protegido mucho, cuyos habitantes eran católicos y hablaban lithuaniano, lo esperaba a la entrada el más viejo de los aldeanos, ante una mesa con pan, sal e hidromel, un poco alejados se hallaban las mujeres y los niños, pobremente vestidos pero muy limpios, el preboste le saludó como se acostumbra, y después se dieron un efusivo abrazo. Conversó el antiguo emigrado con los aldeanos y bebió con ellos un vaso de vino, y después en coche atravesó la aldea, todos lo saludaban y hasta los perros dejaban de ladrar, todo se unía para demostrar al anciano respeto y cariño. Lo que más celebró fué verles sus casitas ordenadas y limpias, con sus chimeneas humeando alegremente.

Aquel incansable joven de ochenta y tres años, se levantó de madrugada al día siguiente para asistir a la fiesta de la Asunción que celebraban en la iglesia de Ydzienciol.

"Era la fiesta de la Asunción, dice en su diario, a la que estaban ligados mis más dulces recuerdos de mi infancia, pues esa misma fiesta la celebrábamos en nuestra iglesia de Niedsviadka hace setenta años".

"Al final todo el pueblo se prosternó en tierra, y el sacerdote arrodillado al pie del altar entonó la súplica: Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, líbranos de todo mal" las lágrimas corrían por mis mejillas. Hacía 52 años que no oía ese cántico, desde la última vez que lo habíamos cantado en la tierra Prusiana".

"Según la costumbre, aquel día se bendecían las cosechas, El cura dió su bendición y la concurrencia se retiró". "Nunc dimetta sero un tumm" (y ahora señor deja a vuestro siervo que se vaya en paz).

Y llevando estas palabras como una esperanza, Domeyko subió al coche con su hija y su yerno y volvió a Zibour.

Al lado de su hija, en esta hermosa residencia tan querida para él, pensó Domeyko descansar y pasar largo tiempo.

Quizás, muy en el fondo ocultaría el deseo de concluir los días que le restaban de vida ahí, en medio de los suyos y en su amada Polonia.

Pero los periódicos, indiscretamente comentaban sus visitas, los homenajes que recibía, y era pretexto para que los polacos recordaran un pasado que sus opresores estaban decididos a borrar para siempre, como ya habían borrado la Polonia del mapa.

Cuando había llegado a Varsovia, fueron tan universales y espontáneas las manifestaciones hechas al anciano, que el Gobierno ruso se vió en la imposibilidad de impedirlas, y aparentemente cooperó en estas mani-

festaciones. Pero a fin de atenuar sus efectos hizo circular la noticia que Domeyko era un eminente sabio ruso.

Además era vigilado, y cuando pasó el febril entusiasmo de la llegada del antiguo emigrado, que descansaba de su peregrinación por las tierras de sus antepasados en casa de su hija, fué notificado amablemente que abandonara el territorio, porque había contestado a alguien que le trataba como a sabio ruso, que no era ruso sino polaco y ciudadano chileno.

Triste, profundamente triste fué esta segunda vez que arrojado por los extranjeros que dominaban su patria Domeyko hubo de cruzar las fronteras de Polonia. Temió quizás que su yerno y su hija tuvieren que sufrir su prolongada su estadía en el bello Zibour, que describen en un diario de la época como "capaz de satisfacer las exigencias y gustos más refinados. Pocas residencias de campo podrían aventajarla, además su dueño, León Domeyko, es un artista en escultura en madera, y todos los muebles lindísimos son tallados por él. Tiene además lindos parques, jardines e invernaderos de plantas exóticas".

Domeyko, a pesar de su edad gozaba de una sorprendente salud, y se distinguía por una calma y tranquilidad de espíritu que no le abandonaba jamás, ni en las más trágicas circunstancias de su vida. "Es la prueba (dice uno de los artículos escritos sobre él en aquella época) de una vida pasada en el trabajo, y el amor a Dios y al prójimo".

Nadie supo jamás lo que sufrió, el que había esperado toda una vida para volver y descansar allí, y el 12 de Septiembre, mes empezado con tantas alegres esperanzas y proyectos, acompañado por su yerno, su hija y sus dos hijos se dirigieron a Satchivousqui, de allí partió a Ba-

ranovitche en donde se embarcó en el tren que lo llevó a Varsovia. Un mes y días solamente pudo permanecer en Polonia.

En Varsovia se encontró con preparativos oficiales e iluminaciones para una fiesta dada a un miembro de la familia imperial. Pero los polacos, aprovechándose de la libertad que les concedían a este respecto, tenían sus casas cerradas y oscuras.

El emperador había salido para Modliniskiemienwitze, en donde deberían encontrarse con el alemán y el austriaco: "Para desgracia nuestra" dice Domeyko.

La gente de la sociedad polaca estaba muy disgustada, porque en el baile dado en honor del emperador, este se demoró dos horas en llegar, durante las cuales nadie podía dejar su sitio. Después fué presentada la sociedad polaca al emperador y a la emperatriz por la señora Hourko, que no quería ni era querida por los polacos, y no por la señora condesa Kolchouberg amiga de Polonia.

El emperador, después de haber bailado la primera cuadrilla con la princesa Radzinevell de Kiesnuz se sentó a la mesa de juego y no le dirigió la palabra a nadie siendo que era la primera vez que iba a Varsovia. Un día recorría la ciudad sin escolta el emperador, y el coche para no estrellarse contra un ómnibus casi se cae en un riachuelo. Un hombre pasaba por ahí, y detuvo los caballos gritando: ¡Nada tema gran Emperador! y con la ayuda de otro sacó el coche sin que nada sucediera.

El emperador le mandó cien rublos de recompensa, pero el honrado campesino fué puesto en prisión por su falta de respeto al gritar de ese modo a su alteza imperial.

Fotografía tomada en Varsovia antes de la separación de los dos antiguos Filaretes de Wilna, Domeyko y Odinic

En esos días los condes Kossak le dieron una gran fiesta a la condesa Koltchouberg, como una manifestación porque era amiga y protegía a los polacos y no tenía relaciones amistosas con la señora Hourke.

No pasó sino dos días Domeyko en Varsovia, y acompañado por sus dos hijos, por Odinic y su familia, en cuya casa había estado alojado, el conde Zanoiski y sus hijos, las canonesas Zalenski y otros amigos llegó a la estación abrazando ahí por última vez a Odinic.

En el mismo tren iba un regimiento de infantería prusiana que se dirigía a la frontera para rendir honores al Kaiser Guillermo.

En Skierniewice hacían los preparativos de la iluminación, y a lo largo de la vía, a uno y otro lado formaban los centinelas.

Llegaron los viajeros a Berlín. "En Berlín, dice el sabio, entramos a una espléndida estación como no existe otra, las calles anchas cuidadas y bordeadas de tilos, En el Zoológico hipopótamos y rinocerontes, y en el acuario serpientes y lagartos. En el teatro representaban Fidelio, y contemplamos una estatua soberbia de Federico IV por Ranch.

"En la última estación, antes de Sajonia volvimos a contemplar los preparativos de iluminaciones y gran número de soldados, esperaban al Kromprinz. Llegamos a Colonia ¡Cuán imponente es su Catedral! hay que convencerse, todas estas grandezas pasan, no hay sino la Fe, la piedad y la moral que puedan levantar estos monumentos! "El 19 de Septiembre, ya en París se trasluce en las notas del diario de Domeyko desaliento y profunda tristeza:

"¡Heme aquí! dice ¿qué me ha traído a Paris?

"¡Ah! era preciso facilitar a mi hijo la entrada a la escuela de minas; hacerle seguir cursos; conversar con

el cónsul de Chile, y también deseaba pasar este Invierno cerca de la Sorbona, del Colegio de Francia en donde estudié los primeros años de mi destierro, acercarme a los sabios, y no olvidar lo que me había ocupado 46 años de mi vida.

"Pero confieso ¡hubiera sido tanto mejor pasar este tiempo en el campo, en casa de mi hija en Zibour!".

CAPITULO XV.

Por la similitud que presentan las situaciones de los países de Europa a mitad del siglo pasado con la de nuestros días (1936) es de interés darle una ojeada al vuelo.

En los años de 1863, ya se ve a Napoleón III en el ocaso de su carrera imperial. No pudo realizar su grandiosa idea de un Congreso Internacional; no quiso ni pudo interesarse en las cuestiones de Alemania y Dinamarca, aunque bien comprendía que de aquella guerra surgiría la Constitución Unitaria de Alemania. La trágica aventura de Maximiliano en México; la situación política e interna de Francia; eran motivos más que poderosos para impedir a Napoleón mezclarse en contiendas ajenas.

Y sin embargo, esto dió a la oposición una arma poderosa contra él; y Thiers, temible por su personalidad política, su independencia y su elocuencia demostraba que el interés de Francia estaba en que Alemania no saliera de las condiciones en que la había colocado el Congreso de Viena de 1815.

Napoleón lo comprendía también de este modo, pero no pudo dejar de un lado su política indecisa y vacilante.

Mientras tanto, Italia había ido conquistando su unidad nacional paso a paso, pero su situación finan-

ciera era desastrosa, como era desastrosa su política interna en la que luchaban contra el clero, los que opinaban que Roma debería ser la capital de Italia y no pertenecer al Papa, y los que exigían que se arrancara Venecia del poder de los Hapsburgos. El protectorado francés pesaba enormemente a los italianos, y esto empujó la opinión de los patriotas a una alianza con la Prusia, que le ofreció a Italia devolverle Venecia, siempre que fuera neutral en la guerra que preparaba contra el Austria.

Esta guerra era de vida o muerte entre Prusia y Austria; Prusia quería apropiarse definitivamente los ducados del Norte arrancados a Dinamarca para engrandecer su territorio, e imponer después su voluntad al resto de Alemania. Si salía victoriosa de la contienda el Austria, Prusia perdería la Silesia y quedaba reducida a potencia de segundo orden, y Francia podía fácilmente, con el consentimiento del Austria extender sus fronteras hasta el Rhin.

Y Prusia se decidió a dar el primer golpe. Sajonia, Hanover, Hess y Nasseau estados tan independientes como Prusia, pero más pequeños se negaron a entrar en la confederación propuesta por la Prusia, pero a los pocos días fueron estos estados invadidos y ocupados sus territorios por los prusianos que los vencieron y los dominaron fácilmente, e inmediatamente Prusia se dirigió contra el Austria.

Hombres de un talento militar superior dirigían la Prusia, como era Moltke cuyo plan elaborado de antemano fué seguido religiosamente en la campaña, y Bismark, y el emperador Federico y el ministro de la guerra Roon, quien fué el verdadero organizador y creador de las fuerzas militares de Prusia. El triunfo de los alemanes en la batalla de Konggratz les dieron derecho a imponer

las condiciones de paz. Austria hubo de ceder a la Prusia sus derechos sobre los ducados de Slevig y Holstein y reconoció las nuevas fronteras de la Prusia en el Norte; la indemnización de guerra fué de 20 millones de thalers. Italia, a pesar que había sufrido una derrota en el mar de parte de los austriacos, recibió Venecia y su territorio como estaba convenido.

La derrota del Austria, a la que aludían los prusianos llamándola "La guerra de siete días" produjo gran desaliento en esta nación, pero no faltaron hombres de talento y optimistas, que contemplaron la derrota como una solución buena para el porvenir, porque despejaba su situación política, el país se libraba del apéndice de Venecia, y de su papel en Alemania que solamente le había servido para impedir al Austria concentrar sus fuerzas en el país y transformarlo en una gran potencia eslava, con la unión de los dos reinos Austria y Hungría.

Mientras tanto, Napoleón III deseaba buscar ocasiones para conquistarse a los franceses y asegurar el trono a su hijo, y borrar la impresión de sus desgraciadas tentativas para halagar la vanidad de la nación, como la expedición a México, su intervención en Italia a favor del Papa, y la guerra de Crimea cuyos resultados eran más aparentes que verdaderos. Las negociaciones entabladas para conseguir de los prusianos el Luxemburgo no dió resultado, y Francia se quedó muy disgustada con la rotunda negativa de Bismark.

De entonces principió a formarse en el pueblo el odio a Bismark y se vió acercarse la guerra.

En 1867 tuvo lugar la Exposición Universal que distrajo a los franceses algunos meses por su éxito colosal.

Pero con el pretexto que estuvo a punto de ocupar el trono de España un príncipe alemán, Antonio Hohezollern-Sigmaringen hubo entredichos entre Napoleón

y el Rey Guillermo, y como Napoleón deseaba esta guerra para asegurar el trono, y Bismark hacia tiempo que la consideraba inevitable no faltó sino la declaración de guerra que Bismark y el ministro Roon se encargaron de precipitarla antes que Francia estuviese preparada, que ya ellos tenían su plan hecho y estudiado por el hábil Roon.

El 19 de Julio recibió Bismark, como Canciller del reino la declaración de guerra del gobierno francés. En Francia se cantaba victoria de antemano, los generales franceses gozaban de fama de ser de primera línea como Mac-Mahon, mientras tanto desconocían el talento de sus adversarios a quienes solamente se conocía por la campaña victoriosa de pocos días con el Austria.

Los prusianos tenían el doble de tropas gracias a su activo ministro de guerra que no se dejaba estar un momento, estaba preparada la campaña hasta en sus menores detalles, el terreno estudiado con admirable exactitud, los transportes y los trenes preparados con sus horarios fijos. El 15 de Julio del año 1870 se dió la orden y diez días después había más de 300,000 soldados alemanes en la frontera de Francia.

Y el 4 de Agosto empezó con la batalla de Wissemburgo la serie de victorias que acabaron con el imperio napoleónico. El fin desastroso y humillante de esta guerra para los franceses, que vieron a su emperador prisionero con su último ejército, que como cuarenta años atrás el resto del ejército polaco, tuvo que entrar desarmado y prisionero a Prusia, no les quitó el valor que demostraron en el sitio de París y en la defensa heroica de Francia por tropas improvisadas que no retrocedían sino con la muerte ante el enemigo.

Los alemanes impusieron sus condiciones, onerosas y duras, la entrega de la Alsacia menos Belfort, y la Lo-

rena alemana con su capital Metz, el pago de Francia de cinco mil millones de francos durante el plazo de cuatro años, tiempo que los alemanes ocuparían algunas plazas francesas hasta el pago completo de esta suma.

El resultado de este gigantesco duelo fué que surgió en el centro de la Europa una gran potencia, destinada o a ser el baluarte de paz general, o una amenaza a la libertad de las demás naciones.

En Marzo del año 1871 abrió el emperador Guillermo el primer parlamento alemán, al que solamente faltaban representantes de las provincias alemanas adheridas a la Rusia y al Austria.

Francia y otras potencias atribuyeron a la Prusia la idea de no detener su camino de conquistas, reconquistar las provincias alemanas de la Rusia y del Austria, y de mirar con codicia la Holanda y las provincias flamencas de la Bélgica, este temor fué realidad cuarenta y tres años después.

Después de las desgracias acarreadas al país y sobre todo a París por la Comune, vencido este nuevo enemigo, los franceses desplegaron de un modo admirable su energía y su patriotismo, que no se detuvo ante ningún esfuerzo por pagar la colosal cuota de guerra cuanto antes para que se alejaran del territorio francés los prusianos y rehacer lo destruído y reconstruir la Francia política. Francia se vió obligada a vivir retraída mientras reorganizaba sus fuerzas y consolidaba el gobierno republicano.

Inglaterra asistió a la grandiosa lucha de Francia y Prusia como espectador, sin disimular sus simpatías por Francia, pero su política interior le impidió mezclarse; los afamados y brillantes hombres públicos de Inglaterra se ocuparon en la reforma de sus instituciones políticas y sociales. Disraeli, Gladstone Russell, Derby,

y muchos más trabajaron hasta formar el grande e imponente reino unido de Gran Bretaña e Irlanda. Los dos partidos, Torys y Whig tenían sus grandes hombres, en 1875 Disraeli indujo al parlamento a permitir a la reina Victoria y a sus sucesores el título de emperatriz de las Indias.

Aquel mismo año Inglaterra sorprendió con la compra de las acciones que el Virrey de Egipto poseía en la compañía del canal de Suez; por cuya operación Inglaterra entró en la administración de esta compañía, fué el primer paso para hacerse dueña de ella y del Egipto, por consiguiente el camino más corto para la India.

La victoria alemana dió a Italia la completa unidad de su territorio y a Roma por capital. Los estados escandinavos apenas recibieron la influencia de las luchas políticas de este período, pero no les faltó trabajo interior para ahogar las tendencias de las clases rivales hacia las opiniones extremas. Dinamarca, Suecia y Noruega se contentaron con sus simpatías platónicas por la Francia. El emperador de Rusia perseguía tenazmente su idea de rusificación de la Polonia y reformas sociales. No se preocupó de detener el avance del partido nihilista, que setenta años más tarde iba a hundir el Imperio en una mar de sangre y fuego, cosas curiosas que aprendemos en la historia, por apagar el patriotismo polaco el emperador descuidó ahogar el peligro que amenazaba el futuro de su país, y los que pudieron escapar con vida de la revolución Rusa fueron los que buscaron refugio en tierras polacas; cuántos casos se presentarían en que las antiguas víctimas daban refugio a los que huían de Rusia!.

Turquía tuvo cuestiones con la Grecia. Y después vino la guerra ruso turca, a la que fueron centenares de polacos deseosos de luchar contra Rusia, entre ellos Mieckiewicz que murió en Constantinopla como antes lo hemos referido.

La derrota de Turquía después de grandes y famosas batallas el año 1876 concluyó con la paz de San Stéfano; de esta guerra surgieron los estados pequeños de la Europa, Rumania, Servia y Montenegro. Las provincias habitadas por eslavos búlgaros fueron declaradas principados semi independientes.

Inglaterra adquirió la isla de Chipre que Turquía le había cedido con la obligación de defender sus dominios en el Asia, y la paz definitiva se firmó en Constantinopla el 8 de Febrero del año 1879. Entonces, todas las potencias europeas miraban la Turquía como un peligro para el porvenir. Porque la cuestión de Oriente que durante un siglo preocupó a las Cancillerías de Europa, tenía para ellos solamente una resolución, el desmembramiento de la Turquía y arrojar a los mahometanos al Asia, pero aquello traería conflictos que encenderían la guerra universal.

El siglo diez y nueve, con sus inventos, sus adelantos en las ciencias, y descubrimientos, sus exposiciones universales, sus viajes, sus excursiones, sus excavaciones de ciudades históricas enterradas miles de años, demuestra que la humanidad avanzó más en este período que anteriormente en siglos enteros.

El pueblo se abrió paso y llegó a ser tomado en cuenta en la marcha de las naciones. Un siglo antes ¿habría creído alguien que el bajo pueblo tendría órganos en la prensa, economistas, oradores, representantes en las cortes, sociedades de socorros mutuos, establecimientos cooperativos, ateneos, escuelas, sociedades corales y hasta bancos de crédito?

La publicidad fué el rasgo característico del siglo XIX, crecía esta de año en año prodigiosamente, gracias a la luz de ella, no se puede negar que el género humano mejoraba su inteligencia, su moralidad y su bienestar

social, pero la mayor instrucción a pesar de ser un beneficio inapreciable, causa muchas víctimas de nueva especie, el creciente dominio de la inteligencia empeora la situación de los ignorantes, y el bajo pueblo emancipado encuentra injusta y más mísera su situación que antes, porque le enseña y le hace indispensable otra vida, goces y satisfacciones que ignoraba, y el afán de procurárselos ahoga en muchos los sentimientos del deber y de la virtud, y les induce a cometer crímenes o bajezas que antes cometían solamente por venganza, hambre o ferocidad estúpida. Empezó a hechar raíces el partido que unía a todos los desgraciados, fracasados, pobres, y descontentos, partido que fué solidificándose hasta llegar en el siglo siguiente, a ser una amenaza constante para el porvenir de los pueblos, que tiene algunos idealistas puros, y que sueña con destruir para construir un mundo nuevo.

¿Qué es la civilización? cada cual entiende esto a su manera y es muy difícil definirla. Muchos pueblos han querido probar su alto grado de civilización por el número de personas que saben leer o escribir, pero nadie reflexiona que un hombre puede saber muchas letras y ser un sabio, pero también un bárbaro insensible y egoísta que hará el mayor daño a los demás; mientras que otro que no sabe una letra, puede ser inteligente y sabio también en su ignorancia, como altamente humanitario, sociable y caritativo ¿Cuál será el más civilizado?

Y con las naciones pasa lo mismo, en algunas abundan los millonarios, la ostentación y el lujo, mientras reina la miseria moral y material en las clases más bajas; y en otros países menos opulentos la miseria y abyección será menor, y el hombre pobre siempre tendrá esperanza y verá la puerta abierta para mejorar su situación. ¿Cuál de estos países será el más civilizado?

A esta Europa llegó Domeyko, en donde bullía una confusión entre tantas maneras de pensar e intereses distintos, y las luchas de ideas religiosas, a lo que se le agregaba la diferencia de ilustración, del desarrollo intelectual, de instituciones o ideas políticas entre las diferentes naciones, lo que dificultaban la mutua inteligencia y las simpatías, el encono de los oprimidos y el menosprecio de los opresores, el constante anhelo de libertad de los pueblos y la soberbia de los que creían poderlos atar para siempre.

Domeyko escribía a un amigo de Chile desde París.

"Todas las potencias aumentan sus armamentos, ejércitos, impuestos y derechos sobre importación aun de materias de primera necesidad, y todos temen la guerra y miran azorados el horizonte ¿de dónde vendrá?

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

CAPITULO XVI.

Mientras estuvo en París, Domeyko visitó a sus compatriotas y compañeros que aun le quedaban vivos, entre los que encontró a Blotuiki que tenía 90 años, y Waga de ochenta y tantos. Y a su camarada Boledam que estaba ciego, a quien iba a ver a Ville Preuse.

Además encontró a los hijos de Mieckiewicz, y el príncipe Ladislao Charttrys, y su hermana la condesa Dialyniska a quienes había dejado niños. y muchos más, componiéndose el resto de emigrados de los nacidos en Francia, casi franceses ya.

Cuando el primero de Noviembre, Domeyko con un amigo visitó las tumbas de sus compatriotas en Montmartre, dice: "Dan reposo a aquella emigración las tumbas innumerables; aquella emigración alegre, optimista y activa que no tuvo dónde reposar sus penas! Esos cementerios de Montmartre podrían dar material para

escribir una gran parte de la historia moderna de mi país que ha sido la víctima de sus más mortales enemigos".

El grupo de polacos se reunía los Domingos, después de oir la misa en la Asunción, en casa del venerable misionero Wilkivski, en donde seguía un almuerzo con guisos polacos y se hablaba polaco.

La sociedad polaca tenía un centro literario, fundado en tiempo de la emigración, y uno de sus fundadores había sido Domeyko.

El y Blotwitwiski solamente vivían, y el presidente era un hijo de su fundador el príncipe Pcharkowski. Dieron en honor de Domeyjo una recepción en la que hubo muchos brindis y discursos. Estos discursos ocasionaron a Domeyko un gran disgusto, pues fueron reproducidos y cambiados malévolamente para hacerle imposible su vuelta a Polonia, cuando él tenía la intención de volver a Lithuania.

Los antiguos alumnos de la escuela polaca hijos de los desterrados, y nacidos en Francia, habían formado una sociedad sin fines políticos, sino nacionales y prácticos, trabajar la historia del país, la literatura polaca, y sobre todo tener ocasiones de reunirse y conversar de los males y desgracias de la patria. Con motivo del aniversario de la muerte de Mieckiewicz, dieron una fiesta y convidaron a Domeyko invitándole a que hablara, como el último Filomates y amigo íntimo del poeta. Domeyko que tenía la intención de volver a Lithuania, trató de excusarse para no dar pretexto a los espías rusos que lo anotaran como enemigo y atrajeran desagrados a su yerno, pero no pudo excusarse.

"Fuí acogido cordialmente, cuenta él en sus memorias, la sala estaba magníficamente adormada, una sociedad numerosa de polacos y polacas, todo lo que quedaba de la emigración estaba ahí. Yo me emocioné mucho

al verla reunida, después de tantos años nuestra colonia, y me hizo recordar mi juventud! Pero esta juventud tan grave, tan razonable y tan sabia me pareció muy triste.

"Pensando mis palabras hablé de mi amigo y de mi patria".

"Después de mi discurso, muy aplaudido, los miembros más jóvenes de la sociedad representaron en traje de carácter "El banquete de Wallenrid"; la hija de uno de nuestros desterrados ejecutó al piano con gran maestría una composición de Chopin, y leyó unos versos de Mme. Doutrinzka. Y por fin, la joven Yelowitzki declamó admirablemente el episodio de M. Tadeo de Mieckiewicz: "Domeyko y Domeyko" en que aparecía yo. ¡Se comprenderá cuán emocionado estaría!

"También celebramos ese mes el aniversario de nuestra insurrección del año 31. Pero qué diferencia! En esta juventud polaca, tan apacible, se destacaban una veintena de blancas cabezas, a más de los alumnos de Batiñoles. Hubo una misa después de la que todos se besaron separándose sin decir una palabra.

En la tarde hubo una reunión en la que hablaron muy bien, sin injurias ni amarguras, un ex-capitán del ejército polaco y Gastchoff, presidente de la Sociedad literaria polaca, profesor de literatura antigua en uno de los principales liceos, hombre dotado de gran capacidad que posee el polaco tan bien como el francés, aunque educado en Francia, hijo de un patriota ilustre y muy ilustrado".

Domeyko, al hablar de su amistad con los franceses dice: "En general los encontraba tan indiferentes con la situación de nuestro desgraciado país, tan poco resignados con su situación, que no me era agradable su intimidad. Cuando una vez le describía a uno de aquellos sabios que frecuentaba, los sufrimientos de nuestra na-

ción, los esfuerzos del enemigo por ahogar en los polacos el amor a la patria, las persecuciones a la religión, al idioma y a las escuelas, me interrumpió: Ya se, ya se que vosotros siempre habéis estado mal con los de Hungría!"

De sus maestros solamente encontró vivo, al sabio Daubré quién facilitó al hijo de Domeyko la entrada en la escuela de minas. También quiso Daubré que formara parte Domeyko como miembro de la Academia de Ciencias, apoyado por miembros de las sección mineralógica como el centenario Chevreuil, y Decloiseaux, apoyándose en sus trabajos, sus artículos que habían aparecido durante más de cuarenta años en Les Annales de Mines, a más de los minerales descubiertos por el sabio polaco, pero llegado el momento fué elegido un inglés, por razones políticas más que todo, porque ningún inglés había pertenecido hasta entonces a la Academia.

"En cuanto a la Sorbona y al Colegio de Francia, dice Domeyko, no saqué gran provecho, aunque para recordar mi juventud asistí a algunos cursos públicos.

"Antes las salas estaban repletas de juventud, ahora sólo se veía una escasa concurrencia, explicaba la química, y como no poseía el don de la palabra y hablaba bajo y ligero, el sabio francés Beertholet no era casi escuchado, y sus escasos auditores entraban y salían durante la clase. Este sabio ocupado de sus descubrimientos no tiene tiempo ni cualidades para la enseñanza. Constaté con tristeza que en las salas de la Sorbona pasaba lo mismo. El único profesor que satisfacía las exigencias del público era Frost que tenía más de cien alumnos, y sus cursos de química no los daba en la Sorbona, sino al otro lado del Jardín del Luxemburgo. "¿A qué atribuir esta decadencia?" Algunos de los profesores son senadores de la República. La verdad era que la política se mezclaba también en esto, y el partido liberal

tenía sus preferencias por los profesores jóvenes, y estos han pedido que todos los profesores antiguos obtengan su dimisión".

Era ya el mes de Enero, cuando Domeyko tuvo la inmensa pena de recibir la noticia de la muerte de su amigo Odinic a quien hacía poco había contestado una carta llena de bromas.

"Inmediatamente quise partir, dice el anciano, pero temía que no me dejaran cruzar la frontera de Polonia. Envié a mi hijo en mi lugar, y al día siguiente invité en mi nombre y en el de Zuleski a todos los polacos que estaban en París a un oficio fúnebre que tuvo lugar en la Iglesia de la Asunción ante una numerosa concurrencia el mismo día del entierro en Varsovia.

"Esto fué para mí un horrible golpe! Algunos días después recibí la noticia de la muerte de Touski; con él y Odinic habíamos pasado horas tan agradables en casa de mis hijos en Zibour.

"De mis tres compañeros de juventud que encontré al volver de América dos han muerto casi al mismo tiempo, no me queda sino Beladam, a quien tengo que llevar de la mano porque está ciego!

"Siento una profunda tristeza, como no había sentido desde hace tiempo.

"Sin embargo, antes que me llegue mi turno, o que a mi vez concluya por perder la vista tengo que realizar mi sueño de toda la vida, mi viaje a Roma".

Domeyko en sus grandes pruebas busca siempre una idea que lo levante, lucha con el aniquilamiento del dolor, y sin recordar sus años ni asustarse por los inconvenientes piensa inmediatamente en preparar su viaje a Roma, cuando lleguen sus hijos de Lithuania, donde han ido después del entierro de Odinic.

CAPITULO XVII.

En Roma, Domeyko tuvo una alegre sorpresa al encontrarse con uno de sus camaradas de la guerra del 31, Semenko, quien después de una alegre comida entre los desterrados en París, había desaparecido, nadie más supo de él, Semenko había tomado parte en todas las insurrecciones de Polonia, y también tenía un borrascoso pasado, pero como fué buen patriota había sido buen amigo y compañero, por lo que sintieron mucho verlo desaparecer del círculo de los polacos desterrados.

Semenko era el Superior de los Resurrecionistas en Roma, orden religiosa polaca fundada por él.

Domeyko tuvo pues en Roma un compatriota y compañero de su juventud, quien le presentó al Santo Padre, León XIII, y le guió en su viaje de tres meses a través de Roma en donde vió todo lo que le interesaba. También con su amigo Semenko Domeyko se preparó para una visita a la Tierra Santa.

"En Roma, observa Domeyko, es fácil distinguir tres épocas históricas de monumentos, de obras de arte, de edificios y de ruinas teniendo relación con tantas épocas del desarrollo de la humanidad. Esto prueba que Dios no borra sino que para volver a escribir!.

De Roma escribe Domeyko a un amigo de Chile: "Aquí en Roma se renuevan de vez en cuando las fiestas guirabaldrinas y congresos ateos; los ingleses continúan todavía sus discusiones con los rusos; Bismark echó de sus estados a treinta mil polacos, gente ya establecida y trabajadora, alegando que nuestra nacionalidad es un peligro para la Prusia y nuestros trabajadores trabajan por menos precio que el de ellos.

Amigo, sólo el Vaticano queda firme, tranquilo, como si tuviera más ejércitos que todos los ejércitos del mundo".

A propósito de esto, deberemos hacer mención que el Canciller de Hierro fué cruel hasta la tiranía con los polacos, prohibía los matrimonios sino se convertían al protestantismo, y se castigaba duramente al niño que en las escuelas no hablara alemán. Sin embargo Bismark fué casado con una polaca, cuya familia era relacionada con Domeyko, quien a raíz de uno de estos actos de tiranía en la Polonia prusiana escribió al Canciller de Hierro, quien le contestó una carta que hoy sería un inapreciable documento. Desgraciadamente esta carta como ha sucedido con muchos interesantes documentos del archivo de la familia Domeyko ha desaparecido.

Después de la visita a León XIII del hijo de Domeyko con su padre y el Rvdo. P. Somenencko, el joven Domeyko se decidió a seguir la vocación que siempre había tenido, la de ser sacerdote.

Su padre no lo contrarió, y como no podía retardar su viaje cuya fecha tenía desde antes fijada con su amigo el P. Somenencko, dejó a su hijo un buen maestro para que lo preparara en el latín y las ciencias eclesiásticas, el que ocupaba un alto cargo al lado del cardenal Vicario de Roma, S. E. Procchi.

En Florencia Domeyko conoció y estuvo con la familia de su amigo y compañero de medio siglo atrás, Zalenski, y una noche de Julio atravesó de nuevo los Alpes por el gran túnel y llegó a París precisamente un año después que llegara de Chile.

Celebraban como anteriormente el aniversario de la institución de la República.

"Los franceses danzaban en las calles, iluminaciones, teatros pero en todas estas fiestas se constataba que

los franceses habían roto con el pasado, ni Te Deums como había sido costumbre ni ningún recuerdo a los monarcas muertos, ni siquiera a Napoleón.

Después de recorrer la Alemania llegó Domeyko y su hijo a Dresde, en donde había reposado después de la derrota y la salida de Polonia el año 1832. Se detuvo en el mismo hotel en donde comía en medio de una numerosa reunión de emigrados polacos, todos sus amigos y camaradas de juventud, todos ya muertos. La sala era la misma, la misma fué la mesa que le tocó y el mismo asiento que ocupaba en aquella época. Pero no se veía ningún polaco.

"A la derecha, dice Domeyko, en el sitio que ocupaba Jstchinsky estaba sentado mi hijo Casimiro, más allá un oficial prusiano conversaba con un sajón. Los lacayos servían de frac y corbata lo que ni se soñaba en otros tiempos. No puedo dejar de confesar que la estadía en Dresde me fué especialmente penosa, vivía con los dolorosos recuerdos de los primeros años de la emigración!".

Por fin llegó el anciano otra vez a Cracovia en donde se juntó con Somenenko, y de allí emprendió su viaje a Tierra Santa.

En Constantinopla tuvo Domeyko uno de esos encuentros que constantemente le ligaban al pasado: "Cincuenta años antes, en la Escuela de Minas de París tenía siempre a mi lado a un joven turco, hermoso, de ojos negros, noble y simpático, que gustaba mucho conversar conmigo de ciencias y política.

"Después de mi partida para América, él llegó a ser Pachá, embajador y Visir y hoy es ministro de negocios extranjeros del Imperio. Es Edem Pachá, conocido por la nobleza de su carácter y el primer consejero del Sultán.

"Habiendo sabido mi llegada a Constantinopla, me hizo decir que consideraría una felicidad verme en su casa. Esta invitación me fué comunicada por el bey Bonkowski, polaco establecido ya más de setenta años en Stamboul, que es muy versado en ciencias y lleva el título de químico de la Corte y el grado de coronel, además como todo polaco tiene en su corazón el recuerdo y amor constante por su país desgraciado.

"Con él partí a la hermosa residencia de verano de Pachá, un magnífico palacio situado a orillas del Bósforo y rodeado de soberbios jardines. El servicio y la corte son numerosos, ricamente vestidos, y las habitaciones amuebladas a la europea. Entramos al gran salón donde fuimos recibidos por el ministro vestido de levita y con el gorro turco colorado en la cabeza. Se nos ofrecieron sillas y el Pachá se sentó en un diván rojo.

"A pesar de sus canas, conservaba la nobleza y facciones juveniles, lleno de dignidad, de exquisita cortesía; se acordaba de los años pasados en la escuela; nos nombraba a todos nuestros profesores y condiscípulos preguntándome por todos. Me dijo tristemente al oirme que todos habían muerto: Así que de la antigua escuela solamente quedamos, D'Aubret, usted y yo!".

"Me presentó a su hijo, recientemente llegado de la escuela de minas de Berlín, estudiante de química y geología.

"Se nos sirvió el café a la oriental, en tazas pequeñas, y la conversación rodaba animada de una cosa a otra, sobre todo de la industria y civilización de Alemania y Francia, él se inclinaba a los alemanes y le gustaba oir hablar alemán a su hijo. Evitaba hablar del gobierno actual francés y había rehusado ser embajador en París.

"Cuando le dije mi viaje a Tierra Santa, me felicitó cortésmente, y me ofreció darme una carta para el pachá gobernador de Jerusalén.

"Nos despedimos y me invitó mucho que volviera a visitarle".

"Al tercer día Edhem Pachá me recibió en su gabinete ministerial rodeado de numerosa corte y empleados y me entregó la carta prometida para el pachá de Jerusalén".

Visitó detenidamente Domeyko Stamboul y Scutari.

De Stamboul, entre muchas notas curiosas copiamos esta: "Con mi compatriota Bakowski nos dirijimos hacia el gran serrallo, en donde se encuentran los mayores palacios de los sultanes y los harems abandonados, jardines y escuelas. El aspecto de esta antigua residencia de los sultanes es triste, pero muy hermosa aun.

"Esta residencia real está abandonada por los sultanes de este siglo que prefieren palacios a la moderna.

"Entramos a la célebre mezquita de Santa Sophia, nadie ignora que ésta fué un tiempo una de las más grandiosas iglesias del mundo, erigida por Constantino el Grande y Santa Elena, y enriquecida después por Justiniano, pero no es consagrada a Santa Sophia, sino a la sabiduría eterna, *Agia Sophia*, estuvo en poder de los cristianos mil años, pero hace quinientos que se substituyó ahí el islamismo, y durante mucho tiempo los cristianos no podían entrar ahí, bajo pena de muerte.

Hoy el fanatismo musulman se ha debilitado, por cinco francos nos abrieron la mezquita, en sus puertas todavía quedan rastros de la cruz griega".

Después visitaron otras mezquitas abandonadas y cubiertas de polvo, casi todas en ruinas, en una estaba tallada una cabeza de Cristo. En la de Soliman el Grande,

célebre por su magnificencia y su estilo, Domeyko visitó y oró sobre la tumba de la hermosa Koksolana, hija del polaco Sisowski.

Domeyko interrumpió su diario una vez que salió de Constantinopla: "Ya no soy viajero, dice sino peregrino". Y agregaba que no tenía palabras para expresar las emociones que tuvo en su visita a los santos lugares.

"He recorrido, dice en una carta a su hijo, del 11 de Octubre del 1885 todos los lugares y monumentos sagrados tanto de Jerusalén como de los alrededores, acabo de volver de un viaje de tres días a caballo al Mar Muerto y al Jordán. No he sufrido ningun accidente y tengo la mejor salud que se pueda desear. Pasado mañana me voy de aquí a Jafa, y el 16 de Octubre espero encontrarme en puerto Said o Alejandría para embarcarme para Nápoles".

El 30 de Octubre escribía de París: "He llegado gracias a Dios perfectamente bueno. Ni el viaje a caballo por los desiertos de la Palestina, ni la navegación, ni las noches pasadas en wagón me han causado mal alguno. No pienso ahora sino en buscar mi descanso en casa de León y Anita, me iré por Cracovia y Varsovia a Zibour.

Mientras él viajaba, a fuerzas de empeños se había conseguido de los rusos que dejaran volver al anciano a Zibour.

Allí vivió muy retirado descansando de su andar errante de peregrino, hasta que dos años después, el 31 de Julio del 1887 fué a Roma a asistir a la ordenación de su hijo, en la celda donde murió San Ignacio en el Convento de los Jesuítas. Solamente al padre del nuevo sacerdote le permitieron sentarse durante la larga y emocionante ceremonia, y quedarse en la celda.

En el primer día de Pascua, el año siguiente Domeyko asistió en Varsovia a la primera misa cantada de su hijo, dicha en la Catedral. Pretexto fué este para que en la ciudad donde los polacos tenían libertad de pensar y actuar, aprovecharon éstos para hacer una solemne manifestación al hijo del patriota y héroe.

A todos conmovió saber que el hijo de Domeyko había querido cantar su primera misa en Polonia, en la tierra de su padre. La Catedral fué adormada con todas las joyas históricas que siempre estaban ocultas, desde el cáliz, obra maestra del artista medioeval Sigismundo, hasta el atril que era La Rosa de Oro de una emperatriz polaca de tiempos remotos. La misa se dijo en el altar de San Ladislao patrono de Polonia.

Cuando el joven sacerdote entró al templo en compañía del Prelado Palpowski, y de dos seminaristas, todos revestidos con las casullas regaladas a la Catedral por el Rey Batry, un canto retumbó en las naves de la Catedral, sonoro, ensordecedor que cohibía el alma, era el canto de centenares de voces eslavas, que no necesitan instrumentos para realzar su belleza.

En aquella solemne ceremonia, los polacos con sus almas místicas y profundamente religiosas, elevaron a lo alto una majestuosa plegaria, inmensa como era su dolor, y al ofrecerla por uno de sus héroes, de los pocos sobrevivientes del año 1831, la ofrecían también por Polonia, la nación mártir y probada hasta que le llegara la hora de la redención.

"Domeyko exclama emocionado: ¡Los cantos del coro, la inmensa reunión de fieles, todo fué para mi una gran gracia y un beneficio de Dios, tener a mi edad momentos como éste!".

Dejando en Polonia a su hija Anita casada con su primo León Domeyko, y a su hijo Hernán que aprove-

chaba de cualquier ocasión para visitar Polonia, Domeyko se preparó a regresar a Chile; no era posible prolongar su estada en Polonia, sobre todo a quienes han respirado el aire de la libertad.

Domeyko amaba a Chile y lo recordaba constantemente, y deseaba regresar para dormir en su segunda patria el sueño eterno. Constantemente comparaba el clima de Chile con los de los países de Europa, su fruta, su libertad y sobre todo ponderaba su organización, su gobierno y judicatura que no estaban corrompidos, su administración honrada de las rentas de la nación y la paz. Cuando se entusiasmaba o estaba emocionado hablaba español, y constantemente tenían sus vecinos en los banquetes y manifestaciones de que fué objeto en Polonia, de golpearle el codo para llamarle la atención que estaba expresándose en español.

Su hijo Hernán cada vez que visitaba Polonia, llevaba oculto para los que esperaban la hora "En que el Eterno buscaría sus ovejas y las sacaría de todos los sitios donde las dispersaran las nubes y la obscuridad, las juntaría y las llevaría a su tierra" consuelo y esperanza, Le era prohibido decir misa, pero en Zibour todas las mañanas, en un sitio oculto para los profanos, Hernán decía su misa.

A fines de Noviembre del año 1888 llegó a Chile Domeyko, con su salud quebrantada, como era natural después de tantas emociones y tan largos viajes, un mes y medio después de su regreso murió en su casa de la calle Cueto que lo aguardaba abierta como si hubiere salido el día antes.

El 24 de Enero de 1889 a los ochenta y siete años de edad después de más de medio siglo consagrado al

estudio y la investigación científica; rodeado de la admiración y el cariño de todos los hombres de Chile, cargado de honores y distinciones públicas y privadas.

"La Patria, escribía "El Independiente" de Enero del año 1889, desgraciada pero hermosa siempre para el desterrado, le llamaba hacia sí, como una visión de indecible atractivo. Sentíase él viejo y gastado físicamente, pero la vista de lo que quedaba aun al otro lado del océano, la amada Polonia de otro tiempo sostendría su alma de patriota en el largo y fatigoso peregrinaje. No podía morir sin que Dios le permitiera la gracia que siempre le había pedido, de ir otra vez a despedirse de sus antiguos amigos, visitar *la casita blanca rodeada de verde* donde había nacido, los sitios donde había amado, y donde había transcurrido su niñez y su juventud primera. y las tumbas de sus seres queridos. Atravesó el Océano, sintiendo en cada etapa del camino crecer y aumentar el gozo intenso de una vida ya lejos, que volvía de nuevo para él.

"Cumplida esta ambición de su vida entera, volvió a atravesar el océano para ir a dormir el eterno sueño en su patria adoptiva".

Su hijo Hernán, regó sobre la tierra que cubrió el cuerpo de su padre, la tierra polaca que siempre llevaba consigo cada desterrado de Polonia, para dormir bajo la tierra de la patria donde no les había sido posible vivir.

FIN

BERTA LASTARRIA CAVERO.

Viña del Mar, 1936.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

Notas del autor.

En 1914 sufrió Polonia los horrores de la invasión y después la dominación alemana hasta 1918.

En 1920 los ejércitos rojos de los bolcheviques amenazaron concluir con Polonia para siempre.

Hasta que por fin, en 1922-1923 la Polonia fué devuelta a la vida de nación libre, sus fronteras fueron reconocidas por todos los pueblos y ocupó su sitio entre las naciones que forman el mapa de la Europa.

En esta época los bellos dominios de Zibour fueron asolados por la guerra, la hija de Domeyko, Anita y su yerno León Domeyko huyeron a los Estados Unidos, en donde murieron al poco tiempo de su evasión de Polonia.